

LA ÚLTIMA
CONFIDENCIA
DEL ESCRITOR
HUGO MENDOZA



JOAQUÍN CAMPS

**LA ÚLTIMA CONFIDENCIA
DEL ESCRITOR
HUGO MENDOZA**

Joaquín Camps Torres

La última confidencia del escritor Hugo Mendoza

Primera edición: 2015. Primera edición en Amazon: 2024. © Joaquín Camps

Fotografías de cubierta: © David Marí

Diseños de cubierta: © Joaquín Camps.

Fotografía del autor: © Manuel Gorrita

Fragmento de “No volveré a ser joven”, *Poemas póstumos*, de Jaime Gil de Biedma.

© Herederos de Jaime Gil de Biedma, 2014

ISBN: 9798529424100

*Dedicado a mis padres, Joaquín y Juana.
Sin ellos, nada hubiese sido posible*

*Cuando pronuncio la palabra Futuro,
la primera sílaba pertenece ya al pasado.
Cuando pronuncio la palabra Silencio,
lo destruyo.
Cuando pronuncio la palabra Nada,
creo algo que no cabe en ninguna no-existencia.*

Wisława Szymborska

PRÓLOGO

Amanecía en el Pacífico Sur. El patrón del *Bamba* observó desesperado cómo los primeros rayos de luz iluminaban el catavientos, totalmente flácido. Hacía seis días que estaba en una zona de calma total, seis días en los que no se había cruzado con ninguna otra embarcación. Fue en la zona de las Kiribati, justo después de cruzar la línea del ecuador en dirección sur, cuando el término *Pacífico* cobró todo su significado: ni una brizna de viento, ni la más ligera ola, nadie ni nada en el horizonte. Solo agua, cielo y alguna que otra bandada de delfines lomeando. Navegar en soledad alrededor del mundo en un velero de veintiocho pies de eslora requería una gran fortaleza interior, fortaleza que él ya había demostrado arrojando múltiples peligros. Sin embargo, en medio de una calma como aquella, en la que el mundo parecía haberse vuelto estático, sentía una soledad mineral, absoluta, que estaba empezando a desarmarlo. La soledad en movimiento deja de ser soledad, pensó esbozando una sonrisa amarga mientras oteaba el horizonte.

En el Atlántico Norte un petrolero con bandera holandesa casi lo embiste seis meses atrás en mitad de la noche. Ya desde entonces andaba sin radio a bordo y no se había preocupado de arreglarla. Al doblar el cabo de Hornos, tuvo que bregar con las peligrosas olas piramidales y unos vientos portantes infernales, y al sur de Honolulu dos tiburones blancos de tamaño descomunal y cara de pocos amigos estuvieron siguiéndolo durante tres días. Esas noches no fue fácil dormir sabiendo que a escasos veinte centímetros tras el casco lo husmeaba salivando una fiera prehistórica de más de mil kilos. Pero ninguna de esas pruebas había alterado ni lo más mínimo su calma interior. Sin embargo, era la calma exterior la que estaba empezando a minarlo por dentro. Ya ni siquiera le apetecía escribir.

«Maldita calma chicha...»

Según sus cálculos, debía de encontrarse a unas seiscientas millas al noreste del atolón de las Funafuti, la tierra firme más cercana. No le preocupaban los víveres: había sido previsor y tres semanas atrás, en las Marshall, se había aprovisionado a conciencia. La gambuza del *Bamba* estaba atestada de latas y conservas de todo tipo. En una tiendecita polvorienta de Majuro, regentada por un filipino que hablaba todos los idiomas imaginables, había encontrado incluso dos latas de perdiz escabechada y una de callos a la madreña.

Lo que le preocupaba eran las reservas de agua dulce. El bidón todavía le duraría unos diez días, como máximo quince si lo racionaba al máximo y la utilizaba exclusivamente para beber, como llevaba haciendo desde hacía una semana. Pero no podía correr ningún riesgo, no sabía cuánto iba a durar aquella calma chicha, y con el gasoil que tenía el motorcito del *Bamba* a lo sumo podría recorrer cien millas. Y el motor solo se pondría en marcha como último recurso, en caso de emergencia.

Por eso aquella mañana, tras comprobar que el catavientos permanecía muerto, decidió empezar a destilar agua salada. Para ello solo necesitaba agua de mar, que le sobraba, sol, que aún le sobraba más, un balde como el que tenía ante sus ojos, y un vidrio transparente que cubriera como mínimo la boca del balde. Aquello sí que iba a ser un problema, porque por más que rebuscó por el camarote, la cocina, la bodega y la sentina, no encontró nada útil. Acabó desmontando uno de los ojos de buey de la cabina; prefería mojarse cuando lloviera que morir de sed. Le llevó dos horas desarmarlo, dos horas largas en las que el sol tuvo tiempo de socarrar a fuego lento la bañera del barco. El patrón del *Bamba* falcó el balde lleno de agua de mar entre la cofa y la escotilla y sobre él, anudado con una jarcia, reposó oblicuo el ojo de buey. La idea era que la luz del sol atravesase el vidrio y evaporara el agua, que se condensaría al toparse con el ojo de buey. Debido a la inclinación del vidrio, el agua se vertería poco a poco en el *tupperware* que había colocado junto al balde. El *tupperware* se quedaría con el agua dulce y el balde con la salmuera. Física básica. Era un proceso lento pero seguro, que se intensificaba conforme más

sol hacía y menos viento soplaba. Había, por tanto, condiciones óptimas que, teniendo en cuenta la superficie de la boca del balde, le permitirían recoger entre quinientos y setecientos mililitros al día. Con ellos podría alargar un par de semanas más las reservas de agua.

Fue entonces, tras incorporarse y contemplar orgulloso su destartelado artilugio, cuando vio el pequeño puntito en el horizonte. ¿Qué era aquello? Corrió atolondrado a por los prismáticos que descansaban en el camarote haciendo de pisapapeles a la carta náutica de la Polinesia, que, al ser liberada, se enrolló violenta y saltó por los aires. Ya en cubierta confirmó que la vista no lo había engañado: a unas treinta millas, un velero de casco azul que debía de tener unos veintiséis pies cabeceaba en aparente desolación. No se veía a nadie en cubierta, y por el escobe le colgaba un metro de cadena al ancla, que bamboleaba libre suspendida en el aire. El foque y la vela mayor, mal cazados, gualdrapeaban mochos al estar izados sin ningún sentido en medio de aquella calma. Parecía una embarcación en buen estado, pero abandonada por su tripulación.

El patrón del *Bamba* dudó. La única manera de alcanzar aquel velero era poniendo en marcha el motor, pero aquella no era una situación de emergencia, y el gasoil del que disponía podía llegar a ser vital si la calma se alargaba. Aunque, ¿cómo sabía que no era una situación de emergencia? Quizá los tripulantes del velero azul estuviesen malheridos bajo cubierta. No era probable que hubieran sufrido un ataque de piratas filipinos, ni los más osados se adentraban tanto en el Pacífico, pero podían haber padecido una intoxicación, o cualquier otro contratiempo. Desde luego, no era normal ver una embarcación tan desamparada en medio del océano. Por otra parte, aquel velero podía ayudarlo con la escasez del agua, aunque también cabía la posibilidad de que él tuviese que ceder parte de sus reservas.

Mientras observaba el puntito azul en el horizonte, se metió las manos en los bolsillos del bañador intentando estrujar sus dudas con mayor facilidad. Por fin tomó una decisión: acudiría a ver qué le pasaba a aquel misterioso velero.

—Vamos, campeón, tú puedes...

El motorcito auxiliar Mariner de diez caballos, animado por su dueño, arrancó al tercer intento. Una hora después el *Bamba* se encontraba a escasos cien metros de la proa del velero azul. Sobre su amura podía leerse con claridad el nombre de la embarcación: *Quimera*. Escrita con «q» solo podía ser una palabra castellana. Y la matrícula de la embarcación era española. Aquello sí que era una casualidad. Casi un milagro. Seguía sin verse a nadie en cubierta, ni señales de vida de ningún tipo.

—¿Hay alguien a bordo?!

No obtuvo respuesta.

—*Is anyone on board?!*

El silencio, junto con el sol, seguía achicharrándolo todo. Maniobró con cuidado hasta conseguir colocar las dos embarcaciones en andana, y con un cabo amarró ambas amuras de manera que las popas permaneciesen lo suficientemente juntas como para saltar sin problemas de barco a barco. Colocó un viejo neumático de amortiguación para evitar que los ligeros cabeceos dañaran los cascos y de un salto abordó el misterioso velero.

En la cubierta no parecía haber nada extraño. Recorrió la bañera por babor y estribor, y, a excepción del velamen izado, todo le pareció normal. Por los ojos de buey de la carroza no se podía ver nada en el interior, estaban sucios y rayados. El *Quimera* era un velero muy parecido al *Bamba*, pero unos diez años más viejo, y era obvio que su propietario no dedicaba a su mantenimiento todo el tiempo que debiera. Pero no podía considerarse en absoluto decrepito o abandonado. Más bien se veía muy marinero, un barco navegado que no tenía nada que ver con los veleros de niño rico que se pasaban el año durmiendo en su amarre.

La escotilla que bajaba a la cabina estaba cerrada. Cuando la abrió, un olor pestilente lo abofeteó dejándolo mareado. De manera instintiva dio un salto hacia atrás para alejarse de aquel tufo. Fue entonces cuando escuchó con nitidez el susurro.

—¿Hay alguien ahí? ¿Puede oírme alguien?

Era una voz débil que hablaba un castellano con resonancias vascas. El patrón del *Bamba* se quitó la camiseta, la hizo una bola y se tapó con ella nariz y boca a modo de mascarilla rudimentaria. Empezó a bajar las escalerillas que conducían a la cabina, con la sensación de que aquel hedor era tan denso que podía cortarse con un cuchillo. Parecía una mezcla de excrementos y pescado putrefacto. Mientras descendía, aserró con sus pupilas cada rincón de la cabina: dentro de aquella marmita de atmósfera sulfurosa todo estaba extremadamente ordenado, incluso la cocinita relucía más limpia que la del propio *Bamba*. En medio de semejante orden, la pestilencia era aún más incongruente. Pero la voz no provenía de allí, no se veía a nadie.

—Por favor, ayúdenme...

El susurro implorante salió por la portezuela que parecía dar acceso al camarote. Al asomar la cabeza por el vano entreabierto, el patrón del *Bamba* se encontró con el origen de la voz y del tufo: en la litera de abajo estaba tendido, semiinconsciente, un hombre al que era difícil precisarle la edad debido a su estado ruinoso. El que parecía ser el patrón del *Quimera* llevaba solo unos calzoncillos desgomados que dejaban ver un cuerpo de una delgadez extrema. La sábana y el colchón estaban empapados de excrementos líquidos que ya habían empezado a encharcar los maderos del piso. Aquel pobre desgraciado se deshacía por dentro, y, a tenor de su aspecto cadavérico, no le quedaba ya mucho que expulsar. El espectro entreabrió unos ojos sin pulpa y se quedó mirando al patrón del *Bamba*.

—Bienvenido a bordo.

Su nuez, emballestada entre los cartílagos de un cuello nudoso, subió y bajo trabajosamente para dejar pasar las palabras por la garganta. El hombre parecía haber dedicado sus últimas energías a dar la bienvenida a su invitado, porque tras hacerlo cerró los ojos y cayó en un estado de inconsciencia.

—Dios mío...

El patrón del *Bamba* se precipitó hacia la litera y empezó a buscar con el índice la yugular. El palpito era tenue, pero aún vivía. Tenía que actuar con rapidez. Lo primero era sacar a aquel desgraciado de semejante pocilga; lo más probable era que las heces estuviesen retroalimentando la infección que le licuaba las entrañas. Lo cogió en brazos y, como pudo, lo subió a cubierta. Allí lo desnudó y con agua de mar y jabón intentó asearlo. Media hora más tarde el patrón del *Quimera* descansaba en la litera del *Bamba*, todavía inconsciente, pero al menos vivo. Parecía un don Quijote tras ser vapuleado por los molinos de viento.

Lo siguiente era averiguar el origen de la infección. Fue sencillo. Al inspeccionar la cocinilla del *Quimera*, tras la portezuela de la basura, los restos de un pez globo lleno de gusanos lo miraron con sus ojos bobalicones. Esa había sido la última cena de aquel infeliz. Todo marinero acostumbrado al Pacífico y al Índico sabía que navegando en solitario lejos de un hospital era una locura comer pez globo. La infección por tetrodotoxinas no era habitual, pero cuando aparecía solía mostrar sus efectos tan solo media hora después de la ingesta. Aunque estos se limitaban al principio a un ligero malestar que la víctima atribuía a un empacho, sus consecuencias eran inexorables. Los balleneros japoneses lo sabían bien desde hacía siglos, y en todas las islas del Pacífico los viejos, para asustar a los niños, contaban historias de muertes horribles por culpa del bobo pez globo. El incauto patrón del *Quimera* seguramente se fue a dormir sin darle demasiada importancia a aquel malestar, pero a la mañana siguiente habría despertado con fuertes dolores de estómago. No tendría ya control muscular, con lo que le sería imposible moverse de la cama y dominar sus esfínteres, que empezarían a expulsar heces y líquidos como si fuesen surtidores. La fiebre y la debilidad estarían ya produciéndole alucinaciones y destellos luminosos. En cuestión de horas, sin el tratamiento adecuado, la muerte era segura. Y el *Bamba* no tenía en su botiquín más que esparadrapo, alcohol y un frasco de Cotibin.

Registró de forma somera el *Quimera* y tan solo encontró un bidón con cincuenta litros de agua dulce. Ni medicinas ni víveres. La calma había pillado a aquel pobre diablo mal

perrechado, y tal vez por eso se alimentaba de pesca sin demasiadas precauciones. El patrón del *Bamba* se sentó al lado de su don Quijote y esperó a que recuperara la conciencia con un vaso de agua en una mano y dos píldoras de Cotibin en la otra. Si conseguía que se tomase el antipirético, al menos se rehidrataría y le bajaría algo la fiebre.

«Dos españoles navegando en solitario coinciden por casualidad en medio del Pacífico Sur.»

Se quedó observando a aquel desdichado. La intoxicación lo había envejecido y aparentaba cincuenta años, pero no tendría más de treinta y cinco. La tetrodotoxina había desmoronado sus facciones, pero debía de haber sido un hombre atractivo, de complexión atlética. Sus manos retorcidas evidenciaban que estaban acostumbradas a la vida marinera: parecían fardos de higos secos.

«Si esto no es un milagro, se le parece mucho.»

Tras dos horas de espera, cuando ya anochecía, el pobre hombre entreabrió los ojillos y observó al patrón del *Bamba*, incrédulo. Con gran esfuerzo sonrió.

—Puto pez globo de los cojones... —Arrastró las palabras con dificultad pero animoso.

—No gaste energías. Tómese esto, le aliviará.

El hombre obedeció y tragó lentamente el agua y los Cotibin. Después volvió a desplomar la cabeza sobre la almohada y pronunció un gracias lacónico. Habló con voz sin fuelle.

—Chico, ¿sabes lo que dicen en Costa de Marfil? —El silencio lo autorizó a continuar—. Pues dicen..., dicen que quien se traga un coco entero, debe confiar en su culo.

Se rio de su propio chascarrillo hasta que una hipada le subió hasta la garganta y lo hizo vomitar. Por fortuna, el balde estaba cerca.

—Y parece ser que..., que mi culo me ha fallado.

Volvió a recostarse, con el rostro congestionado.

—Tome, beba un poco más y aclárese la boca.

Los tragos eran cortitos y entre ellos tenía que parar para recuperar el resuello.

—Gracias por sacarme de aquella pocilga. ¿Dónde estoy?

—En el camarote del *Bamba*. No se preocupe por el *Quimera*, está bien amarrado.

El hombre dejó escapar un suspiro.

—No me preocupa el *Quimera*, me preocupan mis tripas. —Cerró los ojos con intensidad y los volvió a abrir antes de proseguir—. Dime una cosa, chaval, ¿voy a morirme?

Al patrón del *Bamba* se le secó la boca, y una sensación de oblea rancia se le pegó al paladar. Nunca antes había estado frente a un moribundo. Decidió mentir.

—No, hombre, no, ya verá como...

—Déjate de mamarrachadas. Los dos somos marinos, y tú, si has llegado hasta aquí, debes de ser de los buenos...

Empezó a toser y otra vez el vómito llenó su boca. Tras escupir varias veces en el balde, siguió hablando.

—Entre marinos de verdad no caben las mentiras. La sinceridad limpia; las conversaciones de ascensor tan solo cambian el polvo de sitio. Eres la única persona en mil millas a la redonda, y... no quiero irme al otro barrio con una conversación de ascensor.

Empezó a eructar con estruendo.

—Dime la verdad, por favor, pareces un chico listo y seguro que sabes de medicina más que yo...

La mirada que acompañó sus palabras fue tan triste que parecía haber pintado todo el camarote con brochazos de velatorio. Tosió con fuerza y un reguerito de sangre asomó por la comisura de sus labios.

—¿Voy... voy a morirme?

El patrón del *Bamba* tuvo la sensación de que aquel hombre no estaba asustado, sino que se hacía el valiente, lo cual le delataba los temores de manera aún más trágica.

—Si antes de cinco o seis horas no ingresa en un hospital, no creo que sobreviva a la noche. —Ambos tragaron saliva—. Lo siento, aquí no hay medios para hacer nada por usted.

El hombre se recostó intentando digerir aquellas palabras tan duras, que parecían ser el único sólido que podía entrarle en el cuerpo. El patrón del *Bamba* necesitaba romper el silencio espeso que inundaba el camarote.

—¿Quiere que me ponga en contacto con alguien en España? Alguna carta...

—No tengo a nadie. —Ahora el hombre miraba fijamente el somier de la litera de arriba—. Nadie me espera... —No había amargura en sus palabras—. Rompí con todo, y cuando salí de Bilbao juré que no volvería. ¡Y *mecagijen* la hostia si lo voy a cumplir!

Se quedó callado, pensativo durante unos minutos. El reguero de sangre de la boca se hizo más caudaloso y empezó a empapar la sábana y la almohada.

—Me voy a morir aquí..., con este somier encima de mi cabeza como despedida... —Tomó aliento y giró el rostro hacia el patrón del *Bamba*; además del reguero de sangre, las lágrimas empezaron a surcar su rostro—. La vida es una puta nevera de diseño, y ahora le estoy viendo la parte de atrás... Mira que es fea y jodida la parte de atrás de una nevera.

No pudo continuar. Perdió el conocimiento y su cabeza se desplomó por el lateral de la cama hasta casi tocar el suelo, chorreando sangre por la boca. Estaba muerto.

El patrón del *Bamba* nunca antes había convivido con la muerte tan de cerca, y se dio cuenta de que era una compañera de camarote problemática. Con la noche tan cerrada, devolver al *Quimera* el cuerpo de su capitán era una operación arriesgada. Cuando la boca dejó de sangrar, recogió todo el líquido en un balde que dejó en cubierta, colocó el cadáver en su litera en una posición digna e intentó conciliar el sueño en la litera de arriba. Fue imposible: a la muerte, al igual que a una nueva cama o a una prótesis dental, hay que acostumbrarse. Si se va metiendo en tu espíritu poco a poco, capilarmente a través de los años de la vejez, la muerte parece algo propio. Pero si te asalta así, de sopetón... Acabó levantándose a mitad de la noche incapaz de dormir con todas aquellas ideas rondándole la cabeza. Amortajó el cadáver con las sábanas y lo subió a cubierta dejándolo junto al timón bajo las estrellas. Al día siguiente decidiría qué hacer con él y con el *Quimera*, necesitaba descansar.

Al amanecer, después de tres horas de sueño titubeante, lo tuvo todo más claro. Hundiría el *Quimera* con su capitán dentro. «No hay mejor ataúd para un marino que su barco», pensó. Cargó el bidón de agua en el *Bamba* y desmontó el ancla del *Quimera*, que seguía suspendida en el aire. Tenía uñas afiladas, era perfecta. Unos cuantos golpes bien dados con ella en la sentina abrirían una vía de agua que en pocas horas hundiría el barco. El cadáver lo dejó sentadito en la taza del retrete del *Quimera*, y, tras salir, cerró la portezuela. Allí las morenas no podrían entrar y devorarlo en un periquete. Con el ancla a cuestras bajó a la sentina y palpó el casco buscando el lugar más adecuado. Cuando lo encontró, le asestó un golpe tremendo que no hizo la menor mella en él: aquello iba ser más trabajoso de lo esperado, el *Quimera* había sido construido a conciencia.

Fue entonces cuando, entre las sombras y los cachivaches que se esparcían por doquier, la vio. Era una maleta vieja de cantos enlatados, cuadrada y sólida como un cajón. Dentro de esa maleta de emigrante podría haberse escondido una hogaza de pan y unos quesos de oveja, pero al zarandearla no escuchó nada. Subió con ella a cubierta buscando luz y deshizo los correajes de piel que la cerraban. Dentro olía a naftalina y solo había tres papeles amarillentos: la partida de nacimiento del capitán del *Quimera*, su documento nacional de identidad y una carta manuscrita. La leyó con la conciencia tranquila al saber que a su destinatario, sentado a escasos metros en el retrete, ya no le podía importar. Eran unas breves líneas, duras y despechadas, de una antigua novia, en las que le decía que la olvidara, que se hiciera a la idea de que para ella él ya estaba muerto. Dobló con cuidado la carta y la volvió a introducir en el sobre. Parecía obvio que el capitán del *Quimera* lo había dejado todo atrás por problemas de desamor. En la partida de nacimiento comprobó que aquel hombre había nacido en Baracaldo y, aunque aparentaba quince más, tenía tan solo treinta años. Pero fue al ver la

fotografía del DNI cuando una idea entró en su cuerpo por el ombligo y le erizó el espinazo conforme avanzaba a través de las vértebras hasta alcanzarle la cerviz: el parecido era asombroso.

El capitán del *Bamba* intentó serenarse. Debía centrarse en lo importante, y lo importante era que el destino, al fin, se había apiadado de él: tras una vida vapuleándolo de modo feroz, ahora había propiciado aquel pequeño milagro. Aquel encuentro casual en medio del Pacífico Sur. Con otro español. Tan solo cinco años mayor que él. Parecido físicamente. Y muerto.

«Las vidas bien cosidas, esas que ha valido la pena vivir, siempre arrancan con una decisión valiente.»

Ese pensamiento, que se le quedó prendido a las neuronas como si fuese un mechón de algas enganchado entre los bastoncillos de un arrecife de coral, fue decisivo. Despreciar aquel regalo del destino hubiese sido una locura.

Se pasó todo el día limpiando a conciencia el *Quimera* y trasladando sus cosas desde el *Bamba*. Comprobó que el motorcillo auxiliar del barco funcionaba, y que el velamen y los aparejos estaban en perfectas condiciones. La radio, como la suya, era inservible. Lo más desagradable fue deshacerse del cuerpo. Desgraciadamente, para adoptar la identidad del patrón del *Quimera*, el cadáver de este debía desaparecer para siempre, y la mejor manera de conseguir que nunca nadie lo encontrara e intentase identificarlo estaba al alcance de su mano: cogió el balde con la sangre que había recogido la noche anterior y la arrojó al mar. Cinco minutos después llegaron puntuales a su cita media docena de tiburones blancos. Dos de ellos, de al menos cuatro metros, empezaron a nadar en círculo alrededor de los veleros, que bien amarrados el uno al otro parecían darse besitos tiernos con el extremo de sus popas cuando el mar los bamboleaba. Arrojó el cadáver por la borda y, en cuanto los animales percibieron el olor a sangre que des-prendía, se lanzaron como locos a despedazarlo.

Tras semejante espectáculo, hundir su propio barco le pareció un juego de niños. Bajó a la sentina del *Bamba* armado con el ancla del *Quimera* y, con la imagen aún fresca de los miembros humanos desgajados entre las fauces de los tiburones, empezó a golpear con fuerza el casco. Tras media hora un fuerte chorro de agua a presión le salpicó el rostro. No había tiempo que perder. Salió con prisas a cubierta y liberó el cabo que unía ambas embarcaciones. Se arrodilló, le dio un beso en la cubierta a su barco y saltó al *Quimera* acarreando el ancla. Mientras el ronroneo del motor lo alejaba, las nubes cubrieron el sol y el Pacífico Sur fue inundado por una luz grumosa dispuesta a desovar con empeño toda su carga de tristeza. Una hora después el patrón del *Bamba* vio en la distancia cómo se sumergía el extremo del mástil de su velero. Una fina brisa empezó entonces a soplar, hinchando el velamen. Era hora de volver a casa. Corría el año 1988 y el nuevo patrón del *Quimera* nunca olvidaría la sensación de soledad con sabor a bronce que sintió en el cielo del paladar mientras cazaba el foque.

EL REGALO ENVENENADO

Ana abrió los ojos y en la oscuridad observó al despertador desmigajar los minutos en segundos con una lentitud desesperante: «6:46 AM. Viernes. 3-XII-2010». Aún no eran ni las siete de la mañana y ella ya estaba cansada de estar en vela. La ansiedad no le había dejado dormir en toda la noche. Llevaba ya varios días sin poder conciliar el sueño por culpa del ligero dolor que sentía en el bajo vientre cada vez que contraía, aunque fuese mínimamente, los músculos abdominales. El cirujano le recetó unos calmantes y le dijo que no debía preocuparse, aquello era perfectamente normal tras un aborto. No le dijo, sin embargo, nada sobre cómo tratar el inmenso vacío que sentía en sus entrañas, que era el auténtico responsable de su insomnio.

Giró la cabeza sobre la almohada y contempló entre tinieblas la silueta del ventanal. Gracias a la luz de las farolas de la calle, ayudada por los cortinajes de batista que colgaban del riel, aquella cristalera, templada hacía más de cien años, resplandecía en medio de la oscuridad como un fantasma cansado, sin fuerzas ya para asustar a nadie. Ana decidió levantarse y bajar a la cocina: si seguía dándole vueltas a la cabeza, la tristeza acabaría enrollándose alrededor de su cuello con demasiada fuerza, y tal vez la estrangulara definitivamente.

—Señora, qué madrugadora es usted. ¿Quiere que le prepare algo para desayunar? ¿Un café?

Lucrecia ya trasteaba con cuidado y sin hacer ruido para no despertar a nadie.

—No te preocupes, Lucre, sigue con lo tuyo, yo misma me apaño.

Se puso un tazón de leche, lo metió en el microondas para calentarlo y, mientras escuchaba al aparato ronronear, cogió de la alacena de los dulces dos galletas María Fontaneda.

«¡Madre mía, me he pasado con el micro!»

Al dar el primer sorbo a la leche sintió tal ardor en el estómago que creyó haberse tragado el sol de un bocado: el líquido estaba demasiado caliente, tendría que esperar un rato antes de poder bebérselo.

—Señora, yo voy arriba a hacer las camas. Si necesita algo, llámeme.

—Descuida, Lucre, descuida...

Ana cruzó el vestíbulo royendo las galletas y haciendo equilibristas con las manos para recoger las migas a la vez que sostenía el tazón de leche. En cuanto entró en la biblioteca, la luz del amanecer, delgada como oreja de gato, le arañó los ojos forzándola a acurrucarlos. A pesar de eso, se escabulló tras los cortinajes que cubrían las cristaleras del mirador.

—Nieve...

Mordisqueó la palabra junto con un pedacito de María Fontaneda. Fuera, en las alturas, un cielo de color panza de burro le aplastaba la cara a Madrid. El jardín aparecía cubierto por un fino manto blanco, que, al llegar a la piscina, se deslavazaba en islitas de hielo, como si fueran ridículos icebergs de ir por casa. Ana se alegró, la nieve le gustaba. Era agradable intuir el frío mientras los pies desnudos se tibiaban gracias a la calefacción radiante que circulaba bajo el mármol del piso.

¡Dong, dong, dong, dong, dong, dong, dong!

Sobresaltada, giró la cabeza hacia la momia de un viejo reloj de pared que acumulaba años y nostalgia en un rincón de la sala. Su tañido, además de asustarla, había llenado con su gravedad muelle todo el espacio de la biblioteca, que pareció ensancharse por su culpa.

«Dios mío, aún son las siete.»

Faltaban tres horas para que se abriese el horario de visitas del hospital. Necesitaba descansar un poco antes de ir a ver a Antonio, quería tener la cabeza despejada para que él no notase nada. El día anterior su marido había despertado del coma, pero ella aún no se había atrevido a contarle lo del aborto: todavía estaba muy débil para escuchar una noticia tan dura.

«Tengo que intentar dormir, no puedo seguir así...»

Cruzó la biblioteca dirigiéndose hacia el sofá chéster. El mueble, varado sobre el mármol blanco del piso y con su capitoné acolchado en piel negra, destacaba como si fuese un lunar en medio del rostro de una *geisha*.

«Tengo que intentar dormir un poco, debo descansar...»

Con ese mantra en la cabeza dejó el tazón sobre la mesa de café y se tendió en el sofá, acurrucándose y abrazando con fuerza un cojín contra el pecho. Ana contempló entre ensoñaciones cómo la negrura de la noche retrocedía con rapidez, atrincherándose tras los muebles, concentrándose en sombras alargadas ante las primeras embestidas del sol. Sin darse cuenta se quedó dormida. A las dos horas Lucrecia la despertó zarandeándola con suavidad.

—Señora, señora... El cartero ha traído un paquete para usted.

—¿Para mí?

—Sí, para usted. Perdone que la haya despertado, pero si no empieza a arreglarse, llegará tarde al hospital.

Ana se incorporó medio adormilada e inconsciente de que en la cara se le habían marcado los rectángulos acolchados del sofá. Lucrecia tampoco creyó necesario advertirle de las marcas antes de abandonar la biblioteca, la señora no iba a recibir visitas esa mañana. Sobre la mesa de café vio el paquete junto al tazón de leche, ya completamente fría. Lo examinó con desconfianza. El envoltorio de papel de estraza llevaba pegada, junto a los sellos, una etiqueta con su nombre y dirección mecanografiados. Matasellos de Madrid. Sin remite.

—Qué extraño...

Rasgó el papel con cuidado. Una caja de zapatos Camper la miró indiferente. Al retirar la tapa, se llevó una nueva sorpresa: frente a ella aparecía un folio en blanco, el primero de un taco de unos quinientos. Extrajo el mazo de hojas y lo depositó sobre su regazo, comprobando que no estaban encuadradas y, excepto la primera, venían impresas a una cara. Retiró esa cuartilla inicial en blanco y se topó con un título: *Pan con chocolate*. Sin autor. Pasó página y, completamente intrigada, empezó a leer.

He desperdiciado mi vida esperando una llamada de teléfono que siempre supe que no iba a contestar. Y que nunca llegó. Como cualquier mujer que se ha quedado sin vida por culpa del desamor, intenté recuperarla aferrándome a los recuerdos. Pero fue inútil: los recuerdos no son la vida, al igual que el mapa no es el territorio. Toda aquella obsesión empezó poco después de...

No pudo seguir leyendo. Las lágrimas corrían por sus mejillas y acabaron humedeciendo las cuartillas. Se recostó y cerró los ojos, respirando profundamente para intentar tranquilizarse.

—Esto..., esto no es posible...

El corazón le aporreaba el costillar desde dentro amenazando con abrirle un boquete en el pecho, mientras los dolores del abdomen se le acentuaban por culpa de la ansiedad.

—No, no puede ser...

Percibía claramente que le faltaba el aire. Como un corredor de maratones agotado tras la carrera, que en un despiste se ha metido en una cámara de vacío, Ana hacía esfuerzos brutales para hinchar los pulmones, pero las aletas de su nariz se aplastaban contra el tabique nasal al no hallar nada que sorber: vacío, aquel taco de folios había creado en la atmósfera de la biblioteca el más hermético e inhumano de los vacíos.

—Esto no puede estar pasando...

Ese día no fue al hospital. Todas sus horas las pasó en el viejo sofá chéster alternando el llanto con la lectura, y ya al anochecer, con los ojos cansados y arrugados por la sal, supo que aquel misterioso regalo envenenado iba a acabar de destrozarle su ya maltrecha vida.

INVIERNO

En cuanto Víctor enfiló la calle Colón, con todos sus semáforos encadenados en verde, presionó el acelerador del Aston Martin y al instante pudo sentir cómo el asiento de piel se pegaba con fuerza a su espalda. Sin previo aviso frenó con brusquedad y dobló por Hernán Cortes al tiempo que reducía dos marchas. El coche derrapó al salir disparado.

—¿Qué son, 450 caballos?

—456 para ser exactos, señor Vega.

A esas horas el centro de Valencia estaba atestado de gente que giraba la cabeza asustada al escuchar el rugido que el motor emitía bajo presión. El vendedor del concesionario, sentado en el asiento del copiloto, se agarraba con fuerza a la manilla de la puerta como si en ello le fuese la vida.

—Tal vez, señor Vega, no debería usted ir tan deprisa por esta zona...

La voz temblorosa y entrecortada fue amordazada por un frenazo que dejó sobre el asfalto de la Gran Vía unas marcas negras de neumático y olor a goma quemada. Los viandantes se quedaron mirando atónitos aquel coche que había estado a punto de impactar contra un autobús urbano que se incorporaba a la circulación desde su parada.

—Veo que anda bien de frenos, pero culea un poco en las curvas.

El vendedor se quedó mudo mientras el cliente contravolanteaba con brusquedad para evitar a un taxi que se había detenido de repente ante la señal de un viandante.

—Señor Vega, veo que sabe usted lo que se hace, pero...

—Soy solo un buen aficionado.

—... pero recuerde por favor que vamos montados en un automóvil que vale doscientos mil euros.

La avenida del Puerto, con sus dos kilómetros que unían el centro de la ciudad con el mar, se abría ante ellos desplegando una perspectiva de semáforos que justo en aquellos instantes mudaban uno tras otro del rojo al verde. El vendedor tragó saliva: aquel rosario de lucecitas recordaba a una pista de aeropuerto invitando a despegar. Una pista de aeropuerto abarrotada de vehículos.

—No se preocupe por nada. —El cliente se mordió la lengua para intensificar su concentración—. Usted y este coche están más seguros que un bebé en el regazo de su madre. Disculpe si soy un poco brusco en la conducción, pero me gustaría llegar al puerto en una tacada de semáforos.

El vendedor, incapaz de hablar, lo miró aterrorizado.

—No ponga esa cara, ya sabe: estos coches, si no los exprimes al máximo, no sabes lo que son capaces de ofrecerte.

El Aston Martin saltó encabritado, con sus ruedas silbando histéricas, en cuanto apretó a fondo el acelerador. En menos de cinco segundos ya evolucionaba a más de 150 kilómetros por hora sorteando el tráfico de la avenida. Los radares de proximidad del coche, a esa velocidad y rodeados de vehículos, zumbaban como locos alertando del peligro. El último semáforo que daba paso a la gran rotonda del puerto se puso en ámbar y en ese preciso instante el automóvil lo rebasó ante la mirada atónita de un policía municipal al que tan solo le faltó ondear la bandera a cuadros negros y blancos.

—¡Lo hemos logrado! *Fastest lap!*

Las estructuras metálicas con forma de costillar de dinosaurio del Museo de las Ciencias, que Santiago Calatrava había diseñado para la ciudad, pasaban ahora fugaces junto a ellos. El vendedor tartamudeó unas palabras para intentar tranquilizarse.

—Qué bonita está quedando Valencia...

Con facciones reconcentradas, el conductor no giró el rostro para responder: parecía tener mucho en lo que pensar al mando de aquella máquina.

—¿Se refiere a ese zurullaco?

Con la cabeza señaló al Museo de las Ciencias. El vendedor seguía tartamudeando.

—Bueno..., a mí me gusta...

Su cliente le atajó sin contemplaciones.

—¡No me joda! ¿Diez edificios pegados el uno al otro, todos en el mismo color y con la misma estética? —Esbozó un rictus burlón—. Es como si tienes tu primera cita con una chica y te aparece con zapatos rosas, medias rosas, falda rosa, blusa rosa y lacito rosa, ¿qué haría usted?

El vendedor, con la garganta seca por el miedo, fue incapaz de responder.

—Le diré lo que yo haría: echar a correr para escapar de esa garrula, dejando una estela de fuego en la huida. Tenga cuidado con esas mujeres y con esa arquitectura, amigo mío: La belleza está en los contrastes, demasiado rosa en tu vida hace subir el azúcar.

Para reafirmar sus palabras el conductor le bajó de nuevo dos marchas al Aston Martin, que respondió rugiendo lleno de furia. El vendedor tan solo acertó a articular un susurro suplicante.

—Señor Vega, creo..., creo que deberíamos volver al concesionario. Mi jefe ya debe de estar un poco preocupado...

—Como quiera, no le hagamos esperar. Démonos prisa.

Aquellas últimas palabras pusieron los pelos de punta al vendedor, que se agarró con más ahínco a la manilla: horrorizado, comprobó que el sudor de sus manos había dejado una marca de humedad sobre la piel de búfalo normando de la tapicería.

Media hora más tarde Víctor Vega salía del concesionario y subía a su Porsche 911 Classic, un ST de 1970. No era lo mismo que un Aston Martin DB9, pero seguía siendo un deportivo muy digno que había sabido envejecer. Sin embargo, había días, especialmente aquellos en los que el desánimo lo inundaba, que necesitaba emociones más fuertes, emociones que su entrañable Porsche no le podía ofrecer. Esos días se rasuraba con un apurado perfecto y se ponía su mejor traje para repasar la revista *Automóvil* del último mes, que siempre reposaba en el bidé. Elegía algún último modelo que sabía que jamás iba a poder comprarse con su magro sueldo y se dirigía al concesionario para hacerse pasar por un cliente adinerado que, antes de decidirse, obviamente, quería probar el vehículo: no hacía daño a nadie, pensaba él, y aquel chute de adrenalina siempre le devolvía el ánimo.

Mucho más relajado tras su experiencia con el Aston Martin, condujo su Porsche hacia la universidad. El viejo edificio de la facultad de Filología no tenía parking para profesores y aparcar a esas horas en Blasco Ibáñez era poco menos que misión imposible. Dejó el coche en doble fila, iba a ser rápido, tan solo quería recoger un material para la clase de prácticas del día siguiente.

—Buenos días..., hola..., buenos días...

Era hora de descanso entre clase y clase, así que se dejó puestas las gafas de sol para no tener que saludar ni enfrentar las miradas curiosas que le dirigían muchos estudiantes: él era un personaje popular en la facultad, y llevaba dos semanas apareciendo en la televisión un día sí y otro también. Si a esto se le sumaba lo escabroso de toda aquella historia, las miradas eran comprensibles. «Que les den a todos por el culo.»

—Conchi, reina mora, ¿cómo va?

El departamento de Literatura Española se encontraba en el sexto piso. Conchi, una de las secretarías, levantó la cabeza del teclado del ordenador al oír el saludo. Como siempre, iba engalanada como si ella fuese el abeto del Rockefeller Center y todos los días Navidad.

—Víctor, don Claudio te anda buscando. Y con cara de pocos amigos.

La secretaria sonreía mientras elevaba los ojillos por encima de sus gafas para la presbicia. En ellos Víctor no pudo ver más que cariño. Ni morbo, ni curiosidad, ni reproche

alguno. Solo cariño. La abrazó por detrás, le atenazó las manos y estampó un beso de granadero en la mejilla caramelizada de aquella cincuentona rolliza y simpática.

—Conchi, decir que Yo Claudio tiene cara de pocos amigos es muy optimista. Ya sabes que no tiene absolutamente ningún amigo.

Ella simuló escandalizarse y le chistó entre risas.

—Calla, loco. Si el señor catedrático oye lo que dices y te ve besándome aunque sea en la mejilla, nos excomulga a los dos.

—Tú no me has visto ni sabes nada de mí, lo último que me apetece en estos momentos es un sermón de la montaña. Te debo una. —Le dedicó una sonrisa desde el vano de la puerta—. Por cierto, qué bien hueles... Si no fuese porque estás casada y trabajamos juntos...

—Anda, anda, lárgate, zalamero. Qué más quisieras tú... ¡Demasiado barco para tan poco marinero!

Se lanzaron un beso al aire como despedida. Víctor entró en su despacho y cogió la carpeta con las notas para la clase del día siguiente. Salió rápido y, para no esperar el ascensor, bajó por las escaleras. A la altura del tercer piso alguien le dio unos golpecitos en el hombro.

—Víctor, ¿ya no saludas?

Era Cécile, una de las chicas con las que compartía casa: el divorcio lo había dejado sin su apartamento y poco menos que arruinado, por lo que desde hacía cinco meses convivía con dos erasmus belgas y un alemán. Tuvo cuidado de que ninguno fuese alumno suyo, no quería más problemas.

—Me gusta esa *ameguicana* que llevas.

Cécile hablaba un español perfecto, pero a sabiendas de lo sexi que resultaba su delicado acento francés, se empeñaba en conservarlo.

—Perdona, Cécile, no te había visto. Ando un poco atolondrado, dejé el coche en doble fila.

—Te vi anoche en el *telediagnio*.

—Sí, me ha visto media ciudad. —Víctor respondió esquivo, no tenía ganas de hablar del tema.

—Si te *sigve* de consuelo, das muy bien en *cámaga*. Estabas muy guapo.

Lo miraba comedida con sus ojos almendrados y húmedos de antílope joven. El profesor casi podía escuchar a las hormonas recorrer con estruendo el cuerpo de la muchacha: Cécile llevaba ya tiempo buscándole las vueltas, pero Víctor no quería volver a caer en aquella dinámica que tantos disgustos le había traído.

—Gracias, Cécile, la verdad es que estos últimos días no están siendo fáciles. Cualquier apoyo es bienvenido.

Ella se pasó un mechón de su cabello negro por detrás de la oreja y con los dedos de las dos manos empezó a acariciarlo como si quisiese sacarle lustre. Se había quedado un par de escalones por encima de él y lo miraba desde arriba.

—¿*Vendgás* a cenar esta noche a casa? Voy a preparar las coles de Bruselas esas que tanto te gustaron, con la receta de mi madre.

—Tengo el cumpleaños de Sofía, no podré. Y es una lástima... —Entornó los ojos, coqueto—. Sabes que me encantan tus coles de Bruselas.

Contempló simpático los enormes pechos de Cécile, que, a la altura justa de sus ojos, lo vigilaban como dos misiles teledirigidos que él a duras penas había conseguido esquivar durante los últimos meses.

—¡Víctor!

—¿Qué?

Tenía confianza suficiente como para gastarle a la joven belga ese tipo de bromas: dos semanas después de llegar él a la casa le dieron una fiesta de bienvenida y, con el alcohol y la excitación, acabaron acostándose. Víctor se juró que esa había sido la primera y la última vez; lo que menos necesitaba era un romance con una estudiante de la facultad con la que compartía

vivienda. Pero desde entonces Cécile no había dejado de rondarlo, a pesar de que su novio la llamaba todas las noches desde Brujas.

—*Egues* un cochino. —Ella le dio una palmada en el pecho a modo de regañina fingida y, sonriéndole, humilló los ojos con suavidad para componer un gesto dócil, mil veces ensayado, con el que pretendía aparentar timidez—. No te *pagtas* nada bien conmigo...

—Cécile, tengo que irme. Mi hija me espera.

—De acuerdo, pero recuerda que aún me debes una cena. Dale un beso a Sofi de mi *pagte*.

El tráfico hacia La Eliana era fluido. Salir de Valencia a esas horas era fácil, pero en sentido contrario un intenso chorro de vehículos llenaba la autopista: la semana siguiente era Nochebuena y los residentes de las urbanizaciones necesitaban hacer sus compras navideñas en la ciudad. Al aparcar el Porsche en la puerta del chalé, Víctor miró su reloj. Llegaba media hora tarde.

«Razonable.»

Bajó del coche y sintió frío. Con su traje caro y elegante con el que engañaba a los vendedores de coches lujosos iba a congelarse, en La Eliana la temperatura siempre era tres o cuatro grados menor que en la ciudad. Ese día debían de andar por los diez grados, por lo que los muñecos de nieve que presidían muchos de los jardines de aquella avenida de chalés clónicos, obviamente, eran de poliuretano blanco. La fachada de la casa donde vivía su exmujer con su nueva pareja y con su hija Sofía estaba decorada con globos de colores que anunciaban una fiesta de cumpleaños. En la puerta, escrito con espumillón, podía leerse un mensaje acogedor: «Seas quien seas, te deseamos Feliz Navidad y próspero año 2013». Víctor suspiró melancólico y golpeó con los nudillos la puerta.



Desde su despacho de la planta 47 de la Torre de Cristal, en la Business Area, Pilar Boluda podía contemplar una panorámica espectacular de todo Madrid.

—Señora Boluda, los señores Balan han llegado.

La agente literaria observó el reloj de sobremesa antes de presionar el interfono. Las once en punto. Esa visita la inquietaba. No era la primera vez que trataba con aquellos tipos, pero bajar a las alcantarillas del negocio siempre le resultaba desagradable. Esa gente le recordaba otra época de su vida, en la que los escrúpulos no habían sido una prioridad para ella.

—Hazlos pasar, Nati.

Una época ya muy lejana que Pilar Boluda quería olvidar. Buscó consuelo en la fotografía del Santo Padre Fundador que descansaba sobre su escritorio. El espíritu de aquel gran hombre era su norte. Ignacio de Loyola, Luigi Giussani, Kiko Argüello, Escrivá de Balaguer, Juan Bosco... Ella había estudiado en profundidad las biografías de aquellos grandes hombres, pero con ellos no había sentido la llamada. Sin duda, sus respectivas organizaciones religiosas realizaban una labor cristiana admirable, pero no tenían el espíritu que el Santo Padre Fundador había conseguido imbuir en el Sacrum Corpus: ese que embriagaba a millones de adeptos en todo el mundo, el espíritu que a ella le daba consuelo y ánimo para afrontar su enfermedad.

—Adelante, caballeros, pasen y siéntense.

Cada vez que se encontraba con los Balan, la agente literaria se preguntaba por los misterios de la genética: ¿cómo podían ser hermanos aquellos dos hombres? El de menor edad y estatura tenía aspecto de mantis religiosa, con un cuerpo nervudo que parecía alimentarse de electricidad. Siempre agitado, lo observaba todo con ansiedad. Su hermano, por contra, era de un tamaño descomunal. Tenía una musculatura hipertrofiada que parecía querer reventar las costuras del tres cuartos de cuero negro que nunca se quitaba de encima. Su cuello de toro

sostenía un semblante anguloso que jamás sonreía y que a Pilar Boluda le recordaba a los rostros de las esculturas del Valle de los Caídos.

—¿Y bien? ¿Qué noticias me traen? —La agente literaria se quedó observando al hermano con aspecto de mantis religiosa; sabía que el otro jamás hablaba.

—Buenos días, señora Boluda. Siempre es un placer verla. Los datos que tenemos sobre el señor Vega tras dos semanas de seguimiento e investigación son alentadores, pienso yo, muy alentadores. —Hablaba un español perfecto, pero de dicción trabajosa, con un leve acento extranjero—. No sé cuáles serán sus intereses, señora Boluda, pero el señor Vega tiene más puntos débiles que la seguridad del Carrefour. —Se rio entrecortadamente.

Pilar no sabía de dónde procedían los hermanos, ni siquiera sus nombres reales. El amigo que le dio el número de teléfono de contacto solo le dijo que eran de plena confianza: a cambio del dinero suficiente, hacían cualquier cosa que se les pidiese, con una discreción absoluta. Justo lo que ella necesitaba.

—Al grano, cuénteme lo que hayan averiguado.

—Disculpe, revisaré mis notas, no quisiera olvidar nada...

El hombre eléctrico, con el nerviosismo del que parece que se está orinando, sacó una libretita de camarero de bar llena de garabatos y la repasó saltando de hoja en hoja. Mientras, el gigante miraba a la agente literaria con una indiferencia obtusa, como si le diese exactamente igual que su hermano eléctrico le ordenase violarla y desmembrarla allí mismo, o decidiese que era mejor montarle a aquella anciana una fiesta de cumpleaños.

—Es para hoy. No tengo toda la mañana.

—Disculpe la demora, señora Boluda, no quisiera cometer ningún error..., aquí está. El señor Víctor Vega trabaja como profesor ayudante en el departamento de Literatura Española de la facultad de Filología de la Universidad de Valencia...

—Eso aparece en Internet. Cuénteme cosas que no sepa.

Pilar Boluda sabía por experiencia que con aquella gente más valía no contemporizar ni mostrarse amable. Solo profesional, sobre todo teniendo en cuenta lo que cobraban.

—Tan impaciente como siempre, señora Boluda... —Mordisqueó una risilla inquietante—. Bueno, sigamos... Está divorciado y su exmujer es sargento de la Guardia Civil, destinada en la comandancia de Sagunto. Las infidelidades por parte del señor Vega fueron la causa principal de la separación. Tienen una hija en común, Sofía, de seis años, que vive con su madre y la nueva pareja de esta.

La agente literaria se dispuso a atravesar al hombrecillo eléctrico con una pregunta que más bien parecía un arpón.

—¿Le tiene que pasar una pensión a su exmujer? ¿Cómo anda de dinero el señor Vega?

Nicolae Balan amoló su sonrisilla, afilándola tanto que acabó transformándola en una discreta mueca sarcástica: a la agente literaria le pareció más que nunca estar hablando con una siniestra mantis religiosa.

—Como dirían ustedes, los españoles, en una expresión que me parece adorable, está más tieso que la mojama. Su sueldo de mil quinientos euros brutos se queda en la mitad tras pasarle la pensión de manutención a su exmujer. —Antes de proseguir consultó de nuevo su libretita—. Tras el divorcio se quedó sin el piso y, por si eso fuese poco, tiene una deuda de juego desde hace tres años con unos mafiosos rusos de Benidorm que le sangran trescientos euros al mes.

Pilar Boluda se incorporó en su butaca. El menor de los Balan, al advertir esa muestra de interés, se esponjó de gusto antes de proseguir:

—El tipo es vicioso pero listo, sabe que como un mes deje de pagar su deuda aparecerá al día siguiente en un contenedor trinchado como un bistec. Conozco a esos rusos por otros asuntos y son gente muy profesional y de pocas bromas, montan partidas de póquer fuertes en la costa de Alicante. El tal Víctor se metió donde no debía y en una noche le soplaron los quince

mil euros que llevaba encima y otros nueve mil que pidió a crédito. Pero se ha reformado, por lo visto el susto le sirvió de escarmiento, lleva tres años sin tocar las cartas.

—Vaya, vaya..., interesante.

El hombre se relamió satisfecho ante la aprobación de su cliente.

—La verdad es que es un milagro que subsista. De hecho, vive en una casa semiabandonada en el barrio del Carmen de Valencia, con tres estudiantes extranjeros. En el banco tiene un saldo medio de doscientos euros, pero conduce un Porsche clásico por el que conseguiría fácilmente treinta mil euros. Una preciosidad, si me lo permite. Es un enamorado de los automóviles. De vez en cuando acude a concesionarios de lujo haciéndose pasar por comprador, y prueba deportivos de alta gama de una manera un tanto... agresiva. Nos ha costado conseguir no perderlo en esas ocasiones.

—*Da, da, a fost amuzant.*

Por primera vez desde que recordaba Pilar, Vlad Balan había hablado. Parecía un gorila esperando sericito cacahuets tras los barrotes del zoo, pero ni su hermano eléctrico le prestó atención.

—El tipo, además de su trabajo en la universidad, es colaborador habitual en una revista literaria que se edita en Zara-goza; la han montado unos amigos suyos. Es alternativa y se distribuye solo por correo entre gente..., no sé cómo decirlo, ¿intelectual? Espere y le digo el nombre.

Nicolae Balan se puso a rebuscar entre sus notas, pero la agente literaria no le dejó acabar de hacerlo.

—Ni se moleste, la conozco, se llama *Arte&Mañas*.

—Sí, en efecto, señora Boluda, ese es el nombre. —Repasaba su libretita entre risas nerviosas que en otro tipo de persona hubiesen recordado a un primer beso—. Estos aragoneses..., simpático juego de palabras... Bueno, a lo que íbamos, esa colaboración le permite unos ingresos extra que lo ayudan a sobrevivir. En su pequeño mundo universitario no es un don nadie; tiene prestigio; acude a congresos; da conferencias, seminarios; tiene numerosas publicaciones profesionales fruto de sus investigaciones... No quiero decir que vayan a invitarlo mañana a escribir en *Babelia* o en *El Cultural* de *El Mundo*, pero la verdad es que académicamente es un hombre respetado. También ha viajado a Estados Unidos varias veces a dar clase de Literatura Hispana en buenas universidades del medio oeste, pero todo ese dinerillo que ha ganado, con el divorcio, se esfumó. El señor Vega no cuenta tampoco con ayuda familiar, es hijo único y sus padres han fallecido.

—Ya veo... Le esperan entonces unas Navidades solitarias. —No había sarcasmo en el tono de la agente literaria. Tan solo un sabor férreo.

—Pues considerando que el señor Vega no tiene pareja estable, sino tan solo relaciones ocasionales mayormente de índole sexual, y que su exmujer vive con otro hombre, es más que probable que, en efecto, pase las Navidades solo. Pero lo mejor... —Hizo una pausa que pretendía ser dramática— es que tiene una denuncia por violación.

El menor de los hermanos Balan observó a Pilar Boluda esperando una reacción de sorpresa ante sus palabras. Pero la agente literaria ni se inmutó.

—Sáltese esa parte. Ya me he informado por otra vía.

A Nicolae Balan le sorprendió aquella respuesta. En su rostro seco como la yesca, de palidez tísica, apareció una mueca llena de decepción.

—Señora Boluda, creo que debería escucharme...

—¿En la academia de matones no asistió a clase el día que explicaron que hay que obedecer sin rechistar al que paga la factura? —Pilar Boluda estaba cansada y no quería tratar con aquellos tipos siniestros más que el tiempo imprescindible—. Ya le he dicho que ese asunto lo he averiguado por otra vía.

Al percibir que le faltaban al respeto a su hermano, el mayor de los Balan giró su cabeza de bisonte hacia Nicolae con la precisión y frialdad con la que lo hubiese hecho la torreta de

un tanque. Sus ojillos tristes esperaban instrucciones: ¿acaso debía meter en vereda a aquella vieja impertinente?

—Tranquilo, Vlad, todo va bien...

El gigantón emitió un gruñido y atravesó con la mirada a la agente literaria, que permaneció con el rostro inmutable. Si el cerebro de Vlad Balan no hubiese sido tan limitado, habría sabido que, incluso para un exmercenario curtido en la guerra de los Balcanes, no es fácil asustar a alguien que ya ha sido condenado a muerte. Su hermano, conocedor de ese principio básico, volvió a hablar con sonrisa postiza.

—Señora Boluda, disculpe a Vlad, se pone nervioso con facilidad... Usted ya sabe que nosotros estamos aquí para servirle.

Le había costado un gran esfuerzo averiguar los detalles más escabrosos de toda aquella historia de la violación y le resultaba molesto haber perdido el tiempo. Pero se consoló: el cliente pagaba, el cliente mandaba. Siguió rebuscando entre sus notas cuando, sin previo aviso, Pilar Boluda le interrumpió con voz oleosa.

—Dígame una cosa, señor Balan, ¿cree que el tal Víctor Vega es un tipo que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por dinero?

La mantis religiosa no esperaba esa pregunta y tuvo que reflexionar. Se preciaba de ser un buen conocedor de la psicología humana: llevaba años inmerso en un mundo lleno de gente desesperada, y creía saber discernir entre los diferentes tipos de desesperación y los efectos que esta causaba.

—Pregunta difícil, señora Boluda... Obviamente, su situación económica no es buena, pero tampoco se puede considerar dramática. Por otra parte, nunca ha demostrado demasiados escrúpulos en temas de mujeres o vicios. Exceptuando las drogas, parece que los tiene todos. Bebe en exceso y lo intenta compensar al día siguiente haciendo deporte; engañaba a su mujer, pero siente pasión por su hija, a la que le aterroriza decepcionar... —Se quedó pensativo durante unos segundos—. Yo diría que el señor Vega, a pesar de sus incoherencias, tiene conciencia, valores.

—Valores... —La agente literaria masculló la palabra entre dientes.

—En efecto, valores. Si me lo permite, le narraré una anécdota que lo confirma.

Mientras esbozaba una sonrisilla que parecía exigencia del guion, empezó a revolver de modo compulsivo las hojas de su libretita.

—No fue fácil averiguar esto... Hace un par de años, en una noche de borrachera poco después del divorcio, conoció a una camarera en una discoteca. Se acostaron un par de veces, nada serio para él, aunque la chica pareció encariñarse. Pues bien, al poco tiempo ella tuvo un accidente de tráfico grave. Estuvo ingresada varios meses, tuvo que someterse a seis o siete intervenciones quirúrgicas. Cualquier otro hubiese desaparecido, total, habían sido tres... —Meditó la palabra— revolcones. Era obvio que él no estaba interesado en la chica, era una camarera atractiva pero vulgar. Sin embargo, nuestro amigo Víctor la estuvo visitando en el hospital todas las semanas que estuvo ingresada. Cuando se recuperó, cortó el contacto con ella radicalmente.

Enroscó la mirada para poder así estrangular a su interlocutora.

—Parece ser que nuestro hombre tiene una ética un tanto particular. Cuando se ve envuelto en una situación que lo compromete, aunque sea involuntariamente, es consecuente con ese compromiso hasta el final, pero intenta mantenerse emocionalmente distante. Es lo que los americanos llamarían un *emotional detached*.

El rostro de Pilar Boluda no manifestó ninguna reacción ante las palabras del menor de los Balan. El hombre continuó:

—Es tozudo y constante en su trabajo, lucha por lo que quiere de una manera obstinada y noble. Salta la línea de vez en cuando, sí, pero no es mala gente, lo hace impulsado por su personalidad... —Dudó unos segundos— epicúrea, creo que sería la palabra adecuada.

En la mueca torcida de la agente, Nicolae Balan leyó entre líneas: «¿Qué hace este mafioso ignorante utilizando la palabra *epicúrea*?». Al hombre eléctrico siempre le pasaba lo mismo con sus clientes: ninguno podía entender, arrastrado por los prejuicios, que en su profesión la precisión era esencial. Y él esa precisión la extendía a cualquier actividad humana, incluida la adjetivación.

—Dígame, señor Balan, si yo quisiese algo de ese hombre, ¿cree que el soborno funcionaría?

—Lo dudo.

A ella le contrarió tanto la respuesta como la contundencia con la que había sido emitida.

—¿Y las amenazas?

—Si me permite el atrevimiento, señora Boluda, le daré un consejo: intentar asustar a un desesperado es como recomendar comer con poca sal a los presos del corredor de la muerte. Una completa pérdida de tiempo. —Satisfecho ante lo campanudo de la frase, recostó su espinazo de lagartija contra el respaldo de la silla.

—¿Desesperado, dice usted?

—Sí, señora Boluda. No sé de dónde le viene ni el porqué, pero el señor Víctor Vega padece de un extraño tipo de desesperación que no sabría muy bien cómo catalogar. Señora Boluda, si yo quisiese algo de ese hombre, no intentaría manipularlo: iría de frente. —De inmediato volvió a sonreír a la vez que frotaba sus zarpas—. Pero ya sabe que, si no entra en razón, no hay nada que mi hermano y yo no estemos dispuestos a hacer por usted.

El mayor de los Balan pareció confirmar el ofrecimiento de su hermano rascándose pensativo su quijada de asno. Se hizo un silencio que Pilar Boluda aprovechó para zanjar la conversación.

—Está bien, lo tengo en cuenta, señor Balan, lo tengo en cuenta. Pueden marcharse. Su trabajo ha acabado, ya sé todo lo que necesitaba saber. Aclaren con mi secretaria sus honorarios y olvidense del señor Vega por el momento. Si les necesito, ya me pondré en contacto con ustedes. Buenos días.

Pilar Boluda impulsó su butacón con el pie para hacerlo girar, y dar así la espalda a los hermanos rumanos: la conversación había finalizado. Frente a ella, tras la cristalera, la ciudad parecía supurar envuelta en humo.



Al golpear con los nudillos, Víctor advirtió que la puerta del chalé estaba entreabierta. Los muebles Bauhaus del recibidor lo saludaron elegantes pero fríos, como siempre saludan los muebles Bauhaus. Y las personas Bauhaus.

—¿Hay alguien por aquí?! Me han dicho que hoy es el cumpleaños de una niña muy guapa...

Se escuchaban gritos y risas infantiles, pero salió a recibirlo un guardia civil de uniforme inmaculado con el tricornio bajo el brazo y la funda de la pistola vacía. Se besaron en las mejillas.

—Hola, Víctor, llegas tarde.

—¿Qué haces con el uniforme de gala dentro de casa?

—Cosas de tu hija, se ha empeñado en que en el día de su cumpleaños quería verme vestida así. Incluso me dijo que ese era su regalo. —Alzó los ojos al cielo fingiendo paciencia de beata—. Tú has venido muy guapo, deberías ponerte traje más a menudo, te sienta bien.

Una niña de seis años morena y sonriente apareció corriendo y se colgó del cuello de Víctor.

—¿Cómo estás, princesa?! ¡Felicidades! ¿Te han traído muchos regalos?

La pequeña, debido a la alegría, se agitaba tanto entre los brazos de su padre que recordaba a una caja de salmonetes frescos recién desembarcada en puerto.

—¡Papá, vamos, deprisa, te voy a enseñar las Bratz que me ha regalado la tía Silvia!

El resto de la tarde fue un continuo ir y venir cogido de la mano de su hija, que quería enseñárselo todo, presentarle a todo el mundo y estar con él el máximo tiempo posible. Cuando el payaso contratado estaba a punto de realizar su número estrella junto a la piscina, Sofía, al no ver a su padre por allí, se levantó dejando plantados a sus invitados para buscarlo por toda la casa. Lo encontró orinando en el baño.

—¡Papá, que te estás perdiendo el truco de magia del payaso! ¡Vamos, vamos al jardín! Él iba a responder, pero se le adelantó una voz masculina a sus espaldas.

—Sofía, no molestes a papá, está ocupado.

Era Jorge, la nueva pareja de Rebeca y el dueño del chalé. También iba de uniforme, enfundado en su eterno traje insípido de Cortefiel. A Víctor le caía bien, era un tipo educado y cordial que quería mucho a su hija, y eso para él era lo más importante.

—Jorge, ¿cómo va? ¿Llegas ahora?

Se chocaron la mano mientras Sofía volvía al jardín enfurruñada porque papá se había quedado a hablar con el novio de mamá: todos los salmonetes de la caja recién desembarcada en puerto parecían haber fallecido por muerte súbita.

—Sí, acabo de llegar. No sabes cómo vamos de trabajo...

Víctor recordó que no se había lavado las manos tras orinar, pero a Jorge no pareció importarle.

—Estamos haciendo en la empresa más horas que un reloj..., maldita crisis. El jefe de zona quiere un incremento de ventas del diez por ciento para el próximo semestre, y lo único que sugiere para conseguirlo es que doblemos las visitas. Si los nuevos conmutadores...

A Jorge le apasionaban los conmutadores eléctricos, los partidos del Valencia y las barbacoas de los domingos. Víctor le sonreía sin tan siquiera escuchar: con esa clase de personas, su mente, como si ella misma tuviese un conmutador eléctrico de seguridad, entraba automáticamente en modo *stand by* a la espera de estímulos externos más interesantes.

—... el cableado entonces interrumpe la corriente alterna y...

Víctor había clasificado a Jorge desde el principio como un perfil básico, un tipo simpático pero simplón, en perpetua lucha contra la trascendencia. «Salud, dinero y amor, esa es mi receta para la felicidad. Y un poquito de fútbol, claro.» Para Rebeca no había sido más que un hombre tiritita con el que curar las heridas del divorcio y la soledad.

—... y los jodidos distribuidores nos aprietan...

Afortunadamente, a Jorge lo llamaron al teléfono móvil y Víctor aprovechó para escabullirse con una excusa. Fuera, el payaso andaba lanzando sus zapatones a la piscina entre las risas de los niños. Rebeca recogía los restos de pan Bimbo con Nocilla que se esparcían sobre el mantel que cubría la mesa del comedor. Víctor, recién llegado desde el jardín, la miró apoyado contra el marco de la puerta sin que ella se diese cuenta de su presencia. Le pareció que, vestida de uniforme y rodeada de globos de colores, estaba muy atractiva.

—¿Te ayudo en algo?

—No, no te preocupes, solo quería aprovechar que están entretenidos.

Víctor permaneció de pie, en silencio, observándola. A sus treinta y nueve años, Rebeca estaba más guapa que nunca. No era esa belleza explosiva y rezumante de las veinteañeras que veía todos los días en las aulas: era la belleza serena de una mujer que ya sabía lo que era la vida. Un vaso lleno de Coca-Cola se le escurrió de entre las manos a la guardia civil.

—¡Mierda! ¡Ya me he manchado el uniforme! Y lo saqué ayer de la tintorería... Víctor, ¿por qué me miras así? Me estás poniendo nerviosa. —Con un pañuelo se frotaba la mancha para empapar la Coca-Cola—. ¿Qué pasa?

El esbozó una sonrisa rota.

—Solo pensaba...

Dejó colgada la frase. Ella desistió de frotar la mancha y se le quedó mirando, retadora.

—¿Solo pensabas en qué?

Rebeca siempre había sido muy directa y él no tenía ánimos para encajar un nuevo rapapolvo.

—En nada, déjalo estar.

Ella puso los brazos en jarras. Desde la alacena que tenía detrás, el tricornio los miraba ridículo.

—Víctor, nos conocemos de sobra. Vas de duro e impenetrable como si no te hiciese falta hablar con nadie de tus problemas, pero lo necesitas como todo hijo de vecino. Así es que venga, ¿en qué pensabas?

Él dejó que su mirada resbalase hasta el suelo.

—Pues..., solo pensaba cómo pudimos dejar que lo nuestro se jodiese. Hacíamos una pareja perfecta, y tenemos una hija maravillosa.

Rebeca tuvo que contenerse, se había jurado que nunca volvería a echarle nada en cara. Cuando lo hacía, se sentía como el personaje de una canción de su adorado Sabina, «el fanfante que va en romería con la cofradía del Santo Reproche». Sin embargo, no pudo dominarse y cedió, era demasiado tentador.

—¿Dejar que lo nuestro se jodiese? —Un retintín ácido impregnaba su voz—. Perdona, pero no te he entendido bien, ¿has dicho «dejar que lo nuestro se jodiese»?

Víctor se dio cuenta de que todas las preocupaciones que tenía en la cabeza le habían abocado a una conversación que ni venía a cuento ni llevaría a nada. Ella prosiguió vehemente.

—Sé un poco más preciso, Víctor, por favor: lo nuestro se jodió porque tú no parabas de joder con otras. Y a nuestra hija maravillosa... —Sus palabras estaban cargadas de sarcasmo dolido—: cuando te pregunte por qué tan solo os veis cada quince días, le puedes responder que es debido a que papá es un cretino que se equivocó y puso una semillita en el culo de alguna chica que da la casualidad de que no era mamá, y el cretino de papá entonces se puso a empujar la maldita semillita bien a gusto.

Víctor se tragó sin protestar el merecido supositorio.

—Tienes razón, Rebeca, la cagué bien cagada desde el principio.

Él nunca había levantado la voz ante los reproches de su exmujer, odiaba discutir. Siempre había aceptado su total responsabilidad, sus infidelidades, su inmadurez absoluta en la manera de llevar la relación. Pero esa docilidad ante sus recriminaciones a ella la desarmaba. Quería pegarle y a la vez abrazarlo.

—¿Tengo razón?! ¿Eso es todo lo que tienes que decirme, que tengo razón?!

Rebeca se esforzó en recordar los consejos de su psicoterapeuta: no podía ser débil, no podía claudicar ante el instinto, ya había padecido demasiado. No podía volver a la época en la que, empeñada en ganar batallas conyugales, acabó perdiendo la guerra. Se calmó.

—Ya sé que tengo razón, Víctor, no necesito que me la des.

«Ahora estoy con un hombre que me quiere, que me quiere de verdad, de manera incondicional. No me conviene tener ningún tipo de implicación emocional con Víctor. Es un crío, un crío travieso que añora el refugio de mamá ahora que tiene problemas.»

De manera incoherente con esos pensamientos, Rebeca no pudo refrenar las palabras que le salieron por la boca.

—Víctor, ¿estás bien? ¿Quieres que hablemos?

—No me vendría mal. Tú siempre has sabido escucharme mejor que nadie.

—Vamos a dar un paseo; al payaso aún le quedan veinte minutos.

Ella cogió su abrigo y salieron a la calle. Ya empezaba a anochecer y la temperatura había bajado. No se veía un alma por ningún lado, excepto las de las velas encendidas tras las ventanas de las casas, que, rodeadas de espumillón y bolas de colores, iluminaban la Navidad.

—Te estás haciendo popular, sales mucho en el *Telediario*.

—Demasiado popular... Y eso también me está jodiendo.

Hacía tiempo que Rebeca no lo veía así, tan abiertamente honesto. A Víctor le costaba hablar de sentimientos. Ella, en los buenos tiempos, le llamaba *El Hombre Isotermo*: pasase lo que pasase en su interior, por fuera siempre mostraba la misma temperatura.

—¿Cuándo tienes el juicio?

—Primero viene la audiencia previa. Falta mes y medio.

—¿Cómo ve el tema tu abogado?

—Es Beni.

—Ya sé que es el capullo de Beni. Solo espero, por tu bien, que sea mejor abogado que persona.

—Beni no es mala persona, tan solo un poco...

—Dejémoslo, él no es el tema. ¿Cómo está el asunto?

Por culpa del frío y la humedad, el aliento se les condensaba en forma de vapor frente a la cara con cada palabra.

—Bien. Esa idiota no tiene nada que hacer, es una denuncia falsa y hay un montón de indicios que Beni cree que forzarán al juez a sobreeser el caso. Me ha dicho que no me preocupe por nada. —A pesar de sus palabras optimistas, la tristeza parecía haberle arañado el rostro con sus uñas de cristal—. Rebeca, lo que me preocupa es otra cosa.

Ella guardó silencio. Tras unos segundos él prosiguió.

—Lo que te quería preguntar es... ¿cómo está encajando todo esto Sofía? Los niños son crueles y seguro que desde que salgo en la tele le han hecho burlas en el colegio. Ella ¿te ha preguntado o dicho algo?

Rebeca se detuvo y lo cogió del brazo.

—Víctor, no seas idiota, eso es lo que menos te tiene que preocupar ahora. Sofía confía en ti. Creo que no he visto una niña más enamorada de su padre en mi vida: te idolatra.

Él le sostuvo la mirada.

—Estás esquivando la pregunta. ¿Te ha dicho algo ella sobre toda esta historia?

Su exmujer bajó los ojos buscando las palabras adecuadas. Reemprendió el paseo para ver si las encontraba con mayor facilidad.

—Bueno, hace dos días me preguntó si papá había hecho algo malo. Estábamos viendo la tele y apareciste rodeado de periodistas en la puerta de los juzgados. Eso le llamó la atención.

—¿Y tú que le dijiste?

—Pues que era gente mala que decía mentiras sobre papá.

—¿Y ya está?

—Ya está, eso es todo.

—¿No le explicaste que yo no forcé a esa chica?

—¡Víctor! ¡¿Estás loco?! Tu hija tiene solo seis años, no pienso hablarle de sexo ni de acusaciones de violación ni de nada por el estilo. —Suspiró—. No te obsesiones, ella es fuerte y en unos meses, cuando todo haya pasado, ni se acordará de esto.

Siguieron caminando, pero la mente de Víctor no podía dejar de despeluchar aquella siniestra margarita, mientras las sombras del atardecer cubrían el cielo y su ánimo.

—No me quito de la cabeza que Sofía pueda estar pensando que su padre es un violador. Me está volviendo loco esa idea.

Rebeca lo conocía bien: una confesión tan descarnada evidenciaba que realmente estaba pasándolo mal.

—Sofía no sabe ni lo que es una violación, olvídате de eso. —Para ayudar a su exmarido decidió dejar de hablar de la niña—. ¿Cuál va a ser tu estrategia ante el juez?

—Contar la verdad. Esa tipa era alumna mía, es cierto que nos acostamos, pero en ningún momento la forcé. Eso es lo que declararé. Fue sexo consentido. Es su palabra contra la mía, pero Beni dice que hemos tenido suerte porque podemos demostrar que ella me incitó, y que teníamos una relación previa... Y además, yo no tengo ningún antecedente. Si no fuese así, otro gallo nos cantaríа.

La punzada que Rebeca sintió en el estómago al escuchar que Víctor había tenido sexo con otra mujer, una punzada similar a las que había sentido cuando durante su matrimonio se enteró de alguna infidelidad de su esposo, le recordó que él era un cabrón que la había hecho llorar lo indecible. Y también le recordó que seguía tan enamorada de él como el primer día, por mucho que, con la inestimable ayuda de su psicoterapeuta, intentase convencerse a sí misma de lo contrario desde hacía dos años. Se rehízo para aparentar serenidad.

—Y si dices que es tan obvio que el juicio está ganado, ¿para qué se mete esa chica en líos denunciándote falsamente?

Víctor se encendió un cigarrillo. Con los pulmones abiertos por la ansiedad, la primera calada se le metió hasta el calcañar.

—Pues no me lo explico. Es un poco *choni*, yo sospecho que lo que quiere es popularidad y fama para luego sacar dinero en la telebasura y en las revistas de cotilleo. Vender morbo, vamos. Y para conseguir eso no le ha importado destrozar mi reputación de por vida.

—No exageres, Víctor.

Ahora fue Rebeca la que sintió cómo él la tomaba del brazo para detenerla. Cuando se topó con los ojos de su exmarido, pudo notar cómo estos la vareaban.

—¿Que no exagere? En la universidad la reputación lo es todo. ¿Acaso a ti te gustaría que a Sofía, cuando crezca, le diese clases en la facultad un tipo acusado de violación?

—Pero has dicho que no habrá ni juicio...

—Eso da igual. En este país de mierda, cuando te cuelgan un sambenito ya no te lo quitas de encima de por vida. Después de toda esta historia la gente me verá en los congresos, en las aulas, en los seminarios..., ¿y sabes qué pensará?

—Pues nada, Víctor, la gente no pensará nada...

—Yo te diré lo que pensará la gente de este país de pandereta: cuando el río suena, es que baja lleno de mierda. —Arrojó con rabia el cigarrillo a un imbornal—. En cuanto salió a la luz toda esta historia, el catedrático de mi departamento me llamó a su despacho y me lo dejó clarito: me apoyarían para que esa puta pedorra que me ha denunciado no se salga con la suya, pero una condena por violación implicaría mi no renovación y la expulsión de la universidad.

—Bueno, Víctor, no pienses en eso. Beni te ha dicho que eso no va a pasar, no te van a condenar.

—Ya lo sé. Pero mi reputación ahora ya es pura mierda... Un río de pura mierda. —Bajó la mirada hasta que esta se topó con los zapatos de gala del uniforme de guardia civil de su exmujer—. Rebeca, esto te lo confieso a ti y no lo he hablado con nadie más. Sabes que no soy muy dado a sentimentalismos, pero me aterra pensar que no vaya a poder seguir enseñando Literatura. Es lo único que hago bien. Es para lo que he nacido. Enseñar me apasiona, es mi mundo, tú lo sabes. Si por culpa de toda esta historia no pudiese seguir dedicándome a esto..., no sé qué demonios haría con mi vida.

Guardaron silencio. Rebeca era demasiado inteligente como para rellenar los temores de su ex con frases hechas. Los «No te preocupes» y «Todo se arreglará» sobraban. Sencillamente lo abrazó.

Siguieron caminando en silencio adentrándose por una zona de casitas que nada tenían que ver con los adosados nuevos y clónicos que habían dejado atrás. Eran callejuelas estrechas e irregulares, bordeadas por setos viejos, con pinos de jardín romano. Desde los caminitos sin luz se podían ver casas de veraneo con solera, envueltas en la humedad del invierno, con farolillos en la cancela o junto a la puerta de entrada que les daban un aire de cuento de Navidad. Casas con un encanto imperfecto, de veraneo antiguo de tres meses. Dos perros abandonados, entre sombras, pasaron junto a la pareja muy deprisa, como si fuesen fantasmas, y su estela se mezcló con los miedos que flotaban en el aire.

—Rebeca, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Qué demonios haces con Jorge?

Ella estuvo tentada de reaccionar a la defensiva. Tenía cientos de argumentos para echarle cosas en cara, pero le volvió a pasar por la cabeza la estrofa de Sabina. Además, Víctor se había abierto a ella de un modo tan sumiso que parecía un desconocido. No era momento de reproches.

—Jorge me cuida. Y me quiere. Con él me siento segura. Y además, adora a Sofía.

—Pero ¿tú le quieres?

Lo soltó a bocajarro. A ella le temblaron las piernas: todo un sargento de la Guardia Civil se vio obligado a tragar saliva para ayudarse a digerir la pregunta.

—Prefiero no hablar de eso.

Un minuto en silencio, y cien metros más de paseo, fueron suficientes para macerar la respuesta.

—Le quiero de una manera diferente a como te quería a ti. Supongo que él es lo que tú llamabas burlándote *pareja Samsonite*: resistente, fiable, seguro. El perfecto compañero de viaje, la mejor maleta. Pero si lo que quieres es saber si hay pasión... —Parecía avergonzada de reconocer ante él, y sobre todo ante sí misma, sus sentimientos—. La respuesta es no, nadie siente pasión por su maleta.

Tardó diez segundos en añadir una frase más:

—Y eres un hijo de puta porque acabas de cargarte de un plumazo dos años de terapia.

Lo dijo con una media sonrisa, no había acritud en sus palabras. Con Víctor, en las escasas ocasiones en las que había tenido la intimidad de una auténtica conversación, nunca había podido mostrarse despechada.

—Entonces lo que te gusta de él es..., ¿que te da seguridad?

—Sí, Víctor, seguridad, no es tan difícil de entender. Voy para los cuarenta y dentro de nada entraré en esa edad peligrosa en la que las mujeres presumidas, cuando hacemos el amor, empezamos a preferir estar debajo. Y no es para hacerle creer al ego de nuestro hombretón que se mueve como un dios, sino para hacerle creer que nuestra cara y nuestras tetas siguen tersas y no se descuelgan. Follamos *con* nuestra pareja y *contra* la maldita gravedad... Ya ves, un trío en la cama. —De nuevo dibujó una sonrisa sin alegría—. Y además de todo eso, tengo una hija: supongo que entenderás que busque más seguridad y menos pasión.

Víctor supo que no era momento de rebatir. Como si fuesen arqueólogos de la Comunidad del Anillo en busca del sentido de la vida, durante cinco minutos recorrieron en silencio los vericuetos de aquellos jardincillos solitarios, hasta que una fina brisa les recordó que la vida no tiene sentido, y que Gollum puede aparecer detrás de cualquier arbusto.

—Yo nunca fui capaz de ofrecerte esa seguridad que has encontrado en Jorge. Lo siento, Rebeca.

Ella lo observó con ojos añorantes. Víctor le había pedido disculpas en multitud de ocasiones, pero esta vez, viéndolo tan desvalido, fue diferente.

—Sabes tan bien como yo que ya no tienes que disculparte. Sencillamente no está en tu naturaleza, el compromiso no va contigo. —Las últimas palabras tan solo las susurró—. Pero... quisiera hacerte una pregunta, Víctor.

—Dime.

Ella tomó aire antes de detenerse y mirarle a los ojos de nuevo.

—¿Me quisiste alguna vez?

Víctor respiró hondo, preparándose para mentir.

—Estuve loco por ti.

Para mentir piadosamente. Rebeca aguantó el tirón al escuchar la forma verbal pretérita.

—¿Cuándo se fue todo a la mierda, Víctor? ¿Por qué?

Él se había planteado en multitud de ocasiones aquella pregunta tras el divorcio, intuyendo la respuesta, pero sin ser capaz de verbalizarla. Fue una tarde solitaria de domingo, viendo una película argentina en la televisión, cuando escuchó en boca de un personaje la respuesta que él tanto tiempo había estado buscando: sencillamente a Víctor le gustaban las

mujeres que supiesen volar, y Rebeca nunca supo volar. Era inteligente, atractiva, responsable, siempre correcta..., pero no sabía volar: Rebeca era una chica perfecta con la que él se aburría perfectamente.

—No lo sé, Rebeca... Sinceramente, no lo sé.

En realidad, sí lo sabía, lo supo desde el principio: todos y cada uno de los días en los que estuvo casado con ella había salido de casa cada mañana con la ilusión de que le pasase algo. Con la ilusión de que le pasase alguien.

—Lo único que sé es que tuviste suerte de darte cuenta a tiempo de cómo soy... Arruino la vida a la gente buena que me rodea.

Rebeca lo miró suplicante.

—¿Me estás diciendo la verdad?

En su matrimonio Víctor había disfrutado de la paz de los cementerios: nunca pasaba nada. Nada malo. Ni nada bueno.

—Pues claro que te digo la verdad, no seas tonta... —Como las mentiras, aunque sean piadosas, deben hermostarse con detalles para así disfrazarlas de verdad, él siguió hablando—: Eres una mujer increíble, y yo, un pobre idiota que no supe verlo a tiempo. Tan listo que me creo que soy, y hasta una humilde Samsonite me gana la partida.

Sonrió dulce. Por fortuna, Rebeca, aunque experta en interrogatorios policiales, todavía no era capaz de escuchar pensamientos ajenos. Él le dio un pico sin sexualidad alguna y la abrazó.

—Volvamos a casa, se está haciendo tarde y el payaso ya habrá acabado la actuación. Seguro que Sofía nos está buscando. Y además, aún tengo que darle su regalo...

Se dieron la vuelta y Víctor dibujó una mueca burlona.

—No puedes tener queja, has tenido esta tarde dos payasos actuando en casa por el precio de uno.

Ella lo cogió de la cintura y apoyó la cabeza en su hombro sin dejar de caminar.

—Estás bobo.



La muchacha, sentada tras el escritorio, aporreaba el teclado con pasión. Cada dos minutos, como si se tratase de un ritual obsesivo con el que ayudarse a engrasar el cerebro, soltaba el ratón para tomar de un cuenco un puñadito de kikos que se metía en la boca sin dejar de observar muy reconcentrada la pantalla. Al ir vestida con el hábito de novicia, el potente ordenador y el crujido de los kikos le sentaban a la joven como a un santo le sientan dos pistolas.

—Estás viendo porno codificado, ¿a que sí, cochinota? Y comes kikos porque al masticarlos la vibración de la cabeza compensa las rayas y se ve la imagen perfecta. Qué pillina eres... Yo cuando tenía tu edad también veía el cine X del Canal Plus usando esa estrategia. —Paloma soltó una risotada antes de proseguir con su ristra de tonterías—: Es que en casa pasábamos fatiga, no teníamos para decodificadores. Con decirte que freíamos los huevos con saliva.

De nuevo rio desgarbada, mientras la joven se persignaba sin dejar de atender al ordenador.

—Virgen del Monte Carmelo, ilumíname y no me dejes caer en el desespero...

Como si la súplica hubiese sido efectivamente escuchada por la Virgen, las risotadas cesaron y fueron sustituidas por un estornudo.

—¡Paloma! ¿Te encuentras bien?

Con rostro de infinita preocupación, la novicia cruzó el cuarto en dirección a la cama. A pesar de su delgadez, por culpa del hábito parecía un fardo empaquetado.

—Madre del Amor Hermoso, Madre del Amor Hermoso...

Avanzaba muy deprisa con pasitos cortos, como si en lugar de pies tuviese bajo los faldones ruedecillas que la impulsaban con vigor.

—¿Ves lo que pasa por culpa de tanta blasfemia y sacrilegio? El Señor te ha castigado, el Señor te ha castigado... —Se sentó en el borde de la cama y puso el dorso de la mano sobre la frente de su compañera de cuarto—. Menudo resfriado, la fiebre te ha subido, estás caliente.

—¿Caliente? Más que los empastes de un dragón. —Paloma suspiró divertida—. ¡Ay, Santa! Lo que yo daría por un marinerito guapo recién desembarcado tras seis meses en alta mar... ¿Te importaría pasarte por el puerto y repartir mi tarjeta?

—Dios bendito, cuánta barbaridad. —La novicia se santiguaba mientras hacía esfuerzos para contener la risa y mantenerse adusta—. Sin duda deliras por culpa de la fiebre. ¡Y no me llames Santa! ¡Ya sabes que mi nombre es Eduvigis!

Su bondad natural volvió tierno aquel intento de enfado.

—¿Eduvigis? —En la inmensa cara de luna de Paloma apareció una mueca teatral—. Eso no es un nombre, eso es un crimen. A ver si te lo explico: eres una friki de los ordenadores, y además medio monja, por lo que para mí eres y siempre serás... Santaaaaaaaa Teclaaaaaaa: la monja de Silicon Valley.

—Sacrílega, una sacrílega es lo que tú eres. —Mientras reprendía a Paloma, la arropaba con ternura maternal entre las mantas.

—¿Tu madre ya se llamaba Eduvigis? Porque si no, no lo entiendo...

—Qué va, qué va, mi madre se llamaba Juana, la mujer más buena del mundo. Seguro que en el cielo cuida de los ángeles como aquí en este valle de lágrimas cuidó de mí. —El rostro dulce de la novicia se entristeció, como si una nube hubiese cubierto de repente un sol de domingo—. Mi nombre fue cosa de mi padre una noche de borrachera con los amigos. Un pobre hombre, una oveja descarriada... Cuánto tenemos llorado en casa por su culpa.

La melancolía y bondad que destilaban aquellas palabras disiparon cualquier intento de broma por parte de Paloma.

—No te preocupes, Santa, mi padre también era un malnacido. Nos dejó tiradas a mi madre y a mí cuando yo tenía tan solo cinco años. Por suerte no me acuerdo ni de su jeta.

—Pobrecilla. Y pobrecilla tu madre, sola, tan joven...

A sus veinte años la novicia tenía una belleza vertical, cuyos trazos hubiesen hecho las delicias de Modigliani. Sin embargo, sus hábitos negros, contrastando geométricamente con la banda blanca del griñón que le cubría frente y cuello, volvían aquel semblante mondrianesco.

—Pues sí, pobrecilla mamá. Pero las monjas fueron muy buenas con nosotras, pidieron una dispensa al arzobispado para que una seglar y su hija pudiesen vivir en el convento, eso rompía la clausura. Mamá ayudaba en todo, en todo, hasta que el jodido cáncer la dejó a la pobre inútil... Y por eso tu compañera de cuarto es esta loca.

Los ojos de cacahuete de Paloma ahora temblaban emocionados.

—Pero bueno, Santa, dime la verdad, estabas viendo porno codificado en el ordenador, ¿a que sí? Lo de los kikos te ha *delatao*.

Ante la melancolía vital, el humor es un mecanismo de defensa como cualquier otro, pero se vuelve mucho más trágico cuando el destinatario es una monja. Solo el cinismo y la erudición lo superan en patetismo. Santa Tecla, a pesar de su juventud, conocía este principio básico.

—Déjate de tonterías, Paloma. La echas de menos, ¿verdad?

—¿A quién?

—A quién va a ser, a tu madre.

—Pues... —Pareció dudar, como si observase la bifurcación de un camino justo en su vértice—. Ya te lo he dicho antes, lo que echo de menos es un marinerito *aseao*, a ser posible con sus musculitos bien puestos y el culete prieto.

De nuevo optó por la senda de la frivolidad: Paloma quería cambiar de tema, la arqueología interior le hacía daño.

—Tú a mí no me engañas, con todas esas barbaridades y bromas no creas que me engañas: tú te sientes sola. ¿Por qué no buscas a alguien? A un buen chico que te quiera mucho. —Hablabas como un *boy scout* en prácticas deseoso de ayudar a un anciano a cruzar la calle, sin plantearse siquiera que a veces un viejo quiere quedarse en su acera—. Tienes ya treinta años y, por lo que he visto en estos últimos quince días, no haces más que salir con amigos y emborracharte.

—¿Un chico, dices?! No tengo tiempo para esas tonterías, Santa, no tengo tiempo, yo ando siempre muy liada. Las clases y los niños en el colegio me consumen, y luego ya sabes que estoy haciendo una tesis doctoral, y además aquí en el convento ayudo en...

—Tonterías, tú lo que necesitas es un buen chico a tu lado. Y no pongas excusas: a veces utilizamos lo urgente para no ver lo importante.

Paloma rechifló guasona.

—¡Aiba la hostia, márame camionero! Y el junco es más fuerte que el roble y el agua todo lo puede. ¡Que fluyan las energías! ¡Hamburguesas de tofu para todos!

—Sí, tú búrlate de mí, pero un buen chico a tu lado solucionaría todos tus problemas.

Paloma, sin que las bromas y tonterías que le salían por la boca pudiesen evitarlo, se conmovió: era imposible escapar de tanta inocencia.

—Pero, Santa, ¿sabes lo que dices? —El rostro se le fue entristeciendo muy poco a poco—. ¿Tú me has visto?

En su semblante ya no había rastro ni de cinismo ni de humor barriobajero, solo desolación. Con el brazo, lentamente, retiró la manta para exponer su cuerpo, que sobre la cama parecía el de un león marino en camión varado en la playa. Un león marino muy triste.

—Peso ciento cincuenta kilos, mido casi uno noventa, calzo un cuarenta y seis, tengo piel grasa y un pelo que es más áspero que el nanas con el que sor Asunción friega los peroles... ¿Quién demonios va a quererme a mí?

No podía creer que estuviese desnudando sus miedos más profundos ante una chica diez años más joven que ella, y a la que conocía desde hacía tan solo dos semanas. Aquel *boy scout* sin duda llegaría lejos.

—No seas tonta, todo eso del físico no tiene importancia. Confía en Nuestro Señor, que solo ve la belleza interior, estoy segura de...

Paloma la interrumpió con un bufido, que hizo flamear su papada como si fuese la vela de un barco gualdrapeando.

—¡Pues qué suerte tenéis las monjas de estar casadas con ese tipo! Te informo, para tu conocimiento, de que a los hombres del planeta Tierra lo único que les interesa en una mujer son tetas gordas y una cinturita de avispa.

Santa Tecla, sabedora de que a veces el silencio es el argumento más difícil de rebatir, se limitó a contemplar a su nueva amiga con mirada candorosa. Treinta segundos de tratamiento bastaron para que Paloma, sin casi creérselo, se decidiese a hacer una confesión muy íntima que jamás había revelado a nadie.

—Hace cinco años, me... me enamoré de un chico —dijo avergonzada.

—Vaya. Te enamoraste...

—Pues sí, Santa, yo creo que era amor... Pero ¿por qué se te ha puesto ese careto?

En efecto, el semblante puro Modigliani de Santa Tecla había mudado: ya no reflejaba serenidad e ingenua ilusión, sino desasosiego. Incertidumbre.

—¿Te acaba de bajar la regla? Si quieres una compresa o tampones, cógelos de la mesita, son *king size* pero yo creo que te servirán.

El problema de la religiosa no era físico. Desde hacía un tiempo, cada vez que escuchaba palabras como *amor*, *hijos*, *romanticismo*, experimentaba dentro de sí un temor inaprensible: sentía miedo de que los hábitos conventuales que vestía acabasen asfixiando esas ilusiones. Amor, hijos, romanticismo... Que todos esos sueños de juventud fuesen desapareciendo sin ella darse cuenta. Difuminándose de modo suave, sin alharacas, como un cartelón de autopista que tras

rebasarlo se va haciendo pequeñito en el espejo retrovisor, sin que nadie se fije ya nunca más en él.

—No, qué va, estoy bien... —La religiosa intentó recuperar el valor del explorador, que es el orgullo de todo *boy scout*: quería saber, aunque temía saber—. ¿Quién era él?

—Se llamaba Hans, era alemán. Le conocí durante las prácticas en el colegio, cuando acabé la carrera. Mi clase de matemáticas iba justo antes que la suya. La verdad es que no sé cómo pudo gustarme, mira que era feo..., más que el Fary comiéndose un limón.

Los ojos de Paloma, como dos almorrnillas en medio de su rostro cular, se habían vuelto soñadores: ya no conversaba con su compañera de cuarto, sino con sus recuerdos.

—Te estoy mintiendo, Santa, sí sé lo que me gustó de Hans. Era pequeñito y delicado, con una voz de flautín tan quebradiza e indefensa como todo él. Creo que fue de eso de lo que me enamoré, de su debilidad, quería protegerlo entre mis brazos, cuidarlo para siempre.

—¿Fue amor correspondido, Paloma?

—Pues no. Hans no sabía ni que yo existía, y mira que me esforcé. Aunque no lo creas viéndome ahora, hice lo que toda chica hace cuando se enamora, cosas que yo no había hecho nunca antes, gilipolces. Empecé a arreglarme el pelo, compré maquillaje por primera vez en mi vida... Me hacía la encontradiza, me detenía en los escaparates simulando ver ropa, pero comprobando en realidad si iba guapa...

Incomprensiblemente, el rostro dolido que mostraba Paloma, lleno de desamor, a Santa Tecla le produjo envidia. Ese sentimiento le evidenció a la religiosa el nihilismo emocional que habitaba: su vida dentro de aquel convento, aunque ella se forzase a no reconocerlo, era un paraíso derrotado lleno de calma. Una sensación de perpetua resaca tras una noche de fiesta que no había existido.

—Pero ni por esas, Hans no me hacía ni caso y decidí echar toda la carne en el asador: un día me encaré con él en la puerta de la basílica de la Mare de Déu.

—Bendito milagro, sin duda la Virgen velaba por ti y propició ese encuentro.

—Santa, no seas pava. La Virgen a esas horas debía de andar liada con otras cosas, seguramente estaría en la peluquería haciéndose un alisado japonés. A ver si te enteras: cuando a una chica le gusta un chico, absolutamente nada es casual. Yo llevaba tres horas haciendo guardia en la plaza, esperándolo, sabía que para ir a su casa no tenía más narices que cruzar por allí y yo estaba cansada de toda esa incertidumbre. Tengo una mente básicamente matemática, me gusta pisar terreno seguro, así es que me planté en medio de la plaza, le corté el paso... y le declaré mi amor. Así, con dos cojones.

Paloma no podía creerse que estuviese confesándole todo aquello a una chica que había conocido quince días atrás. A ella no le gustaba hablar de sentimientos íntimos, nunca lo hacía: acostumbrada como todos a habitar su cliché, construido para proteger la intimidad de miradas intrusas, al transgredirlo se sentía ajena a sí misma.

—Y él... ¿qué te respondió?

—Pues él se quedó hecho de pasta de boniato, alucinó, y al final me dijo que me olvidase del tema. —Aunque lo intentó disimular, se le agostaron la voz y la mirada—. Resulta que a Hans le iban los rabos.

De nuevo, sin poder evitarlo, Santa Tecla sintió envidia del rostro dolido de Paloma: sufría, pero había vivido. Lo mismo le había pasado en una de las últimas conversaciones cómplices que había tenido antes de ingresar en el convento. Su amiga Rosa, la más descerebrada de la pandilla, le confesó que se había echado novio escapando de la soledad de los domingos por la tarde. Santa Tecla, gran teórica, la abroncó, explicándole que una relación no puede basarse en la soledad, sino en el amor. Poco sabía la religiosa que unos meses después ella misma tendría la sensación de que su vida era como un eterno domingo por la tarde sin novio.

—Pobrecilla, te enamoraste de un desviado... Rezaré por él.

—No malgastes rezos, Santa, no vale la pena.

La novicia tomó la mano de Paloma, intentando consolarla.

—¿Qué pasó con Hans? Al menos..., al menos mantendrías la amistad, ¿no?

—La amistad... —Paloma musitó la palabra, pensativa—. Santa, si tienes un acuario, lo puedes transformar en sopa de pescado, ¿verdad?

—¿En sopa de pescado?! —A la religiosa le sorprendió aquel brusco cambio de tercio—. Pues... sí, supongo que sí, si sabes cocinar...

—Pero si tienes sopa de pescado, ¿puedes convertirla en un acuario?

Santa Tecla negó con la cabeza, dubitativa.

—Pues con el amor y la amistad pasa lo mismo: una amistad puede pasar a ser amor, pero transformar el amor en amistad... Lo dicho, más difícil que transformar la sopa de pescado en un acuario.

Santa Tecla vio claro de repente que, en esos diez minutos de conversación, estaba aprendiendo más sobre la vida que en los cientos de horas de rezos que llevaba ya acumulados en su cuentakilómetros. Y recordó la letra de una canción: «hablando se pasan los días que nos quedan para irnos»; y recordó las líneas del escritor: «las palabras son solo piedras dispuestas para atravesar la corriente de un riachuelo... Las palabras son en realidad un puentecillo que nos permite cruzar a la otra orilla».

—Ya veo... Entonces ¿no quedó nada de tu historia con Hans?

Paloma permaneció pensativa durante unos segundos.

—Pues si te digo la verdad, Santa, sí. Sí quedó algo... Quedó algo maravilloso.

—¿Tus recuerdos de él?

—No, no me refería a eso. —Aquel rostro estepario ahora presentaba una seriedad sacramental, por lo que Santa Tecla, sentada a su lado en el borde de la cama, parecía estar dándole la extremaunción—. Los recuerdos del primer amor siempre los mitificamos, como hacemos con todo lo que ya no es posible recuperar porque el tiempo se lo llevó... No, cuando dije que quedó algo maravilloso no me refería a los recuerdos.

—¿A qué, entonces?

—A la poesía.

La mirada de la novicia era tan interrogadora que no fue necesario verbalizar la pregunta.

—Hans era profesor de Literatura, y por agradecerle me leí un libro que me dejó una tarde en el colegio. Era un libro de poesía, un tema del que yo lo desconocía todo. Mi mundo giraba alrededor de las ecuaciones y las integrales, y todas esas historias que sabes que me gustan tanto. Pero ese librito me cambió la vida.

—Te..., te cambió la vida...

—Sí, Santa, Jaime Gil de Biedma me cambió la vida.

—Vaya... —La novicia hablaba ensimismada, sin su habitual energía rosa—. ¿Ese no es el poeta del que estás haciendo la tesis doctoral?

—Tienes buena memoria: «La influencia de Gil de Biedma en la poesía española del siglo XXI», toma del frasco, Carrasco. Menudo truño. —Los ojillos de Paloma seguían añorantes, a pesar de que su dueña se empeñaba en que pareciesen mundanos—. Matemática y filóloga, está visto que soy más rara que un gitano con gafas. ¿Tú has leído poesía, Santa?

—Bueno, algo de santa Teresa de Ávila.

—Eso no cuenta, menuda mierda seca. Debes empezar a leer poesía de verdad cuanto antes. —Ahora miraba a la novicia con ternura, como si hubiese adivinado que bajo los hábitos se escondía una adolescente que había usurpado el espíritu de una mujer del futuro que aún estaba por venir, creciendo en su interior—. Yo, desde que la descubrí, me la tomo como una vía de escape, como una terapia.

En efecto, Paloma, tras bregar con apasionantes problemas de combinatoria o probabilística, se iba a la biblioteca del convento y con una copa de vino en la mano leía a Blake Morrison. Por la noche, cuando su cerebro ya estaba saturado de números e integrales, y

mientras todas las hermanas oraban en la capilla, ella se metía en el refectorio, se preparaba algo para cenar y comía obnubilada por culpa de *Yo siempre regreso a los pezones y al punto 7 del Tractatus*, de Fernández Mallo: había descubierto que el choque brutal entre lo técnico y lo lírico la relajaba enormemente, con un efecto parecido a los baños de contraste en un spa entre piscinas de agua helada y piscinas de agua caliente.

—De hecho, Santa, creo que quien no lee poesía es imposible que se conozca a sí mismo. —Tras una conversación tan intensa, estaba agotada: Necesitaba regresar a su cliché—. Pero bueno, dejémonos de moñadas, que esto empieza a parecerse a *La casa de la pradera*, ¿estabas viendo porno en el orde-ador mientras comías kikos? ¿Sí o no?

Por suerte para ella el *boy scout* se había relajado: estaba convencido de que ya había dejado seguro y a salvo en la otra acera al anciano, sin darse cuenta de que el único que había cruzado la calle era él.

—Calla, calla, atrevida, estaba estudiando. La madre superiora me ha dicho que no debo desatender mi formación, el convento no tan solo necesita rezo: *Ora et labora, ora et labora...* Ya sabes que antes de entrar en la orden de las Clavariesas del Amor me diplomé en Informática, y mi campo está siempre actualizándose.

—¿Eso es entonces lo que haces todas las noches cuando yo me meto a roncar en la cama? —Al igual que la religiosa, Paloma hablaba ahora más animada, gracias al efecto terapéutico de las cosas concretas.

—Pues sí, mis tareas diarias no me dejan tiempo para estudiar, pero como la madre superiora ha sido tan buena que me ha permitido instalar mi ordenador aquí en el cuarto, pues aunque le robe horas al sueño, creo que Dios ve con buenos ojos que estudie y me forme.

—No sé cómo pueden gustarte esos aparatitos. A mí los ordenadores me producen ronchas en las ingles.

—Madre del Amor Hermoso, qué exagerada eres. Precisamente tú, que das clases de Matemáticas a los niños, deberías saber que con la informática podrías hacer maravillas.

—Déjate, déjate... Yo esos cacharros los odio. A mí dame lápiz y papel.

La religiosa dibujó en el rostro un rictus de admiración.

—Pues las hermanas dicen que eres un genio, que cuando acabaste la carrera te ofrecieron irte becada a Harvard, pero que tú preferiste quedarte aquí en Valencia a dar clases en el colegio para niños huérfanos que la orden tiene en Nazaret.

Paloma, aunque intentó disimularlo, se hinchó de gusto.

—No les hagas demasiado caso a esa pandilla de locas: las monjas de este convento son unas *exagerás*, te lo digo yo que llevo toda la vida aquí viviendo con ellas. Con decirte que siguen creyendo que Juan Pablo II es el que mete desde el cielo todos los meses ese sobre lleno de pasta en el buzón de las limosnas.

—¡No me digas que ha vuelto a pasar!

—¿A que alucinas, vecina? Y ya van cuatro. Me lo ha contado sor Vicenta, esta mañana. Al abrir el buzón, allí estaba: un sobre cerrado y sin identificación con diez mil euracos dentro.

—Dios bendito, Dios bendito... Menos mal que ese benefactor se apiada de nosotras, porque si no, a ver cómo sobrevivíamos.

Paloma compuso un rostro intrigante.

—Oye, Santa, tú que eres informática y sabes de toda esa mierda electrónica, ¿no podrías instalar una cámara o algo así para pillar a ese zumbado que nos regala tanta pasta? Me muero de ganas por saber quién es el membrillo ese...

La novicia la interrumpió, escandalizada.

—¡No seas loca! ¡Eso sería pecado mortal! ¡Ese buen cristiano...!

—Buenooooo, soooooo, para el carro, Ramona, para el carro que no es *pa* tanto. Yo era tan solo por hacerle un homenaje al tipo ese, un guatequito, le regalamos unos quesos de tetilla, contratamos unas putitas... Seguro que si ese buen cristiano echa unas monedas en la hucha de las limosnas de la capilla, el Cristo se nos anima y baja de la cruz en su honor para

bailar haciendo el robot. ¡Menudo fiestón! —Su cara de luna de nuevo lucía arrolladora y divertida—. Hablando de *fiestones*, ¿tú lo has *catao*?

—¿*Catao*? —La religiosa se mostró confundida, dibujando un rostro más mondrianesco que nunca—. Si he *catao* ¿el qué?

—¡¿Qué coño va a ser?! ¡Pues un buen pollón! Una verga gorda, una cigala rica, carne en barra de la buena...

Santa Tecla interrumpió la retahíla poniéndose en pie completamente escandalizada: estaba roja de vergüenza y agarraba con ambas manos el crucifijo de madera que pendía de su pecho.

—Al infierno, al infierno irás de cabeza. —Se miró la hora en el reloj de pulsera buscando una excusa desesperadamente, mientras Paloma reía a carcajadas—. ¡Dios mío! ¡Son casi las nueve! Por tu culpa llegaré tarde al rezo de completas. ¡Y en el día de la Natividad de nuestro Santísimo Redentor! Me voy..., ¡me voy!

Atolondrada y nerviosa, puso en marcha las ruedecillas que parecía llevar bajo los hábitos, pero la frenó en seco un sonoro estornudo de su compañera de habitación.

—¡Madre del Amor Hermoso! Tú no estás bien, ese resfriado... ¡Y tanto pecado! ¿Te echo encima otra manta antes de irme?

Paloma se limpió con la manga del camisón el moquillo que le colgaba de la nariz.

—Va, lárgate a rezar, beata, no quiero más mantas. Con dos pedos y una bufa, la cama como una estufa.

Esta vez Santa Tecla, aunque lo intentó como siempre con ahínco, no pudo evitar reír ante el chascarrillo de Paloma. La risa le bajó las defensas.

—¿Por qué me miras así, Santa? Lárgate o llegarás tarde.

Dentro de aquel cuerpo de mujer joven, a pesar de estar cubierto como un fardo por los hábitos conventuales, la curiosidad era más fuerte que el miedo al pecado: gracias a aquella conversación, el *boy scout* había cruzado la calle y ya miraba a su compañera de cuarto desde la otra acera.

—Tú..., Paloma, tú...

—¿Yo qué?

—¿Tú..., tú lo has...?

—¡Joder! ¡Suéltalo de una vez! ¡Pareces tartaja!

—¿Tú lo has... *catao*?

Paloma, dibujando en los labios una sonrisa maléfica, fingió con gesto teatral estar olfateando el aire como si fuese un sabueso trufero cojo buscando rastro.

—¿Huelo a bragas de monja húmedas? Sí, confirmado... Y creo que no se trata de lo habitual, una pérdida de orina, porque la monja culpable es la única del convento que tiene menos de sesenta años.

Empezó a reír escandalosamente mientras Santa Tecla enrojecía.

—¡Paloma, por favor!

La religiosa no sabía dónde esconderse, pero la curiosidad le impedía dar un solo paso. Al final Paloma se calmó, y, apiadándose de su nueva amiga, le respondió seria y con mirada comprensiva.

—Claro que lo he *catao*.

—¿Con..., con quién? Si no tienes novio...

Paloma suspiró, pacienzuda ante tanta candidez. La conversación se había vuelto densa y poco azucarada, como un buen pudín: el sustrato ideal donde asentar los cimientos de una sólida amistad.

—¿Con quién? Pues con un negrazo que me zumbo cada dos semanas. Se llama Samuel. Me cuesta caro, pero es bizarrón, bizarrón, un *gladiator* de tomo y lomo. Si le vieras la cachimba, flipabas.

A Santa Tecla a punto estuvo de caérsele al suelo la mandíbula. Por fortuna, el griñón y la toca la sostuvieron en su sitio.

—¿Co-co-cómo dices?

—Sí, no pongas esa cara: ten-go-un-pu-to. Lo llamo, él remueve el pucherito, le pago y santas pascuas. ¿No querrás que este cuerpo serrano que se van a zampar los gusanos no se lo disfruten los humanos?

—Pe-pero... —La novicia estaba patidifusa— haces *eso*... ¿aquí?

—¡Pero ¿tú estás loca?! No, mujer, no, a Samuel no lo meto en el convento; a las monjas les da un telele en cadena y se me mueren todas en una tarde, que están ya mayores. Mira que las quiero, las muy *jodías* son la monda... A Samuel me lo tiro en mi pisito, ese que te dije que me compré *pa* invertir. Bueno, *pa* invertir y pal *triki-triki*.

Ahora Paloma miraba con ternura. Eso animó a la religiosa a lanzar otra pregunta, mientras le temblaban las piernas dentro del hábito.

—Y... qué..., ¿podrías decirme qué..., qué se...?

—No te entiendo ni papa.

—¿Podrías de-decirme... qué se siente cuando haces... *eso*?

A Paloma le tentó gastar otra broma, pero el rostro implorante de la novicia le hizo ver que hubiese sido cruel. Y ella no era cruel.

—Santa, he visto esa mirada antes en muchas monjas de este convento... —Tenía enfrente a una mujer joven y buena, que era obvio que sufría al luchar contra sus instintos naturales—, esa mirada llena de dudas la he visto antes en otras compañeras tuyas...

En esos ojos inocentes que tenía frente a ella, podía leer con claridad una pregunta que Santa Tecla no se atrevía a hacerse ni a sí misma: ¿Y si todo mi mundo no es más que una fantasía, una mentira, un gran capullo de seda tejido durante centurias por teólogos arrugados y llenos de telarañas? Un capullo que, tal vez, ha crecido tanto que ahora nadie se atreve a reconocer que no contiene más que la calavera de una crisálida.

—Igual meto la pata diciéndote esto, Santa, y te genero más dudas, pero leí en un libro esta descripción una vez y... creo que no puedo mejorarla. —Paloma hablaba sólida, mientras su nueva amiga la ensartaba con una mirada llena de incertidumbre—. Yo, por desgracia, nunca he hecho el amor, tan solo he tenido sexo, pero..., pero cuando un hombre hace en la cama lo que tiene que hacer y consigue subirte al cielo para que allí te derritas de placer, en esas ocasiones es como..., es como si, por un instante, tú en persona estuvieses estrenando el mundo.

Santa Tecla, tras unos segundos en silencio, respondió con un susurro tembloroso:

—Me... me tengo que ir... Rezaré por ti, Paloma. Feliz Nochebuena.

—Feliz Nochebuena, Santa.



Cuando su compañera de cuarto cerró la puerta, una sensación diáfana de vacío y desnudez inundó cada una de las células del enorme cuerpo de Paloma. Aquel *strip-tease* emocional al que le había forzado la religiosa había acabado socavando la tierra bajo sus pies: la sensación de soledad, ahora consustancial a su piel como si fuese una mancha de humedad asomando sobre una pared ya vieja y desconchada, había acabado cubriéndolo todo. Empapándolo todo en su interior hasta condensar en forma de lágrimas. Se sonó los mocos y los recuerdos con un clínex que arrojó al suelo sin miramientos. Para intentar calmarse, alargó el brazo y sacó del cajón de la mesilla de noche un sobre blanco que siempre descansaba allí, bajo la ropa interior, al alcance de su mano. En su centro, como si el papel hubiese sangrado al recibir un tiro certero, aparecía una chapeta de lacre rojo ya violada. Un lacre que alguna vez selló la solapa de aquella carta con remite del más allá.

Hola, Paloma. Antes que nada quiero darte un beso, un beso muy fuerte de esos que odias porque te dejan la mejilla medio dormida y húmeda. De esos besos que solo pueden significar te quiero, te echo de menos. No sé exactamente dónde estaré cuando tú leas estas líneas, lo que sé es dónde no estaré: en ese mundo, a tu lado viéndote crecer. Que es donde más me gustaría estar. Al infierno con el cielo, y que me perdonen las monjitas, que son unas santas.

Supongo que te preguntarás por qué tu madre te escribe esta carta. Es por miedo. Por eso aprovecho el refugio seguro del más allá para descargar mi conciencia, y pedirte de paso disculpas por mi cobardía.

Mi trabajo no fue nunca interesante, pero al menos ha sido digno y nos dio de comer. Además, en todos los trabajos se aprende algo. El mayor peligro de una limpiadora está en el decaimiento. Lo aprendí pronto. Cuando empiezas de buena mañana estás llena de ánimo, dispuesta a lucirte ante la jefa que te paga el jornal. Abrillantas los metales con esmero, vacías los armarios de la cocina para limpiarlos y volverlos a llenar, te obsesiona que el dobladillo de las sábanas quede perfecto. Pero conforme la mañana avanza, vas decayendo: dejas de sacudir las sábanas antes de hacer las camas, el polvo tras los libros que nadie lee no te preocupas en quitarlo, y no barres bajo los butacones, ya tan solo mocheas. La buena limpiadora se caracteriza porque es capaz de vencer el decaimiento. En mi profesión lo conseguí. En mi vida no. Que no te confundan mis risas, mis coplas, mi aparente alegría. Por dentro mi corazón ha estado siempre muerto. Mi vida se quedó congelada el día que me casé con tu padre. Me transformé entonces en una niña eterna que ve el mundo pasar desde los cristales del autobús del colegio, sin poder bajar ya nunca a la calle... Y desde mi cristal de autobús me dediqué a observar añorante la vida de los otros. Sobre todo la tuya.

De lo que más orgullosa me siento es de haberte educado alegre y libre. No cambies nunca. No dejes que la vida te transforme en lo que me transformó a mí, en una sopa fría de recuerdos melancólicos. No decaigas, Paloma. No decaigas jamás, por favor. Acaba de limpiar tu casa con la misma fuerza con la que comenzaste, que nadie pueda nunca decir de ti que te volviste con los años una descuidada nostálgica.

Me aterra pensar que, por culpa mía, por culpa del mal ejemplo que te di al no ser capaz de rehacer mi mundo sentimental, vayas a desconfiar de los hombres. Te aseguro que ahí fuera hay uno maravilloso que te está esperando, que te está esperando a ti. Lo difícil será distinguir quién es ese hombre, y esa es la razón por la que te he escrito esta carta: cariño, cástate con alguien que sepa conversar, y que mientras conversa contigo, sepa acariciarte. Cuando envejezáis juntos lo único que quedará es eso, charla y caricias.

El resto de las cosas que te gustan o te gustarán de los hombres, aunque ahora no lo creas, no son más que trampas frívolas que la madre naturaleza, que no es tan sabia como dicen, nos pone a las mujeres en el camino hacia nuestra felicidad. Olvídate de si es guapo y viril, olvídate de si es osado y atrevido, de sus galanteos de pavo real. La vida es como el sol que drena las uvas volviéndolas pasas: nos envejece, nos seca hasta dejar tan solo nuestra esencia. Y será entonces, cuando una mañana te despiertes ya anciana y veas la uva pasa que habitas, y también veas la uva pasa que tienes tendida a tu lado en la cama, será entonces cuando te darás cuenta de que acertaste el día que decidiste casarte con alguien que sabía conversar, y que mientras conversaba, te sabía acariciar. Y te alegrarás de haber sido capaz de mandar al infierno a las amigas que te decían que era gordo, o feo, o apocado, o temeroso. Hazme caso, te lo dice tu madre, que es la que más te quiere en el mundo, y que ha muerto girándose por las mañanas en la cama para encontrarse tan solo con la compañía de la soledad.

Recuérdalo, hay ahí fuera un hombre maravilloso esperándote. Sé consciente de ello cuando andes por el mundo y alguien que no te merezca te haga llorar lágrimas de desamor. Por desgracia, cariño mío, eso pasará antes o después. Un beso desde dondequiera que yo esté cuando tú leas esta carta. Tu madre que te quiere,

Elena

Había leído aquella carta cientos de veces, desde que diez años atrás el abogado que ejecutó las últimas voluntades de su madre se la había entregado en la notaría. Pero esa Nochebuena, seguramente por culpa de la conversación con su compañera de cuarto, la relectura le había afectado especialmente. Sin poder seguir tumbada en la cama, se levantó. A través del ventanal no se veía a nadie en la calle.

«Claro, todos están ya en casa con sus familias, preparándose para la cena de Navidad...»

El silencio era absoluto. Tan solo una farola en la acera de enfrente, junto al Mercadona, parecía querer romperlo con su aureola de santidad amarilla. Pero la luz, por mucho que se empeñe, es tan inútil a la hora de quebrar el silencio como lo es la razón cuando intenta transformar el cariño en pasión: todos esos elementos habitan dimensiones vecinas, pero insolubles.

«Paloma, tú no puedes quedarte aquí sola esta noche, te estás volviendo loca por culpa de la pena y ya empiezas a ponerte redicha.»



El caserón se alzaba imponente en una calleja del barrio viejo con olor a orines, junto a la arcada del Portal de Valldigna. Sus incontables ventanas estaban cubiertas por rejones de parrilla gruesa, con lo que toda la construcción, a pesar de sus muchas fisuras, parecía conservarse sólida y de una pieza gracias a aquellas garras de alambre.

—Cotilla asquerosa... —Una anciana vestida de viuda, que pelaba ajos sentada en un balcón vecino, observó a Paloma desde las alturas llamar a la puerta—, ¿qué miras, viejuna?

Mientras musitaba las palabras, le sacó la lengua a la mujer enlutada, que la ignoró. Custodiada en su hornacina de hierro forjado, parecía pretender ser una Virgen negra.

«Joder, menuda rasca.»

Las aldabas atronaron contra el portalón por segunda vez mientras Paloma, enfundada en un chándal reluciente, daba pataditas contra el suelo para vencer al frío.

—¿Qué coño haces aquí vestida de Hugo Chávez?! Es Nochebuena, ¿no tienes a otro al que ir a dar el coñazo?

—¡Viva el espíritu de la Navidad! ¡Yo también le quiero, señor Scrooge! —El rostro de Paloma dibujó una amplia sonrisa llena de sarcasmo—. Joder, has tardado mil años en abrir y hace un frío de cojones, las estalactitas en el pitorro ya me empezaban a pinchar.

—Pues haberte puesto bragas de neopreno, ¿qué es lo que quieres a estas horas, *pesá*?

—Nada, que estaba ya metida en la cama con un trancazo que ni te cuento y he tenido una charla con mi nueva mejor amiga, una friki informática... Y se me ha *quedao* muy mal cuerpo. Me apetecía compañía, y como sé que estás aún más *colgao* que yo...

—Pasa, pesadilla.

Víctor le dio un cálido abrazo a su amiga, que le devolvió el achuchón.

—Joder..., ¡menudo frío! —Ya dentro de casa, Paloma se frotaba las manos con energía—. Además de bragas, también necesito un sujetador de neopreno, tengo los pezones como timbres de castillo.

—Cuidado con sacarme un ojo si llevas las largas puestas. ¡Y deja de contarme las reacciones de tu cuerpo ante el cambio climático! Si tienes frío, haz como todo el mundo, ponte un buen abrigo... y no esa horterada de chándal. —La miró burlón de arriba abajo—. Dios mío, pareces una *latin king* que viene de robar cobre.

—Serás *joputa*.

Cada vez que entraba en aquel caserón, Paloma tenía la sensación de que se adentraba en otra época, en un mundo de alacenas repletas de vasos de jerez con telarañas.

—¿Cómo va la tesis? Hace semanas que no me envías nada.

—Trabajo y trabajo, siempre pensando en trabajo. ¡Desconecta, Víctor, joder! —El tono de ella era socarrón—. ¿Y tus compis de piso?

Aquel vestíbulo de monasterio estaba presidido por una chimenea que ahora crepitaba, rodeada de mantas, cojines y pufes de estilo turco repletos de flecos: allí era donde los tres erasmus y Víctor hacían vida. La escalera que conducía a la planta superior, inhabitable, se había reciclado en estantería, y sobre sus escalones reposaban ordenaditos los cientos de volúmenes de la biblioteca del profesor.

—Se han ido con sus familias, ¿dónde coño van a estar en Navidad?

—Mmm..., me encanta: noche romántica con el profe. Más de una en la facu daría un brazo y media teta por estar en mi lugar.

Paloma rio ante lo esperpéntico de la idea: si algo tenían claro ambos amigos es que eran sexualmente invisibles el uno para el otro. Víctor no era uno de esos profesores de universidad a los que ella estaba habituada, de piel lechosa y sin hombros, con pechito cóncavo y cabeza desproporcionada. Él era un tipo apuesto según los cánones contemporáneos: uno noventa de estatura, de complexión atlética, pelo castaño lacio siempre revuelto, barba de tres días, rostro anguloso y ojos color miel. No se podía decir que fuese guapo, pero su físico, junto con el aire informal y bohemio que siempre lo acompañaba, lo volvían atractivo para multitud de alumnas que le idolatraban como si él fuese un dios, y la tarima, su pedestal. A Paloma sin embargo, todo esto le traía sin cuidado. Estaba blindada frente a los tipos con vaqueros, americana *sport* y camisas abiertas estilo Robert Redford en *Los tres días del cóndor*. A ella le gustaban los hombres como Hans, desvalidos, inseguros, hombres que ella pudiese cuidar a través de un amor de madre que sabía enfermizo, pero era el que le salía de muy adentro.

—Cierra la boca y deja caer tu enorme culo en el suelo.

—Ya no me acordaba de lo acogedora que es tu casa, ¿habrá al menos güisqui en este tugurio?

—Pues claro, está ahí, junto a la chimenea.

—Podríamos hacer un día de estos una visitilla al Ikea, no sé..., una mesa, cuatro sillitas. Para evitar que las ratas me pellizquen el culazo mientras ceno.

—Eres matemática, ¿no sabes sumar dos más dos? ¡Soy pobre!

—Y yo que creía que vivías con erasmus para hacerte el joven...

A Paloma lo que le había gustado de Víctor en la facultad no era su físico, sino sus clases. El carácter del profesor, inmoral e inmaduro por una parte, pero noble y extremadamente responsable por otra, se reflejaba en sus sesiones docentes. Eran creativas, desenfadadas, con una constante apelación y respeto por las opiniones de los alumnos. Totalmente alejadas de la retórica unidireccional y pretenciosa a la que la mayoría de los profesores la habían acostumbrado. Recordaba que Víctor, como trabajo con el que iba a evaluar su asignatura, encargó que cada estudiante seleccionase una novela contemporánea y cualquier otra obra artística del siglo XX, y trazasen un paralelismo estético entre ambas creaciones. Con total libertad. A ella la propuesta le pareció original y provocadora. Eligió dos obras que instintivamente siempre había conectado en su mente, aunque perteneciesen a momentos y espacios muy distantes: *La insoportable levedad del ser*, de Kundera, y *Midnight Hawks*, de Hopper. Paloma siempre había pensado que, aunque Kundera y Hopper jamás se conocieron, parecía que se hubiesen puesto de acuerdo a la hora de crear a sus personajes: las figuras del cuadro hubiesen encajado a la perfección en la trama de la novela, y viceversa. Víctor la suspendió injustamente, y ese suspenso abrió la caja de los truenos.

—Habrás traído cena, ¿no? Porque si vienes en plan gorrón, lo único que tengo es un paquete de leche y cereales All Bran.

Paloma no hizo caso de los comentarios huraños de su amigo y se arrodilló para hacerse hueco entre los cojines frente a la chimenea.

—¿Cereales All Bran? ¿Qué pasa? ¿Que vas estreñado? Es que tanta mala leche no puede ser sana, angelito mío... —Le dio dos cachetes a Víctor, que se había arrodillado a su lado, y sin hacerle más caso se puso a trastear con las bolsas de la compra que había dejado frente a la chimenea—. Pues claro que he traído cena, antes de venir aquí he pasado por un chinito que conozco *puta madre* y he comprado comida para parar un barco. Además de una botella de genuino *champagne* francés, hecho en Shenzhen, provincia de Cantón.

Mientras hablaba, disponía junto al fuego media docena de *tuppers* de comida china, acompañados de una botella que, en efecto, parecía de *champagne*, pero tenía la etiqueta repleta de caracteres orientales.

—No me gusta la comida china... y, menos aún, el *champagne* chino.

—¿A la princesita no le gusta su cenita? Pues a joderse toca, princesita. ¡Dios mío, qué paciencia he de tener contigo! Siempre quejándote... A quien nunca ha llevado bragas, las costuras le hacen llagas. —Se metió entero en la boca un enorme trozo de cerdo agri dulce—. Bueno, hablemos de cosas importantes, ¿cómo llevas lo del juicio?

—No hago otra cosa que hablar de eso. —Puso cara de limón amargo—. Paso del tema.

—Te jodes y bailas... y además cantas. ¿Qué te ha dicho ese amigo tuyo, el abogado, cómo se llama?

—Benito.

—Eso, ¿qué te ha dicho Benito?

Víctor suspiró mirando al cielo.

—Dios, dame paciencia...

—Pues ya que se pone, que a ti te dé paciencia y a mí *paletras*, que de números ya ando yo sobradita.

Ella miraba descarada: Víctor supo que no tenía escapatoria.

—Te lo cuento, pero con la condición de que acabe este festival del humor, es ya un poco cargante y me produce gastritis... —Paloma asintió, sonriente y con la boca llena—. Beni dice que todo lo que ha presentado esa pederza es mierda, cree que no habrá ni juicio.

—Ya veo... Pero ese tal Benito, ¿es un buen abogado? ¿Te fías?

—Beni es amigo mío de toda la vida... Un buen civilista, aunque yo lo que necesito en realidad es un penalista. Pero teniendo en cuenta que le voy a pagar con cromos de El Coyote, Benito es lo mejor a lo que puedo aspirar. —Se levantó de un tirón como si quisiera deshacerse de su mala suerte, agarró la pata desmembrada de una vieja silla Luis XVI que descansaba junto a la escalera, y la arrojó al fuego.

—Bonito leño, campeón.

Él ya estaba otra vez sentado en el suelo junto a su amiga.

—Tendrías que ver la *boiserie* que tenemos arriba para acabar de pasar el invierno... El dueño nos ha dicho que lo quememos todo si queremos. —Se encendió un cigarrillo con una brasa de la chimenea.

—¡Anoréxico de mierda! ¡¿No vas a comer más?! ¡¿Tan solo un rollito de primavera?! A ver qué hago yo ahora con todo esto...

—Tranquila, estoy seguro de que algo se te ocurrirá... Últimamente no tengo mucho apetito. —Se repantigó sobre los almohadones turcos y siguió hablando mientras contemplaba el fuego—. No habrá ni juicio, pero la gente en la facultad me mira como si me comiese a los niños crudos..., putos cabrones.

Paloma no dijo nada, seguía sorbiendo sus fideos tres delicias.

—Pam, tú me crees, ¿verdad?

Ella de nuevo farfulló, sin esperar a tragarse la bola de fideos.

—Claro que te creo, si llevabas dos meses zumbándote a ese zorrón en el despacho y en todos lados, ¿para qué hostias ibas a violarla? —Con los carrillos a reventar, un poco de salsa agri dulce le rebosó por la comisura de los labios—. ¿Seguro que no quieres fideos antes de que me los acabe?

—¡No, Pam, no quiero fideos! ¡Y sobre todo no quiero que me creas por eso! ¿De verdad piensas que, aunque no me la hubiese tirado nunca, soy de esos tipos que en un calentón pueden violar a una chica?

Paloma, antes de responder, le dio un sorbo al *champagne* chino.

—Joder, Víctor, no seas tan florecitas. Qué *deliciao* estás... ¿Crees que vendría a pasar la Nochebuena con un violador? —Se quedó cavilosa—. Aunque, teniendo en cuenta que mi mejor alternativa era pasarla rodeada de monjas que van a estar toda la noche cantando como locas *Kumbayá Aleluya Kumbayá*, quizás la opción del violador no sea tan descabellada.

Víctor rio, y le dio una calada larga y pensativa al cigarrillo. Aún recordaba la primera vez que Paloma entró en su despacho de la facultad hecha un basilisco, sin llamar a la puerta ni pedir permiso. Con la violencia contenida de una tarta nupcial precipitándose al vacío. Nunca habían hablado antes, pero ella, resuelta, apoyó los puños sobre la mesa, escaneó roja de ira las estanterías repletas de libros que forraban cada rincón del cubículo, y al final encaró a su profesor con mirada olímpica:

«Mi amiga La Seisdedos, que es muy leída, dice que si te metes en la madriguera de un tío y ves que no tiene libros, no te lo folles. —Acercó el rostro al de su profesor, amenazante y suicida—. ¿Tú, qué pasa, que como te pasas el día chingando no tienes tiempo de corregir los trabajos que te entregamos los alumnos? ¿Los tiras al aire y el que cae *parriba* lo apruebas y el que cae *pabajo* que le den por culo?»

Víctor no podía creer que aquello estuviese sucediendo: esa alumna debía de estar loca hablándole así. Su orgullo estuvo tentado de topetar, pero, sin saber por qué, aquella personalidad a lo grande, sobreactuada y ciclónica, le pareció tierna: los ojillos que le destripaban intentando parecer fieros en el fondo traslucían que su propietaria no era más que una niña de mirada limpia que añoraba que alguien la abrazase.

Repasaron juntos el trabajo y al final él tuvo que reconocer que había sido víctima de los prejuicios: la contraposición de la obra de Kundera y Hopper que había realizado Paloma era extraña, muy extraña. Pero también era original y profunda. Víctor acabó rectificándole la nota, y, para enterrar el hacha de guerra, invitó a aquella alumna tan particular a tomar una cerveza esa tarde. Ella, al salir por la puerta del despacho, todavía refunfuñona, se limitó a mirar a su profesor con aire operístico.

«Sabes reconocer un error y recular. Eso me gusta, por un momento llegué a pensar que eras un gilipollas.»

Con el tiempo Víctor sabría que Paloma, como si quisiera descubrirle al mundo su fortaleza, intentaba no mostrar asombro por nada. Pero con poco éxito: su naturaleza era apasionada, curiosa, y aunque el miedo a ser percibida como débil le hacía esbozar una perenne cara de «qué me vas a contar tú a mí que yo no sepa; he vivido mucho», el instinto la traicionaba constantemente. Esa malsana dualidad de Paloma entre su yo público y su yo privado, tan parecida a la que Víctor experimentaba en carne propia, tan autodestructiva, tan vampírica y a la vez enternecedora, fue la que enganchó al profesor.

«Sí que soy un gilipollas, pero no se lo digas al resto de la clase, al menos hasta que pasen los exámenes. Ahora, largo, nos vemos esta tarde.»

A Víctor ella le había intentado engañar como engañan las grandes urbes estadounidenses al europeo incauto, pero a la inversa: si visitas solo las afueras de esas ciudades, llenas de zonas residenciales limpias y civilizadas, acabas creyendo que el centro será aún más magnífico. Pero cuando entras en el corazón de la urbe, miserable y violento, el mundo se te cae a los pies. Con Paloma, Víctor había descubierto que sucedía justo lo contrario: sus alrededores eran toscos, pero si se tenía la paciencia y el coraje de acceder a su centro, se topaba uno con un corazón achuchable y tierno. Noble. Por fortuna, Víctor había dado clases en Estados Unidos, y sabía bien lo engañosos que pueden ser sus núcleos urbanos.

—Pam, gracias por venir. —Cogió su vaso de plástico lleno de sucedáneo de *champagne* y lo alzó—. Brindemos. Por la Navidad, que, aunque sea una puta mierda, nos recuerda quiénes son nuestros amigos.

Ambos bebieron. Tras el rejón de la chimenea, jabardillos de pavesas saltaban al consumirse la vieja madera.

—Por cierto, se me olvidaba, te he traído un regalo. —Paloma sacó de una de las bolsas de plástico un paquete.

—Pam, no debías haberme comprado nada. Yo...

—Cierra la boca y ábrelo: tú pones la casa, yo cena y regalo. He pasado por El Corte Inglés justo antes de que chaparan.

Tras rasgar el papel, Víctor sonrió mientras sostenía un libro entre las manos. Enseguida le dio un abrazo a su amiga y dos besos.

—Gracias, Pam.

—Va, suéltame ya, no te pongas moñas... —Paloma fingía cara de hartazgo—. Esto parece el abrazo de una pareja de enfermos terminales... intentando disimular que en realidad se abrazan para sostenerse el uno al otro y no caer.

—Gilipollas, eres la única idiota que conozco aún más ácida que yo.

—¿Este amariconamiento te va a durar mucho? ¡Suéltame ya, Mary Poppins!

—Has acertado, joder —Víctor se separó de su amiga—, pensaba ir la semana que viene a comprarlo.

—Lo sé. Al verlo en el escaparate supe que te gustaría.

—Es mi autor preferido. No sé si sabes que mi tesis doctoral la hice sobre su primera novela.

Paloma compuso en su cara de luna una mueca cómica.

—¿*Que no sabes si sé?* ¡Pero si me lo has dicho un millón de veces! Eres un cansino, siempre arriba y abajo con el tipo ese... Hugo Mendoza.

Víctor rio mientras las llamas daban dentelladas voraces a la pata de la silla, y sus sombras, filtradas por el rejón que rodeaba la chimenea, zascandileaban por las paredes del gran vestíbulo.

—Sí, la verdad es que ya empiezo a contar batallitas en plan abuelo cebolleta. Y aún no tengo ni cuarenta años...

Paloma le interrumpió.

—El título me ha gustado, hace pensar.

Él observó la portada. *Para un ratón, los murciélagos son ángeles*. Habló ensimismado.

—Sí, es verdad, hace pensar... y sintetiza muy bien la razón por la que sus libros me cautivaron desde el primer momento.

—A ver, *motivao* de la vida, explícate mejor, que cuando te pones tan intenso, no te pilló el hilo.

Víctor dejó de mirar el libro y encaró a su amiga.

—Cuando empecé mi tesis doctoral sobre él, Hugo Mendoza era un absoluto desconocido. Solo había publicado su primer libro, *Botavara*. La distribución fue pésima; lo había sacado una vieja editorial de Barcelona que estaba a punto de desaparecer. —Hablabla mientras las llamas del fuego se reflejaban en sus ojos—. Fui el primero en escribir un artículo literario sobre *Botavara*, en *Art&Mañas*. Obviamente lo leyeron cuatro gatos, pero recibí críticas muy motivadoras. Poco después el libro arrasó, pero a mí, desde el primer momento, Mendoza, siendo aún un absoluto desconocido, ya me había impresionado. Tenía un estilo florido, brillante, ágil. Como los buenos escritores, picoteaba de la realidad para luego regurgitarlo todo en un torrente... mágico. Por eso definí su estilo como «realismo mágico mediterráneo». Además de su estilo, el libro me cautivó porque giraba en torno a una idea que me ha obsesionado siempre: la subjetividad de todo, absolutamente todo lo que nos pasa en la vida. —Víctor solemnizó su voz—. No vemos las cosas como son, vemos las cosas como somos. Por eso este nuevo título me parece tan acertado.

Paloma dejó de beber *champagne* chino para poder hablar con su desparpajo habitual.

—Lo que yo decía, hoy estás intenso intenso. Miedo me das cuando veas que ese ripio que te sacaste de la manga, lo del realismo mágico mediterráneo, lo ha utilizado la editorial en el texto de contracubierta. Sabio Yoda, ¿piensa usted levitar en plan dron por culpa del gustirrinín en la bajoca que veo reflejado en su rostro integaláctico?

—¿En serio que aparece?! —Ilusionado, el profesor le dio la vuelta al ejemplar y leyó entre dientes durante medio minuto—. Joder, es verdad... Me alegro de que el editor se haya dado cuenta al fin de que mi definición del estilo de Mendoza le encaja como un guante.

Paloma ahuecó un par de almohadas antes de recostarse.

—Va, deja de ponerte medallitas, que te sube el azúcar. Oye, no entiendo una cosa: si Mendoza está muerto, ¿cómo es posible que sigan apareciendo novelas suyas? Esta ya es la cuarta.

—El puto mercado, querida Pam. Mendoza ya estaba muerto cuando apareció *Botavara*. Murió en un accidente náutico, navegaba en solitario en su velero cuando le asaltó una tormenta en la costa norte de Alicante. Acababa de enviar su primera novela al editor, que al leerla debió de flipar: aquella editorial estaba a punto de desaparecer, sus títulos en cartera eran viejos, sin ventas, y de repente, le llega una joya. —Víctor apuró el cigarrillo y arrojó la colilla al fuego—. Les tocó la lotería. *Botavara* lleva nueve años en el mercado y solo en castellano ha vendido dos millones de copias. Está traducida a dieciséis idiomas, y esas ediciones extranjeras han vendido más de diez millones de ejemplares.

—O sea, que el editor y la familia se deben de estar forrando.

Víctor asintió.

—Ahí está el tema. Seguramente han tirado del baúl de los recuerdos y han sacado todo el material que Mendoza escribió y nunca publicó. La verdad es que están ordeñando la vaca de puta madre, las tres nuevas novelas han aparecido siempre de cara a la temporada de Navidad, cuando se disparan las ventas. En lugar de sacarlas de un tirón en unas obras completas, saben que el público está ansioso de más y más Mendoza y le racionan la dosis, así lo mantienen enganchado a su droga. Son... bueno, me incluyo, *somos* verdaderos yonquis de Mendoza que esperamos la Navidad con más ilusión que un niño pequeño. Con cada novela el editor avanza el próximo título, así crea expectativas. A ver dónde lo pone... —Víctor hojeó el libro—. Mira, aquí está: *Dejad que los niños se acerquen a mí*.

En la televisión silenciada empezaban a emitir la enésima reposición de *¡Qué bello es vivir!*

—Aunque es cierto que están exprimiendo económicamente la obra al máximo, hay que reconocer que la calidad no ha mermado en absoluto. Después de *Botavara* apareció *Pan con chocolate*, y un año después, *Cálido invierno*. Si te digo la verdad, Pam, no sé cuál de las tres es mejor; cada título de Mendoza parece que supera al anterior. Mañana mismo me pongo con este. Ojalá queden muchos en la recámara, aunque no confío, Mendoza murió joven, no debe de tener mucha más obra inédita.

Paloma le escuchaba mientras se preparaba el primer güisqui.

—Ponme uno a mí también, tengo la boca seca de tanto hablar.

Ella le tendió el vaso de plástico y empezó a escanciar otro.

—Un día tenemos que hacer una excursión a la tumba de Hugo Mendoza. Está a un par de horas en coche, cerca de Denia, en un valle al norte de la provincia de Alicante.

Su amiga lo miró con cara guasona.

—Sí, hombre, y luego, si te parece, desenterramos el cadáver y nos hacemos fotos con él. —Simuló enfocar con una cámara—. Como las calaveras siempre están sonriendo, no hará falta ni que digamos *pa-ta-ta*.

—No seas idiota, te digo que te va a encantar.

—Y luego dicen que los matemáticos somos frikis... Déjate, no me va ese rollo gótico, los cementerios me producen tirria.

—Eres una boba de baba. A mí tampoco me gustan, y no soy nada mitómano, pero cuando lo visité, entendí por qué Hugo Mendoza pidió a la familia que lo enterrasen allí. Está en la Vall de Gallinera, un valle encantador y nada turístico próximo a la costa. Sus ocho pueblitos tienen la esencia de las novelas de Hugo Mendoza, eso que bauticé como realismo mágico mediterráneo. —Víctor se bebió todo su vaso de güisqui parsimoniosamente, con la precisión con la que un faquir se hubiese tragado un sable.

—Ese es mi chico... Luego la borrachuza soy yo.

—Calla, pedorra. Ponme otro. —A pesar de sus rezongos iniciales, era obvio que al profesor la visita de su amiga le había alegrado la noche—. Como te decía, por lo visto Mendoza y su mujer hacían excursiones a ese valle cuando eran novios, antes de casarse e irse a vivir a Madrid. Por eso lo enterraron en uno de sus pueblos, Benisivá. Es un cementerio que parece sacado de un cuento, en medio de bancales de cerezos, olivos, almendros...

—*Pesao* eres... —Soltó un eructo con sabor a güisqui—. Ya te he dicho que yo no piso un cementerio, y no me gusta el campo. Soy urbanita y los grillos me dan picores.

La cuestión estaba zanjada. Se pasaron el resto de la noche bebiendo, fumando y resolviendo los problemas del mundo. A las cinco de la madrugada Paloma entreabrió los ojos: se había quedado dormida frente al fuego, del que ya solo quedaban unos rescoldos que se resistían a morir. A su lado, Víctor, tirado sobre los cojines, dormía profundamente. Salió del caserón sin hacer ruido. Aún medio alcoholizada, se puso a vagar por el entramado de hilos de tender y geranios de ganchillo que zurcían los callejones del barrio viejo volando de balcón a balcón. No se veía ni un alma. Encontró su Volkswagen Escarabajo donde lo había dejado, junto a la puerta principal del Mercado Central, frente a La Lonja. Cuando al tercer intento el viejo motor alemán, con cuarenta años a sus espaldas, volvió a valvular con alegría, Paloma dibujó una triste sonrisa de borracha. Diez minutos más tarde aparcaba justo frente al convento, en la calle de Císcar. Allí paró el motor y se quedó pensativa. Había sido una Nochebuena extraña, extraña e intensa. Sin saber por qué, susurró una estrofa de un poema que no recordaba bien, y que muy probablemente tan solo había soñado: «En ocasiones dos personas solas destruyen la soledad con su compañía mutua; otras veces dos solitarios, al juntarse, multiplican por mil la soledad que ya tenían». Por suerte, Víctor y ella pertenecían al primer grupo.



Ana miraba el fuego de la biblioteca embelesada. Fuera, Madrid tiritaba de frío. Las llamas, el mar y una exhibición de patinaje artístico sobre hielo siempre producían en ella el mismo efecto: la transportaban a un mundo de ensoñación del que le costaba escapar.

La casa ya descansaba en silencio. Cuando todos se levantaron para irse a dormir después de brindar con champagne y desearse feliz Navidad, ella se quedó recogiendo la mesa. Podría haberlo hecho el servicio al día siguiente, pero no le importaba mantenerse ocupada. El insomnio, además de crónico, era cada vez más severo, y un poco de actividad física la ayudaba a dormir mejor. Había bebido un poco y esa noche no quería tomarse el Trankimazín.

El ruido de la cancela del jardín la despabiló. A los pocos segundos asomó la cabeza de su marido por la puerta de la biblioteca.

—Antonio, estás empapado. Corre a cambiarte o te enfriarás.

—No te preocupes, no estoy hecho de algodón, no me encojo. ¿Qué haces ahí despierta a estas horas? —Su tono era agrio.

—Nada, me iba a dormir ya. Sube tú, voy en un minuto.

—He conectado la alarma, no salgas al jardín.

Ana habló sin ni tan siquiera girarse para observar a su marido, que seguía de pie junto a la puerta entreabierta.

—Está bien, descuida. ¿Cómo estaba mamá?

—Pues como siempre, ausente y repitiendo su palabra mágica: París arriba, París abajo... —Suspiró— y de ahí no la sacas.

—Antonio, ya sabes que ella pasó allí su luna de miel. El médico nos explicó que por eso no deja de repetir esa palabra.

—Sí, ya lo sé, me has contado esa historia cuarenta veces. Le han dado la sedación de la noche y la han acostado. Ha sido una tontería traerla, ya te dije que no era buena idea.

—Eso ya lo discutimos, Antonio, no me apetece hablar más del tema. Mientras mamá viva, quiero que pase la Nochebuena con nosotros.

—Ana, con todos mis respetos, tu madre está completamente senil. Igual le hubiese dado a la pobre mujer cenar con nosotros que con los Aristogatos. No se entera de nada, y creo que para ella habría sido mejor quedarse tranquila en la residencia.

Ella dejó de contemplar el fuego, se giró hacia él y como única respuesta se le quedó mirando.

—Eres imposible. Yo me subo, estoy reventado, te espero arriba. Ven cuando te dé la gana.

Tras cerrarse la puerta, Ana encendió la televisión. Lo último que le apetecía era subir a la habitación antes de que su marido se durmiese. En Antena 3 estaban dando las noticias de la madrugada. En ese momento pasaban un popurrí de eventos de escasa relevancia: la cosecha de uva en La Rioja estaba siendo excelente, un brote de legionela detectado en la torre de refrigeración de una fábrica de Santander, profesor de universidad acusado por una alumna de violación... Ana vio en la pantalla una cara que le resultó familiar. ¿De qué recordaba a ese hombre que entraba en unos juzgados?

«¡Claro!»

Fue justo después del accidente, tras la muerte de Hugo. Era ese chico tan simpático y atractivo que estuvo insistiéndole durante semanas para que le concediese una entrevista. Estaba haciendo la tesis doctoral sobre *Botavara* y quería saber detalles de la vida de su marido. De eso hacía ya casi diez años, fue antes de que toda aquella pesadilla empezase. Al final insistió tanto que ella acabó recibiendo, en el pisito de Torrejón en el que vivía en aquella época. Había sido algo reservada con él, pero eran malos tiempos. Luego empeoraron aún más.

«¿Cómo se llamaba...?»

Víctor..., Víctor Vega, eso es, así se llamaba. Le había inspirado en su momento una confianza instintiva: no tenía nada que ver con la corte de palmeros y relamidos que aparecieron después para preguntar por Hugo, atraídos por su éxito. Él le había parecido noble, idealista, esforzado. Un verdadero apasionado de la literatura. Y además era una de las personas que mejor conocía la obra de su difunto marido. Una idea empezó a rondarle por la cabeza a Ana mientras subía las escaleras.



Víctor pasó toda la tarde del día de Reyes con su hija Sofía. Se la llevó a ver la cabalgata, que ese año arrancaba en el puerto y acababa como siempre en la plaza del Ayuntamiento. La niña y su padre, bien abrigados, esperaron pacientes junto a miles de niños a que llegara el barco que traía a sus majestades desde el lejano oriente. Al verlos bajar montados en sus camellos, cuyas grupas iban cargadas de regalos, Sofía abrió la boca alucinada y su aliento tibio fue condensado por el frío: aquello era demasiado maravilloso para ser verdad.

A las nueve, Víctor dejó a la niña en casa de su madre. Por desgracia, a la mañana siguiente no podría ver a su hija correr ilusionada escaleras abajo para buscar sus regalos bajo el árbol: iba a ser otro, un comercial de conmutadores eléctricos, el que presenciaria cómo Sofía abría los regalos de Navidad. Y todo por culpa suya.

Para no pensar en todo aquello, conectó el equipo del coche. Sonó *The Sporting Life*, de The Decemberists. Fue una suerte, su estado de ánimo no hubiese soportado una canción romántica. El centro de la ciudad estaba abarrotado y le costó llegar al barrio antiguo. Allí, sin embargo, la soledad volvía a ser la reina de los callejones. Dejó el coche en el garaje, se acercó al *döner kebab* de la plaza de Tossal, compró una pita de cordero con yogur y un poco de queso feta, y se encaminó hacia el caserón. Aquel inmenso palacio, tan vacío y desangelado, se le caía encima. Su hija, el juicio, sin un duro... Al entrar, escuchó risas y cháchara: Cécile, Kristien y

Helmut ya habían vuelto de las vacaciones de Navidad y, para celebrar su reencuentro, tomaban chupitos de licor tirados sobre los cojines alrededor del fuego.

—*Herr professor*, ¡bienvenido a casa! —Era Helmut quien le hablaba alegre, con su fuerte acento alemán de la Baja Sajonia—. Te voy a poner un chupito de un licor de mi tierra. Se llama Jägermeister, el maestro cazador.

Las jóvenes belgas empezaron a aullar; ya andaban algo borrachas. Víctor se alegraba de tener compañía. Se tomó el trago de golpe.

—Helmut, ¿qué mierda es esta?

Las chicas rieron. Media hora más tarde, los cuatro estaban sentados en la barra de la Tasca Caballeros, ante un damero de platitos a rebosar de *sang amb ceba, fígatells amb allioli, coques de dacs* y *gamba amb ble*da.

—¡Mierda! ¡El móvil! —Víctor saltó del taburete y empezó a escarbarse los bolsillos.

—Tranqui, *estagá* en casa. Además, no creo que te vayan a *llamag* los Reyes Magos esta noche. —Cécile sonreía—. ¿Qué pedimos para *bebeg*?

Víctor se volvió a sentar, melancólico.

—Lo que queráis, pero con mucho alcohol. Hoy quiero emborracharme.

—Eso está hecho, *herr professor*. ¡Isabel! ¿¡No vas a hacer caso a estos *pobrrres* hambrientos!?

Cuando se acababan ya la tercera botella de tinto peleón, entraron en el bar tres gitanos renegridos y malcarados. Uno de ellos iba armado con una funda de guitarra.

—*Izabelita*, mi *arma*, ¿*ze* puede *zubi parriba*? *Queríamo hacé* un poquitico de mal.

—Adelante, compadres.

Los gitanos enfilaron la escalerita metálica casi vertical que subía al altillo del bar. Los cuatro amigos no lo dudaron, ya conocían a esa gente de otras ocasiones: agarraron una cuarta botella de vino y se subieron tras los gitanos antes de que el diminuto altillo se llenara hasta los topes. Allí pasaron la siguiente hora escuchando flamenco auténtico, guardando un silencio supersticioso que solo interrumpían para darles sorbos a sus vasos de vino y tocar palmas. Completamente borrachos, salieron al fresco de la noche cuando Isabel los echó a todos a la calle porque tenía que cerrar. Ya se difuminaban por un callejón las siluetas de los gitanos cuando Helmut corrió tras ellos.

—¿Qué les has comprado? —Quiso saber Víctor en cuanto el muchacho regresó.

—Vuestro regalo de Reyes. —Sacó cuatro cartoncillos con dibujitos en su superficie.

—No, gracias, Helmut, se agradece, pero no quiero ácido de mierda. Necesito tener la cabeza despejada mañana. Además, ya no tengo edad... Solo me faltaba esto, cartones mágicos.

—Como quieras, *herr professor*. Chicas, ¿empezamos a *vijarrrr*?!

Ellas rieron y los tres le dieron un lametón a su cartoncito y se lo volvieron a guardar. Se pasaron la noche bebiendo y bailando como posesos en Calcatta. Por los bafles atronaba el último éxito de David Guetta, con todo el público extasiado, sumido en la chusca y ridícula épica interior que produce combinar alcohol, música *dance* y láser de discoteca.

—*Herr profesor*! —Helmut berreaba, apuntando con el dedo hacia Cécile y Kristien: las dos belgas, en medio de la pista, se acariciaban y besaban con sensualidad—. ¡Esto prueba que la reconciliación entre flamencos y valones es posible!

A las siete decidieron que ya estaba bien de fiesta y se fueron a casa cantando y riendo. El fuego de la chimenea, aunque débil, aún estaba vivo.

—Chicos, me voy a dormir, ha sido una noche estupenda.

—Profe, no te vayas... —Cécile se humedeció los labios con la lengua mientras sonreía pícaro—. Aún nos queda *otga* botella de esa mierda de cazador que nos trajo Helmut.

Víctor miró el reloj. Las siete y media. A esa hora, Sofía, nerviosa, sin haber podido dormir en toda la noche, debía de estar ya rebuscando bajo el árbol de Navidad. Sintió una punzada en el estómago.

—Estoy cansado, me voy a la cama. Además, mañana tengo que ir sin falta a sacar dinero al banco, y luego trabajar un poco.

Todos aullaron en tono desaprobador.

—Buenas noches, chicos.

—*Gute nacht, herr professor!*

—*Bonne nuit!*

—*Goedenacht!*

En la cama todo le daba vueltas, estaba muy borracho. Al final consiguió conciliar un sueñecito titubeante, como prendido con alfileres a la conciencia. Sin saber al principio si era realidad o sueño, notó que una mano se metía bajo las sábanas y empezaba a palparle el sexo. Una mujer, completamente desnuda, buscaba su boca. Él apartó la cara.

—Cécile, ¿qué haces?

—¿Usted qué hace que estoy haciendo, señor profesor?

—Esto no es una buena idea...

Él intentó zafarse.

—Cécile, déjalo, no tengo fuerzas ni para...

Mientras con una mano la chica le masajeaba el sexo, con la otra cogió un preservativo de la caja que había dejado sobre la mesita.

—¿Fuerzas? —Consiguió atrapar la boca del profesor, propinándole un beso largo y húmedo—. Tú de eso no te *pgeocupes*, yo me encargo...

Cuando Cécile retiró la lengua, Víctor pudo sentir en su paladar un cuerpo extraño. Estuvo intentando identificarlo con su propia lengua durante unos segundos, hasta que al final lo escupió en la mano.

—Eres una hija de puta...

Ya era demasiado tarde: el cartoncito mágico había empezado a hacer efecto, desatando una energía desbocada, visceral.

—*Mon cher professeur, c'est la vie...*

Lo último que Víctor recordaba es haber sentido cómo ella, con la boca, le desenrollaba el preservativo en el pene erecto, entre destellos que su cerebro desorientado le hacía ver por toda la habitación. Las siguientes tres horas se las pasaron practicando sexo. Aquellos cartoncitos parecían haberles dado energía inacabable, pero cuando ella le susurró por cuarta vez «Encore une fois», él tuvo que decirle basta. Al despertarse, vio a Cécile desnuda durmiendo con la cabeza apoyada sobre su pecho. Eran las tres de la tarde y la casa entera parecía descansar.

—Cécile, Cécile, despierta.

Ella entreabrió los ojos al oír el susurro.

—Cécile, vete a tu habitación.

—*Pour quoi?* —balbuceó medio dormida.

—No quiero que Helmut vea que nos hemos acostado.

Cécile se incorporó ligeramente, hablando con voz empastada.

—Qué le den por culo al *kartofen*, quiero *dogmig* contigo. Y descansa, profe, cuando *despegetemos* vas a *teneg* que follarme un *pag* de veces más. —Volvió a desplomar su cabeza contra el pecho de Víctor.

—Esto ha sido un error; el pobre Helmut lleva enamorado de ti todo el curso. No quiero que se joda el buen rollo que tenemos todos.

La empujó con suavidad hasta que Cécile cayó sobre la alfombra: ella se dio cuenta de que Víctor lo tenía claro. Enfadada, se enrolló una sábana alrededor del cuerpo desnudo.

—Eres un *cabgón*; esta noche *hablaquemos*. —Cerró de un portazo.

Víctor se desperezó, se alegraba de estar solo. Se sentía despejado y los efectos del ácido ya parecían haber desaparecido. Al girar la cabeza vio su móvil sobre la mesita. Tenía una llamada perdida de la noche anterior, poco antes de las once, justo después de salir todos de casa. Era un número desconocido que había dejado un mensaje grabado. Al escucharlo se topó

con una voz de mujer, dubitativa y entrecortada, que parecía haber estado dudando si dejar el mensaje o colgar.

Buenas noches..., siento llamar a estas horas, pero..., señor Vega, soy Ana Cifuentes, quizá me recuerde, nos conocimos hace varios años... Usted, usted me entrevistó para hablar sobre mi marido, Hugo Mendoza... Bueno, necesitaría, necesitaría contactar con usted, que hablásemos... Es importante. Llámeme, por favor, en cuanto pueda, no importa que sea tarde..., tendré el móvil encendido.

Y colgó. Víctor, sin saber muy bien si aquel mensaje apremiante solo había existido en su cabeza por culpa del ácido, volvió a comprobar el móvil. En efecto, allí estaba: «Registro de llamadas perdidas: 22:54».

—Joder...

Por supuesto que recordaba a Ana Cifuentes. Si él hubiese tenido habilidades para el dibujo, podría, diez años después, haber reproducido con fidelidad absoluta su rostro angelical: era una mujer con aspecto de Lady Ginebra delicada, de cabellos rojizos y tez pálida. Pero la entrevista que mantuvieron fue tempestuosa. Ella, con su dulzura inquebrantable, se negó a hablar del pasado de su marido. Víctor no consiguió sacarle ningún dato biográfico que le aclarase quién era Hugo Mendoza. Con mucha amabilidad, ella le dejó claro que la vida de su marido recién fallecido, un absoluto desconocido en aquella época, era algo muy íntimo: el público solo tenía derecho a disfrutar de su obra; pretender conocer detalles personales del difunto era algo morboso. Y de ese razonamiento no hubo manera de sacarla. De nada sirvió que Víctor argumentase que era un investigador intentando contextualizar biográficamente una obra.

La voz dulce y las formas amables de Ana le habían confundido: su espíritu era tozudo y valeroso cuando tenía una convicción, y ella estaba convencida de que la vida de su difunto marido no le interesaba a nadie. De hecho, diez años después, y con Hugo Mendoza ya consagrado como uno de los más grandes escritores contemporáneos en castellano, el público seguía sin saber nada sobre la vida del autor. La única nota biográfica que había hecho pública la editorial en todos esos años había sido escueta en extremo: «Hugo Mendoza falleció ahogado a la edad de cuarenta y cinco años en un accidente náutico en la localidad alicantina de Jávea». Muchos críticos creían que era una estrategia más de los editores para incrementar el misterio, y por tanto las ventas, que rodeaba a Hugo Mendoza. Sin embargo, Víctor, que conoció a su viuda cuando *Botavara* no había vendido ni doscientas copias, sabía que detrás de la escasa información sobre la vida de Mendoza solo había razones personales: una viuda que no quería lectores morbosos más preocupados por el escritor que por lo escrito.

«¿Para qué me llamará diez años después...?»

Estaba perdiendo el tiempo, saldría de dudas.

—¿Sí, dígame?

—Hola, soy Víctor Vega, ¿es usted Ana?

—Hola, señor Vega, esperaba su llamada. Disculpe un segundo.

Víctor pudo escuchar rumor de voces y ruidos de fondo.

—Aquí puedo hablar con más tranquilidad.

La voz tenía una dulzura embelesadora que Víctor volvía a recordar después de tanto tiempo, como si fuese un aroma que se hubiese quedado impregnado en su cerebro.

—La verdad, Ana, es que me tiene usted intrigado, ha sido una sorpresa su llamada.

—Bueno, en realidad..., necesito aclarar unas cuestiones y creo que usted me será de gran ayuda.

—Usted dirá.

—No, por teléfono no. Es algo delicado.

—¿Delicado?

—Señor Vega, ¿podría..., podría usted desplazarse a Madrid para que hablásemos personalmente de un asunto? Sé que es un asalto a mano armada lo que le pido, pero para mí sería muy importante.

Víctor cada vez sentía más curiosidad: todo lo que rodeaba a Hugo Mendoza le apasionaba, y el que su viuda quisiese hablar con él urgentemente le resultaba desconcertante.

—Ana, yo no tendría ningún inconveniente en desplazarme a Madrid, pero me gustaría que antes me adelantara algo sobre qué tema quiere usted tratar conmigo.

Hubo un silencio.

—Señor Vega, por favor, le pido que confíe en mí. No es algo que se deba hablar por teléfono. Si pudiese viajar yo a Valencia, no dude que lo haría, pero esta semana mi marido está en casa y... —La voz dudó—, si hago ese viaje imprevisto, pues... no podría explicárselo a Antonio.

Aquella respuesta insegura lo sorprendió. Ana imprimía a cada palabra un halo de misterio, y, en su negativa a darle información previa, le recordó a su hija Sofía, que, tierna y tozuda, se negaba a dormir con la luz apagada a pesar de que le perjurasen que no había fantasmas.

—Está bien, Ana. ¿Cuándo quiere que quedemos?

—Hoy a las siete sale un AVE que llega a las ocho y media a Madrid. Si a usted le parece, reservaría billetes y una habitación de hotel para usted, ¿el Ritz le va bien?

«¿Viajar esa misma tarde?!» Estaba muy intrigado, pero decidió no parecer tan sumiso.

—Eso va a ser imposible, Ana, esta tarde tengo trabajo —mintió mientras pensaba con rapidez.

Al día siguiente tenía una reunión con Claudio Serratos, el catedrático del departamento. Llevaba semanas tras él, pero a Víctor no le apetecía verlo, era muy cansino. Si le hacía esperar un par de días más, no iba a pasar nada.

—Pero mañana por la mañana podría ir a Madrid.

—Eso sería estupendo. A las nueve y media sale un tren que llega a la capital a las once, ¿le vendría bien?

—Me vendría perfecto, pero nunca viajo en tren. Iré con mi coche. Solo deme una dirección.

—Señor Vega, lo que usted prefiera. Pero si quiere venir en coche, mi chófer puede ir a recogerle a Valencia y devolverle luego, así no es tan agotador para usted.

«¿Un chófer?» Obviamente, Ana ya no vivía en el humilde pisito de Torrejón donde él la había conocido.

—No, no se moleste, prefiero conducir. Me encanta conducir. Dígame tan solo la dirección y a las once estaré allí.

Ana parecía contrariada, pero su voz dulce no rechistó. Víctor anotó la dirección que ella le dio.

—Señor Vega...

—Llámeme Víctor.

—Víctor, una cosita más. Por favor, no comente esto con nadie.

Él volvió a notar en la voz de ella temor y duda.

—No se preocupe, Ana, no pensaba hacerlo.

—Muchas..., muchas gracias por todo. —La voz era apagada.

—Nos vemos mañana.

Cuando Víctor colgó, estaba intrigado, pero el dolor de cabeza le forzó a no pensar demasiado. Ya se resolvería el misterio al día siguiente. Se tragó un Efferalgán y se tapó con la manta para intentar conciliar de nuevo el sueño. Le despertaron unos golpes atronadores en el portalón de entrada. Solo había podido dormir media hora más. Sabía que ninguno de sus compañeros se levantaría a abrir, por lo que se enrolló una manta alrededor del cuerpo y, con

los ojos entrecerrados y aún medio dormido, se acercó a la entrada: cegado por la luz de la calle, vio dibujada en el vano de la puerta una figura mastodónica que le resultó familiar.

—Buenas tardes, Víctor. Día de cobro.



«Mierda.» Era Dimitri. Aquella mole entró en la casa apartando a Víctor sin contemplaciones: a las cuatro de la tarde, el tercer jueves de cada mes, Dimitri, puntual y obtuso como un buey, acudía a cobrar sus trescientos euros mensuales. «Putas cartas.»

—¿Puedo pasar? —Dimitri, irónico y ya en medio del salón, observaba curioso la botella que yacía vacía en el suelo—. ¿Jäger-meister? ¿Bebes esta mierda alemana, la preferida de los putos soldados nazis? Me decepcionas, donde esté un buen vodka...

Víctor se maldijo a sí mismo: con la borrachera, el ácido y Cécile en la cama, no había recordado que tenía que sacar dinero. Y hoy era día de cobro. Como siempre que estaba en una situación comprometida, al profesor tan solo se le ocurrió decir una tontería.

—Buenos días, osito Misha.

Dimitri se le acercó, destripándolo con su rostro óseo y cincelado. Tenía la misma altura que Víctor, pero una envergadura dos veces mayor. Tras ellos, la puerta de la calle permanecía abierta.

—Gilipollas, dame lo mío, tengo prisa. Hay más clientes aparte de ti.

Hablaba un español perfecto, sin acento. Su cabeza de mazacote completamente rapada, y los ojos azul husky con los que lo miraba a tan corta distancia, no invitaban precisamente a la conversación.

—Dimitri, se me ha olvidado ir al banco, pero me visto y...

El ruso, con una rapidez sorprendente teniendo en cuenta su corpulencia, encajó su índice y su pulgar en el cuello de Víctor, estampándolo contra la pared y desprendiéndolo de su manta.

—Y una puta mierda, las cosas no funcionan así: yo no te acompaño a ningún sitio, y tú me das los trescientos ahora..., o ya sabes lo que te va a pasar. —Aquella tenaza de hierro empezaba a asfixiar al profesor—. Mi jefe te lo explicó con mucho detalle hace tres años, y parecías haberlo entendido. Es la primera vez que me das problemas y es una lástima, me caes bien.

Pronunció cada palabra con la inquietante serenidad del vórtice de un ciclón: calma impregnada de violencia contenida. A cinco centímetros del suelo y con las manos aferradas a aquel brazo macizo que le impedía respirar, Víctor intentó explicarse sin conseguirlo por falta de aire en los pulmones.

—Bueno, empieza a dolerme el brazo, ¿y el puto dinero?

El profesor pataleaba impotente como un conejo al que van a degollar tras agarrarlo por las orejas. Tras golpear aquel brazo de leviatán y comprobar la inutilidad de esa estrategia, se echó mano a los bolsillos del pantalón instintivamente, sin recordar que iba en calzoncillos. Buscaba las llaves del coche: contra aquellos tipos Terminator que tantas veces se encontraba uno en la puerta de una discoteca, la única esperanza en caso de pelea era colocarse entre el índice y el anular la llave del coche a modo de berbiquí, y darle al oponente en la cabeza tan fuerte como se pudiera. Con un poco de suerte, la llave le reventaría un ojo o le perforaría la sien, y eso daba un pequeño margen de tiempo para salir corriendo como alma que lleva el diablo. Pero Víctor solo llevaba puestos unos *slips*, y empezaba a nublársele la vista.

—Los pavos nunca aplauden la llegada de la Navidad, pero tengo malas noticias para ti: la Navidad ha llegado. ¡¿Dónde están mis putos trescientos euros?!

—Grrrrr... bggggg...

—¡¿Y mi dinero?!

—Grrrrr... bggggg...

—Mucho profesor y mucha universidad y no tienes ni para pagar tus deudas. —Dimitri giró su cabeza con precisión mecánica para registrar el caserón, como si fuese el periscopio de un submarino nuclear recién emergido del Atlántico Norte—. Menuda pocilga... Hasta la chica que limpia mi casa vive mejor que tú, ¿quieres que le pregunte si la puedes ayudar con el mocho, y te sacas un dinerillo?

—Grrrrr... bggggg...

Al observar que su víctima quería decir algo, aflojó ligeramente la garra sobre su cuello para permitir que pasase un poco de aire.

—O-osi-osito Misha, escucha..., escúchame bien.

A pesar del dolor que sentía, Víctor fue capaz de sonreír con ironía antes de enunciar una frase suicida:

—En mi hambre, mando yo.

El rostro de Dimitri se crispó, no se esperaba aquella respuesta.

—Y si tanto te gusta el mocho, ve y métete el que hay en la cocina por el culo.

La reacción del ruso, ante la provocación, fue rabiosa e instintiva: contrajo hacia atrás el brazo que tenía libre cerrando el puño, dispuesto a lanzar un contundente croché contra el rostro de Víctor.

—ΥῶΛΙΟΔΟΚ...

Odiaba a los españoles, odiaba su coraje de hojalata, odiaba la fanfarronería hueca que les hacía cometer locuras con las que proteger su negra honrilla, sin atender a las consecuencias.

—¡¡¡Noooooooo!!! Aquel yunque con forma de puño se acercaba a toda velocidad a la cabeza de Víctor, dispuesto a reventársela: todo iba a acabar muy pronto... y muy mal.

—¡¿Has dicho trescientos euros?! ¡¿Como estos?!

La voz femenina llegó clara y sólida desde detrás de la espalda esteparia del ruso. Este se asustó y dejó caer a Víctor al suelo para poder buscar en su sobaquera izquierda el revólver. No hizo falta desenfundarlo: al girarse, Dimitri vio a una chica grande y fea vestida con un chándal destellante, que lo observaba retadora, pero desarmada.

—Ya has oído al profe: en su hambre manda él. Pero yo de vez en cuando le hago un bocadillo, así que coge el dinero y lárgate de aquí. —En el extremo de su brazo, Paloma sostenía un fajo de billetes.

—Y tú ¿quién eres? —El ruso se desentendió de Víctor, en el suelo semiinconsciente.

—Yo soy la que te va a pagar tus jodidos trescientos euros este mes. Cógelos y lárgate.

La mole se controló para no descerrajarle el cargador en la cabeza a aquella tipa que se atrevía a darle órdenes.

—¡¿Qué pasa, idiota?! Ya sé que con la patata hervida que tienes bajo el cráneo solo te alcanza a tomar decisiones binarias simples, así que te lo explicaré bien sencillito, subnormal: o nos rompes el cuello a mí y a mi amigo, con lo cual no va a haber ningún otro día de cobro, o coges este dinero y te largas por donde has venido.

El ruso farfulló entre dientes algo en una lengua incomprensible y se acercó amenazador a Paloma. Esta aguantó el tirón y no se movió ni un milímetro, sosteniéndole la mirada a aquel saco de cemento. Entonces se escuchó la voz agónica de Víctor, tirado aún en el suelo.

—¿No quieres..., no quieres un cafetito antes de irte, osito Misha?

Dimitri lo miró rojo de ira, pero debió de entender que si le daba gusto al cuerpo, su jefe se iba a enfadar. Cogió el fajo de billetes de un zarpazo y se fue hacia la puerta, que seguía abierta. Diez segundos después, su Kawasaki ZX12R bramaba apurando el par motor. Paloma suspiró aliviada.

—Víctor, ¿estás bien?

Él, en cuclillas, se recuperaba buscando el aire.

—Sí, no te preocupes... Ya..., ya estoy bien. Puto cabrón...

Paloma lo ayudó a levantarse y volvió a echar la manta sobre sus hombros. Evitó los ojos de su amigo para no hacerle sentir avergonzado, centrando su mirada en las canillas de

Víctor, ridículas como dos bambúes a los que les hubiese brotado pelo. Ridículas como cualquier canilla de hombre que tan solo viste *slips* y calcetines.

—Joder, Pam, tienes..., tienes dos cojones como dos melones.

Se sentaron en los escalones que subían a la primera planta del caserón, junto a los libros de la biblioteca de Víctor.

—¿Quién era esa mala bestia? ¿En qué lío estás metido?

—Nadie, un amigo. —Tosió ahogado.

—Si esos son los amigos típicos de un profesor de Literatura, no quiero ni imaginarme los de un marinero. ¿Por qué te persigue un matón ruso como si fueses el puto agente 007?

Víctor recuperaba poco a poco su color natural.

—Mejor que no lo sepas, Pam. —Seguía con los ojos inyectados en sangre.

—Y una mierda. Me acabas de costar trescientos euros, y has tenido suerte de que pasase por aquí y con dinero encima, venía a ver si me acompañabas a comprarme un par de chándales nuevos. Así es que empieza a contarme. ¿Quién era ese tipo?

Víctor se quedó observando a su amiga, pálido todavía.

—Tienes razón, me has salvado la vida. Gracias. —Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Déjate de gracias y de mariconadas. ¿De dónde ha salido semejante energúmeno? ¡Habla, hostias!

Víctor carraspeó. Su voz todavía era un hilillo débil.

—Bueno, hace algunos años me aficioné al póquer... La verdad es que desde niño me gusta jugar. Empecé a meterme en timbas cada vez más importantes y acabé en un lío que me viene algo grande.

—¿Qué clase de lío?

El profesor tomó aire, resignado: ya se encontraba mejor y sabía que Paloma no pararía hasta conocer toda la historia.

—En todos los pueblos de alrededor de Valencia hay timbas... sustanciosas. Son ilegales, pero la Guardia Civil hace la vista gorda. Suelen ser jugadores inofensivos con ganas de gastarse dinero, nada que ver con mafias y delincuencia. Por eso hay una cierta tolerancia. Entrar en esas timbas es cuestión de amigos y contactos. Yo me movía en ese círculo y no me iba mal, se me dan bien las cartas. —Tosió de nuevo; la garganta aún le dolía.

—¿Se te dan bien las cartas? —El tono de reproche era obvio—. Eres un puto zumbado...

—Sí, Pam, seguramente, pero ya que he empezado a contarte la historia, déjame acabarla. Una noche, en una partida en Cullera, me fue especialmente bien. Desplumé a todo el mundo y salí de allí con quince mil euracos. Estaba eufórico, jamás me había pasado algo así.

—¿Quince mil euros?! ¿En una noche?!

—No es algo excesivo para el nivel al que se mueven algunos tipos en ese mundillo. Pero para mí, sí, aquello fue algo excepcional. Me sentía poderoso con todo ese dinero en el bolsillo..., ganador. Quería más.

—Puto ludópata... Te he librado del ruso, pero tengo la sensación de que hoy aún te van a caer un par de hostiones como panes. Vamos, sigue, ¿qué pasó esa noche?

—La adrenalina me jugó una mala pasada. Uno de los tipos de la partida, un empresario potente que había perdido cinco mil euros aquella noche y estaba más fresco que una lechuga, me preguntó si me apetecían emociones más fuertes. Ya sabes, soy como Oscar Wilde, puedo resistir cualquier cosa... excepto una tentación.

Víctor, buscando cobijo, insinuó una sonrisa dolorosa, pero su amiga no se la devolvió: Paloma parecía ahora una institutriz alemana dispuesta a reprender a un chico díscolo.

—Continúa, letritas.

—Ese tipo hizo un par de llamadas y nos subimos en su Cayenne rumbo a Benidorm. Llegamos a la una de la madrugada a un chalé espectacular. Durante el camino me explicó que

la partida era de alto nivel, la montaban unos rusos muy profesionales que no se andaban con tonterías. Ellos contactaban con los jugadores, ponían las instalaciones y los crupieros, y, si lo necesitabas, te ofrecían financiación. A cambio se quedaban con el diez por ciento de todas las fichas que cambiaras y exigían una cantidad mínima para entrar a jugar de quince mil euros. Justo lo que yo llevaba en el bolsillo.

—¿Te metiste en la partida?

Víctor tomó aliento, abochornado, pero con gesto de truhan.

—Pam, ¿necesitas que te cite otra vez a Oscar Wilde?

—Ni se te ocurra. —Parecía enfadada—. No estoy para escuchar paparruchadas. Al turrón, ¿qué es lo que pasó en ese chalé de Benidorm?

—Joder, no seas tan dura conmigo... Aún estoy convaleciente. —Se masajeaba el cuello y sonreía, como un niño buscando mimos.

—Eres un descerebrado.

Refunfuñando, Paloma subió un escalón y se sentó detrás de su amigo para así poder masajearle el cuello con más facilidad.

—Vamos, Pimpinela, canta, ¿qué hostias pasó en ese chalé?

—¿Hace falta que te lo explique? Imagínatelo... Solo fichas de cien, trescientos y quinientos euros. En dos horas me habían desplumado.

—¡¿Lo perdiste todo en dos horas?! ¡¿Cómo es posible?! —Le giró la cabeza sin contemplaciones para encararlo—. ¿Trampas?

—¡Ay, bestia, me haces daño! Nada de trampas, ya te dije que eran profesionales, aquello a mí me venía grande. Dos de ellos habían estado en las World Series of Poker de Las Vegas. Lo que tenía enfrente no eran los típicos jugadores de timba de pueblo, puteros y con dinero, que con el puro en la boca y la copa de coñac creen que su intuición y sus cojones son infalibles a la hora de echarse faroles. Lo que tenía enfrente eran mentes matemáticas. Fui idiota... me metí en un tiroteo armado con un tenedor.

—¿Mentes matemáticas, has dicho?

—Sí, eso es, Pam. El póquer del más alto nivel se juega fundamentalmente con estadística. Las grandes partidas están plagadas de cerebritos de universidad especializados en matemáticas; ha dejado de ser un juego de azar para ser un juego de estrategia, como lo es el ajedrez... y obviamente en ese contexto yo no daba la talla.

Paloma le escuchaba con atención.

—Y entonces, si te desplumaron, ¿por qué te persiguen los rusos que montaron la partida?

—Me volví loco... Nunca en mi vida había perdido así el control: venía de arrasar tres horas antes y aquellos desconocidos estaban humillándome. Se me fue la pinza y les pedí a los rusos nueve mil euros. Tardé una hora en perderlos. Esa es la razón por la que todos los meses hay un día de cobro.

Ahora Víctor sí parecía genuinamente avergonzado, sin rastro alguno de sarcasmo en sus palabras que encubriese el sentimiento.

—A ver, que yo me entere, el orangután ese que casi te estrangula ¿quería matarte porque le debes nueve mil euros de mierda?

Víctor suspiró.

—A él no, a su jefe. Dimitri es un *mandao*, el que de verdad da miedo es el otro. —Tomó aire y carraspeó—. Cuando acabó la partida y se esfumaron los nueve mil euros que Dimitri me había entregado en préstamo, me retuvieron *amablemente* hasta que todos los jugadores se largaron del chalé. Entonces apareció el jefe. No sé ni su nombre. Era un tipo elegante, de aspecto inofensivo, parecía un notario... Me chocó la mano, le dio la vuelta a una silla que había frente a mí y se sentó a horcajadas. Me entregó un libro.

—¡¿Un libro?!

—Sí, lo que has oído. *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*. Yo ya lo había leído, me encanta Murakami. No entendí nada... Y como siempre que estoy cagado de miedo, me hice el gracioso y le dije que mejor me dejaba otro, que ese ya lo había sacado de la biblioteca.

—Así me gusta, campeón, tú siempre con la frase inadecuada en el momento inadecuado... Nunca decepcionas.

—Pues sí... Pero la hostia que me soltó Dimitri me dejó claro enseguida que aquello iba en serio. Tras el guantazo fue su jefe el que volvió a hablar. —A Víctor se le ensombreció el rostro al recordar el momento, pero Paloma no pudo verlo, seguía tras él masajéandole el cuello—. Su voz daba miedo: «Esto es un regalo que le hacemos a todo aquel que nos pide financiación», eso es lo que me dijo.

—Vaya, unos mafiosos rusos aficionados a la literatura. Esos tipos son muy cinematográficos...

—Puede ser, pero te aseguro que yo no estaba para películas. Los tenía puestos de corbata, *acojonao*. Todo aquel lío me venía grande. —Víctor forzó voz de barítono, a pesar del dolor que todavía sentía en la garganta—: «Nos debes nueve mil euros», me dijo el ruso cabrón ese. «Y, tal y como se te ha informado adecuadamente antes de entregártelos, tienen un módico interés del cuarenta por ciento TAE. No saldrás tu cuenta completa aunque dispongas de liquidez, este préstamo no es amortizable por anticipado: durante los próximos ocho años y tres meses, a las cuatro de la tarde cada tercer jueves de mes, esperarás en casa a Dimitri. No hay excusa alguna, no irás al banco o a pedirselos a un amigo. Ni Dimitri ni yo podemos perder el tiempo. Serán trescientos euros en efectivo y al instante, de ese modo no tendrás ningún tipo de problema. Eso sí, si un solo mes Dimitri no te encuentra en casa, las cosas se complicarán para ti. Por trescientos miserables euros te buscaremos aunque te escondas debajo de la piedra más recóndita del desierto más solitario del planeta. En ese libro que te acabo de regalar, a partir de la página 169, se describe exactamente qué es lo que te pasará cuando te encontremos. Y te encontraremos. Dimitri sirvió durante años en las tropas de elite del ejército ruso destinadas en la frontera con Mongolia, te aseguro que no sería la primera vez que pondría en práctica lo que describe el libro. Y, por favor, Víctor, no te tomes esto como una amenaza. Son sencillamente condiciones comerciales.»

Lo recitó de un tirón, solemne y empachoso, como si fuese un mal actor declamando *Hamlet*.

—Vaya, vaya con los rusos. Un poco sobreactuados, ¿no crees?

—Lo único que sé, Pam, es que al llegar a casa releí las páginas de Murakami que el ruso me había indicado y no dejé de vomitar en toda la noche. Desde entonces nunca me he retrasado en el pago.

—¿Qué dicen esas páginas?

—Mejor que no lo sepas, solo con recordarlas y pensar en la cara de Dimitri me dan arcadas.

—Menudo sarasa flojeras estás hecho... Pero dime una cosa, por trescientos euros de mierda, ¿esa bestia que acaba de irse te hubiese matado?

—Es probable. Lo de menos son los trescientos euros, esa gente vive de su reputación: si a mí me matan, en efecto dejan de cobrar mi dinero, pero todo el mundo entiende que con ellos no se juega... Bueno, tal vez no sea la palabra adecuada, sí se juega, pero se paga.

—Ya veo. Víctor, yo te puedo dejar la pasta... —Paloma dejó de masajear el cuello de su amigo.

Él negó con la cabeza.

—Ni lo sueñes, en este lío me metí yo y yo saldré de él.

Ella no quiso insistir, sabía que para un hombre como Víctor podía llegar a ser humillante que le evidenciaran en exceso su maltrecha situación económica. Él se giró para encararla.

—Gracias de nuevo, Pam. Te devolveré tu dinero, te lo juro.

Paloma, con los brazos cruzados sobre su corpachón, lo miraba condescendiente desde el escalón de arriba.

—Cierra el pico, Mary Poppins. Oye, ¿has dicho que el póquer de alto nivel hoy en día es pura matemática?

—Sí, los mejores jugadores del mundo vienen de formarse en facultades politécnicas.

Ella esbozó una sonrisa traviesa, que le plegó aún más la papada.

—Entonces olvídate de esos trescientos euros. A cambio quiero que me enseñes a jugar a ese maldito juego.

Víctor alargó los brazos y estiró los mofletes aerostáticos de su amiga, como una odiosa tía solterona de visita en casa de su sobrina.

—Ni lo sueñes: prefiero hacerme travelo y prostituirme para poder devolverte cada euro antes que meterte en ese mundo de mierda. Las cartas son basura. Tema zanjado.

A Paloma se le descolgó la sonrisa por culpa de la decepción: sabía que una negativa tan rotunda de su amigo era inapelable.



Víctor aparcó el coche en la calle de Serrano, a la altura de la Biblioteca Nacional. Se arrepentía de haberse puesto aquel cuello cisne negro, le presionaba a la altura de la garganta y su cuello aún estaba resentido de su desagradable encuentro del día anterior con Dimitri. Localizó la casa junto a la plaza del Marqués de Salamanca.

«Vaya vaya...»

Rodeada por edificios de lujosos pisos y oficinas, aquella mansión con su amplio jardín parecía una de las embajadas extranjeras tan frecuentes en la zona. Bajo la atenta mirada de dos cámaras de seguridad que lo observaban desde las alturas, Víctor llamó por el interfono. Ana lo estaba esperando.

—Salgo ahora mismo.

Al abrirse la cancela, el profesor se encontró exactamente con el rostro que esperaba. Ana le dio dos besos y lo invitó a pasar con su tono de voz dulce y armonioso. Bajo la rebeca que se había puesto para protegerse del frío, llevaba un vestidito negro de tirantes, largo, espolvoreado de margaritas diminutas y simpáticas: la prenda perfecta para un cuerpo que parecía hecho de porcelana fina. Zapatitos planos.

—Menudo frío se nos ha echado encima esta noche, menos mal que el sol ya empieza a caldear. Pase, Víctor, siéntase como en su casa.

Cruzaron a buen paso el césped sobre el que aún había restos de escarcha. Las rosaledas y los parterres, cuidados con mimo, arropaban la vivienda. Era un palacete estilo Tudor con la fachada cubierta de hiedra, cuyas rebabas cortaba algún jardinero con esmero para que no cubriesen ventanales y vidrieras. La mayoría de esos ventanales ya lucían desplegados de par en par los postigos de madera que los protegían. Sin embargo, unos pocos, somnolientos, permanecían entreabiertos como si fuesen párpados legañosos acurrucados por culpa del sol de la mañana.

—Qué calorcito más bueno hace aquí dentro.

—¿Bajo la calefacción? Es que yo siempre tengo frío...

—No, Ana, para mí es perfecta esta temperatura.

La decoración del vestíbulo era como la dueña de la casa, sencilla, pero de un gusto exquisito.

—Estaremos más cómodos en la biblioteca.

Se sentaron en un sofá chéster, junto a los ventanales que enmarcaban la rosaleda. El profesor contemplaba impresionado las paredes repletas de libros.

—Tiene usted una biblioteca magnífica.

—Mi padre es un gran lector, y ya lo fue mi abuelo antes que él. Yo soy la única que sigo la tradición, mi hermana no creo que haya conseguido leer hasta el final un libro en su vida.

Llamaron a la puerta y apareció una mujer, de unos cincuenta años, de aspecto andino. Llevaba cofia y delantalito de blanca.

—Buenos días, ¿los señores desean tomar alguna cosa?

Ana se giró hacia Víctor.

—¿Le apetece algo? ¿Un zumo, un café? ¿Cerveza?

—No, gracias, nada, he almorzado bien a mitad camino. Y, por favor, tutéame, creo que somos de la misma edad y no soporto el usted.

Ella le sonrió y se giró hacia la criada, que esperaba paciente.

—No queremos nada, gracias, Lucrecia. Por favor, que nadie nos moleste, ni me pases llamadas.

—Muy bien, señora, como usted diga.

Se cerraron las puertas y la biblioteca volvió a quedar en silencio. Víctor observó a Ana con detenimiento mientras ella, con aire distraído, parecía ordenar las revistas que descansaban sobre la mesita de café.

—Bueno, te confieso que me tienes intrigado.

Era obvio que su anfitriona no había descansado bien esa noche, su cara delicada traslucía fatiga y sus ojos añoraban un buen sueño.

—En realidad..., en realidad solo quería hacerte unas preguntas más bien... técnicas. He de confesarte que, aunque te parezca extraño después de tanto tiempo, me causaste una excelente impresión cuando nos conocimos. —Ana se observaba las manos mientras hablaba, como queriendo desenroscar sus dudas girando una y otra vez el anillo de casada.

—La verdad es que a mí también me encantó conocerte. No fue fácil conseguir que me recibieras, pero valió la pena.

Víctor sonreía intentando rebajar la tensión.

—Siento no haber podido ser de más ayuda en aquella ocasión, pero pasaba por un momento muy malo.

—No te preocupes, lo entendí perfectamente: acababa de fallecer tu marido, cualquier otra en tu situación ni tan siquiera me hubiese recibido. Más bien soy yo el que debería pedirte disculpas, creo que fui demasiado... insistente. Cuando me encabezono con algo, a veces pierdo la perspectiva y me vuelvo muy pesado.

Ella alzó el rostro y sonrió. Víctor creyó poder escuchar el oleaje del mar de dudas que atronaba en el interior de aquella cabecita delicada.

—No creas que no sé valorar que fuiste el primero que me pidió una entrevista para hablar sobre Hugo cuando él era un completo desconocido. Tu artículo en *Arte&Mañas* para mí es muy especial.

—¿Lo leíste?

—Por supuesto, lo tengo guardado, fue el primero sobre *Botavara*.

Víctor se sintió halagado.

—He visto que en la última novela utilizáis mi denominación de *realismo mágico mediterráneo* que apareció en ese artículo por primera vez. Por cierto, me ha encantado el libro. A pesar de que la trama transcurre en el siglo XIX, es muy fresco y actual. Si no fuera porque sé que las novelas de Hugo Mendoza llevan años escritas, pensaría que esta acaba de salir del horno.

El profesor sonreía para evidenciar la naturaleza jocosa del comentario, pero a Ana se le mudó el rostro. Como si una borrasca hubiese cubierto el cielo de Madrid, la biblioteca dejó de ser una estancia acogedora.

—Víctor, te he hecho venir porque... necesito saber, bueno..., me gustaría saber..., tras *Botavara*, ¿qué piensas del resto de los libros de Hugo?

Víctor se quedó sorprendido, no tanto por la pregunta, sino por la timidez y prudencia con que su anfitriona la había planteado.

—Ana, es una pregunta muy abierta, no sé bien a qué te refieres.

Ella seguía torturando obsesiva a su anillo de casada.

—Bueno, sé que eres seguramente el mejor especialista de la obra de Hugo que hay en España, y la literatura comparada es un campo que dominas. En esos trabajos tengo entendido que analizáis las diferencias entre obras, estilos... Me gustaría saber qué piensas de los cuatro libros de Hugo que hay en el mercado.

Víctor se detuvo a reflexionar. Nunca había hecho un estudio académico y exhaustivo de tipo comparativo entre los libros de Mendoza, pero se sentía capacitado para ello, los conocía a la perfección.

—En realidad, la literatura comparada analiza textos de diferentes autores y orígenes diversos para intentar enmarcar esas obras en corrientes homogéneas o divergentes. Lo que tú me preguntas no sé si podría considerarse literatura comparada, pero creo saber a lo que te refieres.

Ella escuchaba absorta, con total atención.

—La obra de Hugo es toda ella excepcional. Es raro ver tanta calidad; normalmente, los autores tienen altibajos y, junto a obras maestras, aparecen otros libros más flojos. En mi opinión, *Botavara*, aunque fue el primero en ser publicado, pertenece a un periodo de mayor madurez que *Pan con chocolate* y *Cálido invierno*, seguramente fue escrito con posterioridad a estos. Claro que puedo estar equivocado, pero el uso de metáforas es más maduro, se abusa menos de recursos estilísticos superfluos y recargados. En ella se observa un proceso de simplificación propio de escritores maduros, ya bien cuajados, lo cual es extraordinario teniendo en cuenta la edad a la que murió Hugo. Por eso me sorprendí tanto estas Navidades al leer *Para un ratón, los murciélagos son ángeles*.

—¿Por qué?

—Es todavía más evolucionado en su estilo que *Botavara*. Si me equivoco, disculpa, pero, en mi opinión, de los cuatro, es el último que escribió. La depuración estilística es excelente. Casi todos los autores pecan en sus años de juventud de una adjetivación exagerada, de una sintaxis rebuscada o de descripciones recargadas que tan solo pretenden hacer muy frondoso el texto. No les entra en la mollera que el mejor amigo de un buen escritor es la papelera. Pero en *Para un ratón, los murciélagos son ángeles* no sobra ni un adjetivo, sin caer por ello en los ridículos esquematismos minimalistas que tan solo pretenden ser originales, en plan urinario de Duchamp. En ese libro no se ve ninguna de las típicas reglas absurdas de taller de escritura, tan habituales entre los escritores contemporáneos, reglas que estrangulan su originalidad: «Cuidado con los adverbios, la partícula *-mente* es tu enemiga. Veinticinco por ciento de planteamiento, cincuenta por ciento de desarrollo, veinticinco de desenlace». Hugo se ríe de esas majaderías.

Ana lo escuchaba con ojos temblorosos. Al oír hablar a Víctor, algo muy íntimo se agitaba en su interior.

—Teniendo en cuenta todo eso, ¿dirías, entonces, que la obra de Hugo es..., es homogénea? —preguntó con un hilillo de voz.

—Es extremadamente homogénea. Las particularidades estilísticas que te comentaba son las propias de un escritor que evoluciona, pero sus argumentos, sus maneras sintácticas y semánticas, su robustez conceptual..., todo evidencia una coherencia estilística enorme.

—Ya veo... Tus opiniones parecen tan sólidas...

Él la vio perdida y quiso ayudarla.

—Ana, ¿pasa algo? ¿Qué es lo que de verdad te preocupa? Disculpa la franqueza, y en absoluto te lo tomes como un reproche, pero tengo la sensación de que no estás siendo del todo sincera conmigo.

Fue un error. En lugar de ayudar a liberar toda la tensión que Ana guardaba en su interior, esas palabras la asustaron como un disparo asusta a una bandada de gorriones.

—Tenemos dudas sobre el orden cronológico en el que Hugo escribió las novelas, por eso tus comentarios me han sido de gran ayuda. —Estaba muy nerviosa e intentaba disimularlo hablando con aplomo—. Él era un auténtico desastre con esas cosas, no fechaba sus escritos, pero estamos pensando en lanzar sus obras completas y quisiéramos trazar una línea cronológica coherente.

—Me parece fenomenal. Yo estaría encantado de colaborar en lo que pudiese. Sin cobrar nada, desde luego, la obra de Hugo es mi pasión.

Ella estaba cada vez más y más incomprensiblemente tensa.

—Desde luego, es un proyecto aún en fase de desarrollo, pero más adelante me pondría en contacto contigo. Me has sido de gran ayuda.

Ante la sorpresa de Víctor, su anfitriona se puso en pie dando por concluida la conversación. Volvía así a aparecer la Ana de años atrás, reservada y opaca. Él permaneció sentado.

—Ana, ¿realmente me has hecho venir para preguntarme solo eso? ¿Qué pensaba de la obra de Hugo?

Ella parecía incómoda y turbada.

—Disculpa, sé que puede parecerme extraño, pero para mí era importante. Desde luego, quisiera abonarte tus gastos y minuta por el desplazamiento y tu tiempo. No quiero que pienses que soy una aprovechada, iré a por mi chequera.

Víctor se levantó y la detuvo tomándole los antebrazos. A ella el contacto físico inesperado pareció sorprenderla.

—Ana, por favor, tranquilízate. —Él sintió que ella era pequeñita, con huesos de pajarillo que se agitaban, osados y nerviosos—. No quiero ni un céntimo, no he hecho nada para ganármelo.

Aquella mujer, de manera instintiva, le despertaba ternura. Sus dudas parecían una manada de ñus remolones que no se decidían a vadear el río por miedo a los cocodrilos: una vez el primero se lanzase al agua, todos irían detrás a borbotones. Víctor decidió realizar un último intento para lograr que el primer ñu saltase.

—No me conoces demasiado, pero..., no sé cómo explicarte esto sin parecer pretencioso. Mira, mi abuela me dio un consejo de niño que no he olvidado jamás: «De lo que sepas, Víctor, habla con prudencia. De lo que no sepas, cierra la boca, escucha y aprende». —La miró intentando transmitirle seguridad y cariño, sin el más leve regusto de fatuidad—. Yo sé de pocas cosas, pero de literatura española sí me atrevo a hablar, he leído mucho y he reflexionado mucho sobre lo que he leído. Por eso me atrevo a decir que el noventa por ciento de los escritores consagrados por el público de este país están sobrevalorados.

Ella escuchaba con tanta atención que por un momento a Víctor le pareció que las curvas de los pabellones auditivos de su anfitriona eran en realidad las curvas de dos signos de interrogación: la solitaria perлита que lucía en cada lóbulo, sin duda, hacía las funciones de puntito de cierre inferior.

—¿Sobrevalorados? ¿Por qué dices eso, Víctor?

—Porque los lectores suelen ser ingenuos, tienden a confundir la melancolía con la genialidad. Son sensibleros, no sensibles. En la música y en la pintura es también un fenómeno bastante habitual.

Ana parecía estar analizando con microscopio cada una de las palabras de su invitado, que hablaba mientras la arponeaba con sus ojos.

—Eso hace que haya por ahí un montón de tipos que se llaman escritores y que venden miles de libros porque se dedican a halagar a ese público ingenuo: mezclan máximas solemnes con metáforas ingeniosas, añaden algo de introspección, vidas muy atormentadas, toques de sexo y algún que otro chistecillo simpático. Se agita bien la coctelera y... ¡basura al canto! No

hay que dejarse engañar, eso en realidad no son escritores, no son artistas. A lo sumo, son artesanos. Hugo no tenía nada que ver con esa gente, vivía en otra dimensión.

—¿Qué... quieres decir con eso? —preguntó con temor.

—Quiero decir que a Hugo los convencionalismos de la literatura le traían sin cuidado. No escribía para satisfacer a su público, escribía para él. De hecho, a veces, cuando lo lees, te das cuenta de que te has enamorado de su literatura a pesar de lo difícil que el escritor te lo ha puesto. Lo lees a contrapelo, como cuando te afeitas: molesta, pero al final el apurado es perfecto... Y creo que esa es la razón por la que engancha tanto. Me recuerda a una chica que conocí hace años, que no me hacía caso y por eso cada vez me gustaba más. —Sonrió para relajar el ambiente, pero su anfitriona permaneció impávida—. Hugo adjetivaba como le venía en gana, te metía veinte páginas de diálogo febril y luego otras veinte de introspecciones neuróticas del narrador, no se preocupaba por acabar un capítulo con un giro argumental original que obligase al lector a seguir leyendo... No necesitaba describir hechos, los suyos no son libros «de carreritas», sus protagonistas no están haciendo cosas constantemente, porque él a lo que se dedicaba era a describir emociones, que es lo que hacen los verdaderos escritores.

Apuntalado por el despliegue de sinceridad que acababa de llevar a cabo con aquella perorata, decidió lanzar un órdago final:

—Ana, ¿no quieres contarme nada más? Tal vez pueda ayudarte.

La reacción de ella ante el órdago fue defensiva: se zafó de la mirada de Víctor y adoptó una postura muy digna. Ahora más que nunca Ana Cifuentes parecía una joven Lady Ginebra, débil pero valerosa.

—No tengo nada que contarte ni necesito ayuda alguna. Pero gracias por ofrecérmela. Creo que todo esto ha sido un malentendido. Te agradezco muchísimo que hayas venido y aún te lo agradecería más si me permitieses abonarte tus honorarios.

Víctor sabía reconocer cuándo una batalla estaba perdida. Rebuscó en el bolsillo interior de su americana y sacó una tarjeta de visita y un bolígrafo.

Se apoyó en la mesa de café y anotó algo.

—Toma, Ana, aquí tienes mi dirección personal y mi *e-mail*. Cualquier cosa que necesites, llámame o escíbeme. Olvídate de mis honorarios, ha sido un placer volver a verte. Y siento haberte asustado, no era mi intención.

Ella simuló no haber escuchado el último comentario, y acompañó en silencio a Víctor hasta la puerta del jardín.

—Gracias de nuevo por venir.

Ana Cifuentes, como el pajarillo asustado que era, cerró la portezuela de su jaula de oro. Mientras caminaba hacia el coche, Víctor decidió que iba a intentar no pensar más en la viuda de Hugo Mendoza, tenía preocupaciones más apremiantes. Pero, sin duda, la conversación le había parecido muy extraña. «¿Para qué coño me habrá hecho venir esta mujer a Madrid?», se dijo a sí mismo con más curiosidad que enfado.



La entrevista con Ana Cifuentes había sido más breve de lo previsto, y le apetecía estirar las piernas antes de coger el Porsche 107 para volverse a Valencia, por lo que bajó hasta Castellana y se puso a caminar en dirección a Cibeles. En un puesto frente al edificio de Correos, compró media docena de churros y le pidió a la mujer que lo regentaba, vestida de chulapona para atraer a los turistas, que echara mucho azúcar.

—El señor es goloso, ¡pues venga *azucquita* del bueno!

La ciudad estaba radiante y los edificios del Madrid más imperial refulgían con la luz invernal. Los japoneses bajaban sonrientes de los autobuses blandiendo sus cámaras fotográficas, y se topaban con ejecutivos atareados que los sorteaban como podían. Sobre su fachada, un gran cartel anunciaba que en el museo Thyssen había una exposición temporal de

dibujos de juventud de Picasso. Víctor decidió entrar a echarles un vistazo. Cuando salió del museo, una hora después, con la retina saturada de cuerpos deformes de una belleza inquietante, bajó el paseo del Prado y enfiló Atocha cuesta arriba. Al llegar a la plazoleta de Santa Cruz, en la esquina con la calle de la Bolsa, vio un cajero automático del Banco Santander. Sacaría los trescientos euros que le debía a Paloma y así saldaría su deuda esa misma tarde cuando llegase a Valencia.

«Putaluz...»

El sol se reflejaba contra el cristal del cajero y le costaba ver la pantalla. Como pudo, tecleó el código secreto y la cantidad. El cajero le informó de que había superado el saldo de su cuenta, que ascendía tan solo a doscientos sesenta y seis euros.

«¡Joder!»

Marcó un reintegro de doscientos sesenta euros y dejó seis en la cuenta. Técnicamente estaba sin blanca, y se arrepintió de no haber aceptado el dinero que Ana Cifuentes le había ofrecido.

«Puto orgullo...»

Paloma iba a tener que esperar para recuperar sus trescientos euros, de otro modo él no iba a poder comer en lo que quedaba de mes. El cajero rumiaba mientras Víctor esperaba su dinero cuando sintió unos fuertes tirones en el faldón izquierdo de su americana.

—¡Deme algo, señor, deme algo! Es para comer.

Una niña de no más de nueve o diez años lo observaba implorante mientras tiraba con fuerza de la chaqueta de Víctor.

—Señor, por favor, tengo hambre.

A pesar de su aspecto cetrino, tenía una mirada de un azul muy intenso. Por sus ropas, parecía una cingara. Víctor se quedó observando aquellos ojos hipnóticos.

—Deme algo, señor...

Todo sucedió muy deprisa. Mientras Víctor tenía la cabeza girada hacia la niña, pudo escuchar el sonido metálico inconfundible del cajero expulsando el dinero. Volteó el rostro hacia la pantalla esperando los billetes, pero en ese mismo instante la niña tiró con más fuerza del faldón izquierdo de la americana. Instintivamente Víctor se giró de nuevo hacia ella y sintió un roce veloz por el lado derecho de su cuerpo. Al volverse, pudo ver a un chavalín desarrapado, de la misma edad que la niña, corriendo como una liebre calle Esparteros abajo. Rápidamente miró la ranura del cajero. El dinero no estaba. Y la niña se había esfumado también. Entendió la situación al instante: él era el *pringao*.

—¡Cabrón! ¡Vuelve aquí!

Como un rayo, salió disparado detrás del mocoso, que le había sacado treinta metros de ventaja. El niño, pequeño y ágil, zigzagueaba con facilidad entre los transeúntes.

—¡Detengan a ese niño, párenlo!

Antes del cruce con Postas, tropezó con el carrito de la compra de una anciana que empezó a insultarlo muy castiza. Víctor se levantó del suelo como un resorte, justo a tiempo de ver cómo el crío alcanzaba la calle Mayor y dudaba unos segundos si dirigirse hacia la izquierda o hacia la derecha. A la derecha, a escasos metros, estaba la Puerta del Sol, atestada de gentío entre el que era fácil escabullirse. Sin embargo, siempre había por allí media docena de municipales rondando por las aceras. Su misión era intentar controlar a los rateros, trileros, chaperos, navajeros, putas, sablistas, mendigos... y todo tipo de gente de malvivir que, como hienas risueñas, intentaban darles un bocado a los turistas que paseaban admirando el Madrid de los Austrias.

El chaval debió de reflexionar sobre todo aquello y decidió torcer hacia la izquierda. Víctor salió catapultado tras él. Ya en la calle Mayor le dio tiempo a ver cómo el rufián tomaba la travesía del Arenal. Cuando él llegó a la bocacalle, el crío seguía llevándole treinta metros de ventaja, pero había aminorado el ritmo de carrera.

—Ahora o nunca, Víctor... Ahora o nunca.

Tenía por delante de él ochenta metros de calle estrecha sin posibilidades de cobijo alguno, todo se reducía a ver quién corría más. Por su mente cruzaron preocupaciones varias: la pensión de manutención de Sofía, Dimitri, comer y vestirse, devolverle el dinero a Paloma... Todo aquello impulsó sus piernas como si fuesen muelles.

—¡Ya eres mío!

Justo al final de la travesía, poco antes de llegar al Palacio Gaviria, el ladronzuelo sintió el zarpazo de Víctor en el pescuezo.

—¡Dame el dinero y lárgate, no quiero hacerte daño!

El chico se revolvió escurridizo como una anguila y consiguió zafarse de la mano de Víctor, enfrentándose a él dispuesto para la lucha: no tendría más de diez años, y un cuerpo que parecía hecho de palillos de dientes. Su cara, sin embargo, mostraba una determinación total. Como la niña, era agitanado y extremadamente guapo, con ojos muy azules.

—*Du-te dracului, fraiere!*

Víctor no lo entendió, pero, por la expresión del chaval, no debía de ser algo muy agradable. Como dos luchadores grecorromanos de tamaño desigual, se observaban en posición de ataque.

—Devuélveme mi dinero y lárgate. La respuesta del pequeño fue contundente: sacó del bolsillo de sus pantalones turcos una navajilla con diez relucientes centímetros de hoja. La rabia con la que la empuñaba evidenciaba que no iba a tener inconveniente en destriparle el bajo vientre al maldito *pringao* que le había obligado a echar el bofe. Víctor no se amilanó: decidió probar con la estrategia del miedo.

—Guarda eso, no te vayas a hacer daño. Si te pones tontorrón, te voy a tener que meter por el culo ese cortaúñas y te hará mucha pupita.

No funcionó. El chaval se abalanzó sobre él con más rabia que técnica. Víctor lo esquivó y, aprovechando el ligero desequilibrio del chico, le agarró con fuerza la muñeca que sostenía el arma. Se la retorció hasta que la navaja salió volando y desapareció bajo un coche aparcado.

—Quieto paraooooo...

El chico, de espaldas a Víctor y con el brazo completamente luxado, aullaba de dolor con un fuerte acento extranjero.

—¡¡¡Suéltame, hijo puta!!! ¡¡¡Suéltame!!!

—¿Dónde está el dinero?! ¡Dame el dinero y te dejaré marchar!

—¡No tengo dinero! ¡Se lo llevó chica!

Víctor sabía que aquello no era posible, no le había quitado el ojo de encima al chaval en toda la carrera.

—¡Déjate de hostias! Mira, en otras circunstancias me darían igual doscientos euros de mierda, pero te aseguro que los necesito más que tú.

Le retorció el brazo con algo más de intensidad y escuchó el alarido de dolor del pequeño. Un par de conserjes de finca, atildados como si fuesen empleados de funeraria fina, salieron a ver lo que pasaba. De inmediato se volvieron a meter en sus porterías, indiferentes: por lo visto ese tipo de espectáculos eran habituales en la barriada.

—¡Que te den por culo, *pringao* mierda! Marilyn comerrabos...

El chaval era duro de verdad. Víctor decidió que tendría que encontrar el dinero por sus propios medios.

—Estate quieto, cabrón...

Mientras con una mano seguía inmovilizando al chico, con la otra empezó a escarbarle los bolsillos del pantalón turco.

—¡Tú gustar tocarme, ¿eh?! Marilyn..., maricón mierda...

En el bolsillo derecho Víctor encontró su fajo de billetes. Se lo metió en la americana y liberó el brazo del crío, que cayó al suelo maldiciendo en su lengua y masajeadose la dolorida

muñeca. En ese momento un coche de la Policía Nacional con las sirenas encendidas, que venía a toda velocidad desde la calle Arenal, dio un frenazo y se detuvo.

—Caballero, ¿se encuentra usted bien?

Hablaba un cincuentón de prominente panza que se esforzaba por salir de detrás del volante. Su joven compañero, un gigante con rostro de niño tierno que juega a ser un hombre a base de apretar mucho las mandíbulas, ya estaba de pie frente al chaval cerrándole el paso. Este, aún dolorido, se miraba la muñeca sentado en el bordillo de la acera.

—Todo está bien, no hay problema.

Víctor recuperaba el aliento después de tantas carreras y emociones. El policía de mayor edad le soltó un pescozón al chico.

—¿De vuelta a las andadas, Traian? ¿Cómo te tengo que decir que dejes en paz a la gente de bien y te vuelvas *pa* tu puto país?

El muchacho ahora se miraba la muñeca sin hacer caso al policía. Este tenía aspecto de Sancho Panza: amplia coronilla, ancho de espaldas, corto de estatura y con antebrazos de macetero de los que brotaban, en lugar de geranios, unos dedos morcillones de amasador de embutidos.

—Caballero, ¿qué ha sido? ¿Tirón, navaja, cajero?

—Cajero, él y una niña.

El policía se rascó el cráneo con sus dedos morcillones. Al bajar el brazo dejó caer los nudillos con fuerza sobre la cabeza del chico, que seguía sentado a sus pies. Hasta a Víctor le dolió semejante coscorrón.

—Es Marilena, su hermana, trabajan juntos. ¿Cuánto se han llevado?

Víctor ya estaba más tranquilo.

—No se preocupe por el dinero, lo he recuperado.

El agente esbozó una sonrisa socarrona.

—¿El *joputa* este le ha devuelto el dinero? ¿Así? ¿Por las buenas? Muy raro me parece eso a mí... Este es más malo que Caín, y más duro que los clavos de un ataúd.

—Bueno, tuve que convencerlo. No estaba muy por la labor.

El policía cincuentón se dirigió a su compañero, que seguía plantado frente al niño bloqueándole cualquier posible escapatoria.

—Has visto, Jacinto, lo que te tengo dicho: si más gente les diera de vez en cuando un par de hostias a estos chavales, no habría tanta chusma en la ciudad. Pero claro, luego están los putos defensores de los derechos humanos y toda esa mierda... —Se giró hacia Víctor—. Caballero, he de pedirle que me acompañe a comisaría, aquí al lado, en Leganitos. Es para poner la denuncia. No es que vaya a servir para mucho... En realidad no va a servir *pa na*, este ya se conoce aquello mejor que yo, lo hemos detenido más de cincuenta veces, entrará por una puerta y saldrá por la otra, pero bueno..., así hacemos el paripé.

Víctor escuchaba al policía mientras desde el suelo el chaval lo miraba con sus ojos zarcos e implorantes: al profesor ese azul tan intenso, varado en medio de un rostro huesudo y de tez cetrina que parecía haber pasado hambre, le pareció puro Velázquez.

—No, no voy a denunciar. Es solo un niño.

El policía, sorprendido, habló en tono destemplado.

—Caballero, que no le confunda su aspecto indefenso, ya le he dicho que este es más malo que Caín. A usted le ha robado al descuido, pero mañana le pondrá una navaja en el cuello a una abuela y, si se pone chula y no le da la pensión, la pinchará y se quedará tan pancho. Todos estos se saben la ley mejor que nosotros, el juez no puede hacer nada contra ellos, pero me veo en la obligación de recomendarle que denuncie, de ese modo podemos al menos tener estadísticas fiables.

Víctor apartó los ojos del niño para enfrentar los del policía.

—Ya le he dicho que no voy a denunciar. Fin de la conversación.

Sancho Panza relinchó:

—Usted mismo. Sabe qué le digo, que mejor, así me ahorro el papeleo. —Se giró hacia su compañero y habló a gritos—. ¡Vámonos, Jacinto, aquí estamos perdiendo el tiempo! Putos rojos de mierda, si Franco levantara la cabeza, también íbamos a estar todo el día tú y yo corriendo detrás de esta gentuza que se ríe de nosotros.

Subieron al coche patrulla y se fueron a toda velocidad. Víctor se quedó observando al chico, que ahora permanecía cabizbajo.

—¿Cómo dijo el policía que te llamabas?

Preguntó mientras se sentaba a su lado. El chaval, tras unos segundos de duda, respondió con voz débil.

—Traian.

—¿Y qué edad tienes?

—Nueve.

Su cuerpo era tan delgado y su cráneo estaba tan rasurado que Víctor tuvo la impresión de que, rozando con fuerza aquella cabeza contra el asfalto, brotaría de ella fuego como si fuese un fósforo.

—Perdona por lo del brazo. Pero es que estoy pasando un mal momento, esa pasta me hace falta.

Le sonó algo ridículo justificarse por querer recuperar su dinero, pero se sentía culpable por haberle hecho daño a un crío de nueve años que casi podría haber sido compañero de clase de su hija.

—No problema. —El muchacho alzó la cabeza y miró con sus ojos de azul fiero, que contrastaba sin compasión con la piel morena—. Ser parte oficio.

—¿Desde cuándo te dedicas a esto?

—Hacer tres años. Nada más llegar España.

Hablaba muy serio, con un tono solemne.

—¿Por qué lo haces? ¿Tus padres lo saben?

—Mis padres muertos, son jefes los que me obligan.

—¿Jefes?

El chico volvió a mirar al suelo. Por el imbornal de la alcantarilla asomó una rata que, curiosa, se quedó observándolos unos segundos mientras se acicalaba los bigotes, para enseguida zambullirse de nuevo en las entrañas de la ciudad.

—Nos cargan en coche de muy mañana y nos bajan desde Cañada Real Galiana, allí vivo con hermana. Nos recogen a las diez de la noche. Si no hemos conseguido recaudación mínima, nos pegan paliza.

Víctor le rascó la cabeza con cariño. Ante el contacto físico, el muchacho por primera vez esbozó una sonrisa.

—Toma, creo que te lo has ganado, corres como un demonio.

Mientras hablaba, el profesor sacó un billete de cincuenta euros y se lo puso en la mano al chico. Este lo cogió sin pronunciar palabra. En lugar de eso, rebuscó en su calcetín derecho y sacó las llaves del Porsche.

—Toma, creo que tú también te las has ganado. Eres un *pringao* puta madre. Te las cogí mientras tú buscabas dinero.

Víctor observó las llaves, incrédulo, y también sonrió.

—Eres hábil, no me di ni cuenta.

El chico se esponjó, orgulloso por el piropo.

—En realidad, especialidad mía ser carteras. Soy muy bueno con carteras. Y el policía mentir, yo nunca atraco abuelas ni pincho a mujeres. Eso hacerlo solo cobardes y marylins comerrabos.

El profesor sopesaba las llaves.

—¿Qué ibas a hacer con esto?

—Seguirte, ver dónde habías aparcado coche y luego llevármelo.

—¿Llevártelo? ¿Sabes conducir?

El muchacho pareció ofenderse.

—Mejor que tú.

Víctor rio a gusto al ver al chico, muy ufano, sacar pecho. Al hacerlo echó atrás la cabeza: vio, entonces, de refilón, bajo el coche que tenían aparcado al lado, el brillo de la navaja. Alargó el brazo y la recogió. La empuñadura de marfil labrado era una pequeña obra de arte.

—Toma, esto es tuyo Traian.

—Decirse Traian.

El chico empuñó de nuevo su arma y se quedó mirando a Víctor. Cerró la navaja y habló muy serio.

—En mi tierra, Rumanía, padre enseñó a mí que cuando un hombre te hace un favor, si eres un hombre de verdad, tienes que agradecerse. Esta navaja es para ti. Gracias por no denunciar a policía.

Víctor estaba impresionado.

—No..., no puedo aceptarla, esta navaja es una preciosidad...

El chico se la tendió insistente.

—Toma, si no coges, yo ofenderme.

El profesor dudó, pero al final no tuvo más remedio que hacer caso al muchacho. Este se levantó y echo a caminar calle abajo. Cuando estaba a unos diez metros, se giró.

—Si alguna vez tú necesitar ayuda, pregunta por Traian a los chaperos de Sol. Todo el mundo me conoce por aquí o por Cañada Real. Eres un *pringao* puta madre. Se dio la vuelta y siguió caminando.



Hay madres enternecedoras que intentan convencerte de que su hijo es el más guapo, o el más inteligente. Yo les diría a esas pobres ingenuas: «No te equivoques, tu hijo no es el más guapo, ni el más inteligente: tu hijo es el tuyo, y por eso es el que más quieres, porque con él has compartido experiencias imposibles de narrar». Lo mismo pasa con las ciudades: uno es de la ciudad donde vivió su primer amor. Y tu ciudad, esa en la que te enamoraste por primera vez, es siempre la que más quieres. Pero no porque sea la de arquitectura más bella, la más histórica, la más sofisticada o cosmopolita. No. Es la que más quieres porque es la tuya, y es la tuya porque a veces aún se te encoge el estómago al imaginar que, tras una esquina, aparecerá la sombra de esa chica con la que en una época de tu vida soñabas cada vez que cerrabas los ojos metido en la cama..., añorando voraz que amaneciese de nuevo... para volver a tener la oportunidad de coincidir con ella en cualquier plaza, callejuela o café...

Exactamente por la misma regla de tres hay que ignorar a esos supuestos patriotas de la lengua, muchos de ellos académicos solemnes y rigoristas, que intentan convencerte de que tu idioma es el más hermoso, el de vocabulario más rico y preciso, el de historia más épica... Tu idioma seguramente es tan feo como lo es tu hijo o tu ciudad, pero es el que tú más quieres porque es en el que dijiste por primera vez «Te quiero». En el que escuchaste por primera vez «Eres mi vida». Es el idioma en el que te despediste de tu madre en su lecho de muerte, y en el que tus hijos se despedirán de ti cuando tú te vayas para siempre. Por eso es el idioma que más quieres...

Víctor cerró su ejemplar de Botavara y durante unos segundos se ensimismó observando el fuego. Tras la conversación con Ana Cifuentes le había apetecido, de forma instintiva, releer la obra de Hugo Mendoza. Tal vez fuese porque no se quitaba de la cabeza las extrañas dudas que parecían atormentar a aquella mujer delicada. O tal vez fuese porque no había otro escritor que a Víctor le permitiese con tanta facilidad evadirse de su propia realidad, últimamente poco acogedora.

«Joder, Beni, qué hostia te voy a dar cuando llegues...»

Le esperaban en los juzgados y se encontraba algo nervioso, lo cual, bien mirado, era comprensible: nunca antes había prestado declaración ante un juez. A su nerviosismo no le ayudaba en nada el retraso de su amigo.

Tititatatototututu...

Miró la pantalla del móvil: número privado.

—Sí, ¿dígame?

—Hola, Víctor, soy Claudio.

«Mierda.» El catedrático del departamento, la última persona con la que le apetecía hablar.

—Hola, don Claudio, ¿cómo va todo? Hace tiempo que no le veo. —Intentó imprimir a sus palabras un tono de normalidad, sabiendo que sería inútil: Yo Claudio era cualquier cosa excepto ingenuo.

—Déjate de majaderías, Víctor, hace un mes que ando detrás de ti y me estás evitando. ¿Qué narices pasa, hijo mío?

«Puto paternalismo...»

—Nada, don Claudio, que he estado muy liado. Ya sabe, los exámenes, un par de artículos que tenía que preparar, el tema de la denuncia...

—Bueno, bueno, historias y más historias. —No parecía enfadado, más bien decepcionado ante aquella falta de interés hacia su persona—. Necesito verte, es urgente. Mañana ven al colegio y hablamos, a las nueve en punto.

Debía de ser importante, don Claudio jamás recibía en el colegio mayor universitario del que era director, propiedad del Sacrum Corpus.

—Allí estaré.

—Por cierto, ¿cómo va... nuestro tema?

De los labios de don Claudio jamás salían palabras como *violación*, *sexo*... Las evitaba con asquitos exquisitos como si solo con pronunciarlas se fuese a apartar de su camino hacia la santidad.

—Hoy voy a declarar. Mañana le comentaré como va todo.

—Ánimo, hijo mío, rezaré por ti. Y recuerda las palabras de nuestro Santo Padre Fundador: «Cuando la vida del cristiano se vuelve atormentada, es porque no la encauza por los caminos de Dios». Estoy seguro de que esta experiencia te fortalecerá y servirá de lección.

Víctor rebufó: el catedrático no era mal tipo, pero lo último que necesitaba en aquellos momentos era un predicador. Bienintencionado, pero predicador al fin y al cabo. Escuchó un claxon.

—Gracias, don Claudio. Perdona, me llaman, mañana le cuento.

—Hasta mañana, hijo mío, hasta mañana... Rezaré por ti.

Benito lo estaba esperando dentro del coche.

—¡Cabrón, ¿qué te ha pasado?! ¡Llegamos tarde!

Al entrar al vehículo un bofetón propinado por Varon Dandy casi lo noquea.

—Mi querido Víctor, recuerda: vísteme despacio, que tengo prisa. —Con toda la parsimonia del mundo, Beni se arreglaba coqueto la punta del pañuelo que le asomaba por el bolsillo de la americana.

—¡Vamos, joder! ¡Déjate de mariconadas y arranca!

Su amigo, indiferente, se ajustaba el alfiler de la corbata.

—¿Sabes cómo estará el tráfico de aquí a la Ciudad de la Justicia?! Vamos a llegar tarde, seguro... ¡Deja de mirarte en el espejo!

El estilo de Benito, al igual que su carácter, era más propio de un petimetre decimonónico que de un profesional del siglo XXI que aún no había cumplido los cuarenta años. Cuando quería burlarse de su amigo, Víctor le recordaba la época en la que al abogado le dio por llevar leontina y capa española.

—Ni preocuparse, la tuya sería la primera declaración en la historia de la judicatura española que empezase puntual. —Puso el coche en circulación con pachorra.

—¿Me dejas conducir a mí? Llegaríamos antes. Y ponte el cinturón: el barrigón, aunque no lo creas, no te hace de airbag.

El abogado le respondió sonriente y con hablar ensortijado:

—A tu pregunta he de responder que... y una mierda. A tu sugerencia, y a riesgo de ser redundante, he de responderte que... y una remierda: si sé sumar, ya llevamos tres mojones. Mi coche solo lo conduzco yo, y este traje vale dos mil euros, te aseguro que no me lo voy a arrugar con un *cinturoncito de seguridad* tan solo porque a la Benemérita le haya dado ahora por cuidarnos como si fuese nuestro angelito de la guarda.

El estilo barroco y aforístico de su amigo desesperaba a Víctor, pero era muy congruente con los aires versallescos de Benito.

—Eres imposible... ¡Cuidado con esa vieja! Toda la vida serás un tardón y un desastre de conductor. Sabes que hoy es un día importante para mí, ¿cómo llegas tarde?!

—Te presento mis más sinceras disculpas, camarada del alma. —Hizo una reverencia teatral, limitada por el volante y su gran panzón—. Pero es que me he dormido; anoche me acosté tarde: me comí un coñazo de película. Húngara.

—¡El juicio de tu mejor amigo es al día siguiente y tú en plan culturita viendo películas raras hasta la madrugada! Me cago en tu puta estampa.

—Creo que no me has entendido, Vic. —Benito emitió una risita pícara antes de continuar—. La húngara de la que te hablo valía la pena. ¡Qué hembra!

Al profesor la indignación se le tornó enfado: gracias a la ayuda de su amigo, ya había captado el juego de palabras.

—¿Te fuiste de putas anoche? ¡¿Un martes?!

Benito se giró hacia el asiento del copiloto y esculpió una sonrisa en su rostro sonrosadote, agrandándola hasta que los dientes acabaron pareciendo el teclado combado de un piano.

—No, mucho mejor: ligué. Ciento veinte kilos de pura hembra venida del Este.

—Beni, hostia, déjalo ya..., no quiero saber *na*.

—Pero es que no te la puedes ni imaginar, Vic, casi no cabía en la cama... —El abogado hablaba con la misma pasión con la que hubiese defendido a un condenado a muerte—. Tenía un tatuaje de una caracola en el interior del muslo, y si te acercabas mucho, mucho, mucho..., podías oler el mar, a bacalao concretamente.

Tras fingir un ligero aire de ensoñación, soltó una carcajada.

— Qué raro que eres, joder...

—Ya te lo he dicho antes, Vic, un coñazo *de película, de película*, nunca vi nada igual. — Entre risas, se atusaba los cuatro pelos rubios que le mal disimulaban la coronilla—. Eso es un tatuaje, y no las mierdas que llevan hoy en día esas adolescentes anoréxicas. Me encantaría tener una máquina del tiempo y viajar al futuro para ver a esas jovencitas transformadas en ancianas repletas de hadas en los hombros y *tribals* en la rabadilla, descolgados y fofos.

Víctor, con cara de asco, habló desganado mientras miraba por la ventanilla: no entendía la libido de su amigo.

—No te gastes dinero en una máquina del tiempo, te basta con irte a Benidorm en agosto y pasearte por la playa de los ingleses.

El abogado redobló sus carcajadas.

—Pues la semana pasada conocí a una lituana...

Víctor le interrumpió brusco.

—Beni, léeme los labios: no me des más información de la que necesito, me importa una mierda tu vida sexual. Y ya debemos de llevar por lo menos cinco mojones y aún no hemos llegado al juzgado. El sexto fijo que me cae allí...

—No seas así, Vic, me conoces desde que éramos niños, ya sabes que siempre he tenido gustos raritos con las mujeres, pero también sabes que soy un buen tipo y un excelente profesional...

Víctor fingió voz de falsete para parecer un *showman* televisivo:

—Hoy, en nuestro capítulo de megaconstrucciones, tras el petrolero más grande del mundo, les presentamos... —Simuló un redoble de tambor—: ¡El ego del letrado Benito la Hoz!

Teatralmente dolido ante la broma, el abogado miró con ojos llorosos de perro pachón a su amigo, que siguió hablando:

—Joder, eres un raro de cojones..., cuando acabe este juicio, tengo que borrar tu número.

Benito alzó la voz intentando defenderse.

—¿Solo porque me atraen las chicas rellenitas? Si yo te contara a la gente que conozco en mi profesión... Sin ir más lejos, el otro día me enteré de que hay un concejal del Ayuntamiento de la capital de esta augusta nación, *uséase*, España, hombre de vida impoluta y misa dominical, que por las noches se disfraza de lagarterana y se va con los travelos a prostituirse a la Casa de Campo. Eso sí que es ser un raro de cojones. Lo mío son... pequeñas particularidades.

Benito suspiró paciencizado y tomó resuello. Su cuello carnoso, atrapado por el nudo Windsor de la corbata, le dificultaba la respiración.

—Dejémonos de cháchara improductiva y vayamos a lo nuestro, ¿tienes claro lo que hablamos la semana pasada?

—Como el agua. Sé muy bien lo que tengo que decir delante del juez: es prioritario dejar muy claro que esa puta me intentó chantajear, amenazándome el día de la revisión del examen con acusarme de violación si no la aprobaba.

—Eso es, y recuerda, nada de discursitos grandilocuentes, esas chorradas solo pasan en las películas americanas. Límitate a responder a las preguntas del juez, del abogado y del fiscal, siempre muy educado. Al juez le llamas *señoría*, que no se te olvide... Nos ha tocado Puchol, de la vieja escuela.

—OK.

—Hoy es uno de esos días en los que tienes que meterte el orgullo y la adrenalina por el culo; a los jueces no les gustan los salvapatrias indignados. Nada de rollo reivindicativo estilo perroflauta.

—He pillado la idea, no insistas. Y ale, apriétale un poco a este trasto y cambia de marcha, parecemos un cortacésped.

En el control de seguridad del palacio de Justicia, Víctor tuvo que dejar la navajilla que dos semanas atrás le había regalado en Madrid el pequeño Traian: se había encariñado con ella y la llevaba a todas partes.

—¿Y esa mariconada de cortaúñas? —A Benito le extrañó que su amigo fuese armado como un vulgar sirlero.

—Regalo de un colega.

Con sus cortas patitas moviéndose a toda velocidad por los pasillos del palacio de Justicia, el cuerpo de barrilete de Benito ya empezaba a sudar.

—A ver, Victorito, si has *pillao* el enfoque, cuando el juez te pregunte: «¿Cómo se declara el acusado?», tú ¿qué dices?

—Yo digo: «Muerto de envidia por lo bien que le sienta a su señoría la toga». —El profesor resopló mostrando hartazgo—. Déjalo ya, Beni, lo hemos repasado mil veces y ahora estoy tenso, no me hables.

Víctor caminaba con decisión mirando al frente, intentando eludir los nervios que le atenazaban las tripas.

—No sé cómo pudiste tirarte a ese putón, Vic... —Casi sin resuello, Benito rezongaba entre dientes—. Vale, está buena, pero mírala, es lo más vulgar que he visto en mi vida. Una verdulera, para nada tu estilo.

—Beni, joder, cierra la boca, justo ahora esos comentarios no me animan demasiado. —Al final del largo pasillo, en la puerta del juzgado número tres, estaba ya esperando su exalumna acompañada por el abogado. —Estaba pasando muy mala época: el divorcio de Rebeca, la custodia de Sofía... Se me fue la pinza, y tú eres el menos indicado para dar consejos.

—¡Vaya! Habló el angelito de la guarda... Te recuerdo que vamos a un juicio donde se te acusa de violar a una alumna en el despacho, alumna a la que se le encontró tu semen metido en el culo... —El abogado refunfuñaba entre jadeos.

—Vete a la mierda, Beni... Cada vez que abres la boca, me acojono más.

Cuando llegaron a la puerta del juzgado no hubo saludos. Aún tuvieron que esperar veinte minutos, en medio de un tenso silencio.

—¡¡Víctor Vega!!

El agente judicial comprobó la identidad del acusado con el DNI y, tras ese formalismo, todos pasaron a la sala de vistas.



En el seno de una ciudad rugiente, el colegio mayor que dirigía Claudio Serratosa, junto al campus de Tarongers, era un relicario de serenidad lleno de estudiantes con pajarita a la inglesa.

—Buenos días.

En cuanto Víctor entró en aquel vestíbulo de sobriedad geológica, la naturaleza religiosa de la institución se hizo evidente: un enorme crucifijo de leños sin desbatar, rústico e impactante, colgaba de la pared del fondo, custodiado por una fotografía del Santo Padre Fundador. Bajo el crucifijo, sentado tras el mostrador de recepción, un cura joven con sotana y alzacuellos elevó sus ojillos sobre unas gafitas de montura plateada que parecía haberle robado a su abuela.

—Buenos días nos dé Dios, ¿puedo ayudarle en algo? —Mientras hablaba se frotó las manos melindroso.

—Me espera don Claudio, soy Víctor Vega.

El curita, con una sonrisa pontificia, hizo un par de gestiones por teléfono y volvió a encarar al profesor con su palidez de endibia.

—Le acompaño al despacho de don Claudio, sígame, por favor.

Se adentraron por un pasillo que, forrado de cristaleras, dejaba ver el interior de lo que parecía el comedor de la institución.

—¿Es masculino el colegio? Solo veo chicos... —Víctor preguntó al cura, que se detuvo frente a una de las cristaleras.

—En efecto. Las muchachas están en el colegio de enfrente, justo al otro lado de la avenida. Evita la ocasión y evitarás el peligro... —Rio entre dientes de manera afectada, juntando las manos en señal de plegaria—. Estos chicos tienen las mentes más brillantes del país, y están consagrados al estudio: no deben tener distracciones que les aparten de la pureza espiritual e intelectual.

Víctor sintió un asco instintivo. Habló en tono irónico.

—Vaya, un entorno universitario muy sano, lleno de estímulos y experiencias enriquecedoras...

El joven cura detectó al instante el sarcasmo, borrándosele la sonrisa pontificia que hasta ese momento había sido tan perenne que parecía un rasgo más de su rostro, junto con su naricilla aguilena o el escaso pelo. Habló solemne.

—Los que bailan son locos para los que no escuchan la música. Y le aseguro, señor Vega, que en La Misión sí escuchamos música. Siempre y en todo momento. Música celestial. Ahora sígame, por favor, no debemos hacer esperar a don Claudio.

Quería quitarse de encima cuanto antes a aquel desagradable visitante que obviamente no era un adepto. Subieron unas escaleritas de caracol y llegaron a un minúsculo rellano donde el catedrático, en pie junto a la puerta de lo que parecía ser su despacho, les esperaba con una sonrisa de oreja a oreja. Víctor se quedó sorprendido: ese gesto de bienvenida era poco habitual en él, que acostumbraba a conceder audiencia repantigado en su trono.

—Víctor, hijo mío, cuánto tiempo detrás de ti, dichosos los ojos. Puede retirarse, Abel, gracias por traerme sano y salvo a este buen amigo.

Abel dio la vuelta y se marchó sin decir palabra. Los dos hombres se sentaron en las sillas confidente, quedando el sillón de director vacío tras la mesa. «Demasiada amabilidad... Yo Claudio parece que quiere jugar hoy a que somos amiguitos», pensó Víctor.

—Bueno, ¿qué tal te fue todo ayer? El terreno de la justicia siempre es pantanoso, solo la justicia divina todo lo ve y lo sabe juzgar.

El cátedro enfatizaba el tuteo con tanta condescendencia que su interlocutor se sentía obligado a hablarle de usted.

—Fue todo bien, don Claudio, ahora solo queda esperar el juicio, será dentro de un par de meses, y quizás ni se celebre: después de la audiencia previa de ayer, mi abogado dice que no hay nada de qué preocuparse, esa zo... —Se contuvo a tiempo, sabía que el catedrático no toleraba tacos en su presencia—. Esa chica carece de toda credibilidad.

—Estoy seguro de que todo saldrá bien. Ya sabes que cuentas con todo el apoyo del departamento, no vamos a dejar que una muchacha descarriada que vive en la mentira destroce tu vida.

—Gracias, don Claudio, su apoyo significa mucho para mí.

Desgraciadamente, Víctor sabía que ese apoyo no podía ser material: el departamento tenía un presupuesto muy ajustado.

—¿Y tu hija? Debe de estar ya hecha una mujercita.

—La verdad es que crece muy deprisa, es una niña fantástica.

Víctor estaba intrigado, no sabía para qué le había hecho ir al colegio el cátedro, ni el porqué de tanto rodeo. Solía ser un hombre mucho más directo. Nunca brusco, pero sí directo. Sonó el teléfono.

—Disculpa, hijo mío...

Don Claudio se enfrascó en una conversación sobre un evento festivo que por lo visto se estaba organizando en el colegio. Víctor se entretuvo echando un vistazo al despacho. En un rincón un ficus benjamina celebraba la Navidad luciendo avergonzado entre sus hojas unas guirnaldas alegres y repletas de bombillas de colores. Las paredes estaban repletas de orlas atestadas de retratos de muchachos jóvenes.

—... ese *catering* recuerda que nos falló la última vez...

Don Claudio era miembro custodio del Sacrum Corpus, más conocida como La Misión.

—... he de dejarte, tengo gente en el despacho esperando...

Los custodios eran laicos colaboradores que no tenían por qué guardar celibato, pero Víctor sabía que el catedrático sí había tomado esa opción personal. Por eso no era extraño que no hubiese en el despacho ninguna fotografía de esposa o hijos.

—No quiero entretenerte demasiado, los dos somos gente muy ocupada... —Tras colgar el teléfono, lo miraba con una sonrisa meliflua—. Disculpa que te haya hecho venir hasta aquí, pero mañana salgo para Tokio y estaré fuera más de un mes; la Universidad de Okinawa ha montado un congreso muy interesante sobre lírica medieval europea y estoy en el comité organizador. Aprovecharé para hacer también un poco de turismo, pero quería dejar esta cuestión aclarada antes de irme.

—Usted dirá. —A pesar de la curiosidad que sentía, intentó parecer anodino.

—Hijo mío, creo que ya sabes que soy miembro custodio del Sacrum Corpus. No te viene de nuevas, ¿verdad?

—No, don Claudio, en el departamento todos sabemos que pertenece a esa orden religiosa.

El catedrático de inmediato alzó su dedo índice, puntilloso.

—No te confundas, hijo mío, no te confundas. En los temas de Dios la precisión es importante: los franciscanos o los cartujos sí son órdenes religiosas; los hermanos maristas son una congregación; el Opus Dei es una prelatura; el Camino Neocatecumenal, un movimiento eclesial... Hay muchas organizaciones dentro del mundo cristiano, pero el Sacrum Corpus es otra cosa: el Sacrum Corpus es una sociedad redentora capitular, no dependemos de la Iglesia católica, somos cristianos bautismales. No lo olvides, por favor, hijo mío, no lo olvides...

Víctor aguantó la lección fingiendo interés, mientras su anfitrión sonreía encantado de escucharse: el catedrático solía aprovechar cualquier oportunidad para mostrar cuán docto era.

—Como te decía, hijo mío, hace ya muchos años que soy miembro del Sacrum Corpus, y una buena amiga de La Misión me pidió ayuda. Me he permitido darle tu móvil; te llamará. Es una persona de plena confianza, se llama Pilar Boluda, quizás te suene su nombre.

Por supuesto que sabía quién era Pilar Boluda, la agente literaria con la mejor cartera de autores en lengua castellana. No concedía entrevistas, nunca aparecía en prensa o televisión, y solo se conocían de ella fotografías de su infancia. Su discreción rayaba en la paranoia, pero su fama la precedía: defendía a capa y espada a sus autores como si le fuese la vida en ello.

—Pilar es miembro del Sacrum Corpus desde hace años, una colaboradora fiel que contribuye con su tiempo y, por qué no decirlo, con su dinero, a multitud de proyectos. Bueno, resumiendo, es alguien a quien no se puede decepcionar.

Víctor no sabía muy bien dónde encajaba él en toda esta historia. Don Claudio pareció leerle el pensamiento.

—Y tú te preguntarás, ¿qué tiene esto que ver conmigo? Pues bien, Pilar me ha pedido que intercediera en su nombre: quiere conocerte... y pedirte un favor.

—¿A mí?

—Sí, a ti. —Esbozó una sonrisa alambicada—. No sé de qué se trata, fue muy discreta en eso, y yo, obviamente, no quise violentarla. Pero, Víctor, sea lo que sea lo que Pilar vaya a solicitarte, sería para mí un auténtico orgullo... y entendería como un favor personal el que...

No sabía muy bien cómo acabar la frase: no estaba acostumbrado a pedir, prefería ordenar. Víctor decidió ayudarlo:

—El que mostrara buena predisposición a la hora de hacerle el favor a la señora Boluda. El cátedro sonrió aliviado.

—Eso es exactamente lo que quería expresar.

Víctor dejó pasar unos segundos para no parecer ansioso. Evidentemente, le apetecía conocer a la famosa Pilar Boluda; ella representaba a los más grandes, y sentía curiosidad por saber qué podía necesitar de él una mujer así.

—Delo por hecho, don Claudio.

—¡Estupendo! Sabía que no me fallarías. En el fondo sé que eres un buen chico, algo alocado, pero un buen chico.

El cátedro parecía satisfecho. A Víctor le asqueaba su permanente actitud condescendiente y beata, pero, por otro lado, era un buen profesional y un buen hombre. Como director de su tesis doctoral, le había dedicado tiempo y esfuerzo, cosa de la que no todos los doctorandos podían presumir. Y nunca se había opuesto a los innovadores métodos pedagógicos de Víctor. A cambio de todo ello, solo pedía que le hicieses sentirse César: don Claudio era el que lo autorizaba todo, el capitán del barco.

—De inmediato le comunicaré a la buena de Pilar que estás deseando conocerla. Se alegrará de saber que...

Se le reconocía como un experto mundial en poesía española medieval, especialmente la de corte religioso. Aunque su espíritu era puritano y autoritario, a Víctor siempre le había tratado con respeto. Cuando diez años atrás, al finalizar los cursos de doctorado, fue a plantearle el tema de su tesis doctoral, don Claudio no solo le apoyó con entusiasmo, sino que se prestó a dirigírsela a pesar de que Hugo Mendoza era un auténtico desconocido y su obra estaba muy alejada de los intereses académicos del catedrático. Volvieron a llamar por teléfono.

—¡Qué la floristería dice que no podrá tener preparados los arreglos de crisantemos y orquídeas para la capilla?! ¡Diles que voy a verlos ahora mismo! —Colgó enfadado y volvió a encarar a Víctor—. Hijo mío, ya ves que mis obligaciones me reclaman, te acompaño a la salida.

Por el camino la charla fue animada. Al llegar al vestíbulo, una gran sábana blanca cubría el arranque de la escalera que parecía dar acceso a las habitaciones.

—Don Claudio, ¿y esa sábana?

El curita melindroso los miraba por encima de sus gafitas plateadas, desde el mostrador de recepción.

—Hijo mío, los caminos del diablo son variados y sibilinos, tú lo sabes bien por propia experiencia... —Juntó las yemas de los dedos de ambas manos y regaló a su invitado una sonrisa empalagosa—. Es hora de limpieza de habitaciones, las monjas custodias están ahora realizando su tarea. Los chicos no deben verlas jamás, así evitan cualquier tentación: les hacemos salir de sus cuartos y ponemos esta sábana; un vistazo curioso podría conducirlos a tener pensamientos impuros... tú ya me entiendes.

Víctor sonrió sin ganas ante la mirada de complicidad del catedrático. Aquel ambiente amarillo y triste le hacía sentirse prisionero, rehén en el interior de un hostiario con olor a incienso rancio. Quería salir cuanto antes de allí. Don Claudio pareció percibir su disgusto.

—Hijo mío, deberías recordar las palabras sabias de nuestro Santo Padre Fundador: «Si Dios hizo a la mujer de la costilla del hombre, ¿no parece lógico que la mujer dedique su vida a cuidar del hogar de ese hombre?»... Pues este, querido Víctor, es nuestro hogar.



Caía barro sobre la ciudad dormida, porque la lluvia llegaba cargada de arena del desierto. Tirado sobre los cojines turcos, junto al fuego encendido, Víctor repasaba el capítulo de la tesis de Paloma que le había llegado esa mañana al correo electrónico. Le parecía sorprendente la tremenda dualidad intelectual de su amiga, que era capaz de dividir el tiempo libre que le dejaban las clases en el colegio entre dos actividades diametralmente opuestas: estudiar artículos científicos de probabilística y combinatoria, su especialidad, y redactar páginas delicadas como las que él estaba leyendo ahora, en las que se describían sutiles conexiones entre la obra de Gil de Biedma y la poesía pospoética.

*Que la vida iba en serio
uno lo empieza a comprender más tarde...*

El caserón estaba tranquilo; nada más el crepitar de las llamas y el de la lluvia en la calle rompían el silencio. Aunque era viernes por la noche, Víctor había preferido quedarse en casa, al día siguiente tenía que recoger a Sofía para pasar el fin de semana con ella y no le apetecía tener resaca.

*... envejecer, morir, eran tan solo
las dimensiones del teatro...*

Quería estar al cien por cien para poder disfrutar al máximo de su hija, por eso le dio calabazas a Beni cuando lo llamó para salir a tomar unas copas. Cécile, Kristien y Helmut se habían ido a esquiar a Sierra Nevada.

*... envejecer, morir,
es el único argumento de la obra.*

Al principio Víctor no estuvo seguro de si habían llamado a la puerta o era el crujir de las viejas vigas carcomidas que se combaban amenazadoras sobre su cabeza. Siguió leyendo; los versos de Gil de Biedma eran cautivadores. Cuando escuchó por segunda vez el delicado golpeteo contra la madera, ya supo que alguien llamaba. Se levantó a abrir arrebujándose en la gruesa rebeca de lana que llevaba; lejos del fuego el caserón estaba helado. Al otro lado del vano se encontró con la figura de porcelana de Ana Cifuentes, empapada bajo la lluvia.

—Hola, Víctor, ¿puedo pasar?

—¡Ana, qué sorpresa! Pasa, por favor, adelante. Madre mía, estás calada hasta los huesos. —Al mirarla a los ojos advirtió que había estado llorando—. Te traigo una toalla y te secas un poco. Acércate al fuego, estarás más calentita.

—No, Víctor, no te molestes.

—No es molestia. Haz lo que te digo, no quiero que cojas una pulmonía, esta casa está helada.

Le sonrió y se perdió por el pasillo. Cuando regresó con la toalla, Ana estaba arrodillada frente al fuego, observando las llamas.

—Vives en una casa... fuera de lo común, espectacular.

Víctor supo reconocer la buena educación de su invitada.

—Bueno, es una manera elegante de decirlo. Vivo en una casa que se cae a pedazos, pero es lo único que puedo pagar.

Mientras hablaba le tendió la toalla y ella empezó a secarse el pelo con delicadeza, arrodillada frente a las llamas. Víctor preparó dos copas de güisqui con hielo y se tendió de nuevo en los cojines frente al fuego, observando al contraluz la extraña aparición. Cuando Ana acabó con la toalla, se sintió incómoda, sin saber muy bien qué hacer.

—Siéntate aquí, en el suelo. No hay sillas en esta casa. —Estaba realmente sorprendido, nunca hubiese imaginado aquella visita inesperada—. Toma, te ayudará a entrar en calor.

—Nunca bebo alcohol. —Temblaba como una hoja bajo la lluvia.

—Hoy creo que es un buen día para empezar. No es un güisqui muy bueno, pero seguro que te reanimará.

Ella se incorporó para tomar el vaso y volvió a recostarse. Con su pelo rojizo suelto y húmedo, al contraluz de las llamas, parecía más que nunca una delicada virgen normanda cobijada junto al fuego de Camelot.

—Perdóname, Víctor, no debí haber venido sin avisar. No es propio de mí, pero...

—No te preocupes. Como ves, estoy solo. —Dibujó una sonrisa acogedora—. Y no estaba haciendo nada que no pueda esperar.

Ella se quedó observándolo y, de improviso, rompió a llorar. Víctor se acercó dubitativo: no tenía confianza suficiente como para abrazarla, pero tampoco se sentía cómodo mirándola impasible. Fue ella la que resolvió el dilema recobrando la compostura con rapidez.

—Perdona, Víctor, menudo numerito te estoy montando, no sé lo que me pasa, pensarás que soy una loca que...

—Deja de disculparte, Ana, relájate.

Era obvio que estaba emocionalmente deshecha. Pasaron dos minutos en los que observaron el fuego sin decir palabra.

—Víctor, vengo a preguntarte algo. —Las llamas palpitaban sobre su rostro delicado—. Lo que no me atreví a preguntarte en Madrid el mes pasado.

—Adelante, Ana, no tienes nada que temer.

Ella titubeó.

—¿Tú crees que Hugo..., crees que... podría haber alguna posibilidad de...?

Al final la reina de Camelot acopió el valor suficiente y desenvainó a Excalibur.

—¿Podría Hugo Mendoza estar vivo?



Víctor estaba petrificado. De un trago se acabó su güisqui.

—¿Cómo? Pero... tu marido, bueno, exmarido, en realidad no sé cómo llamarlo.

—Técnicamente es exmarido, me volví a casar hace cinco años.

Ella parecía más calmada después de haber soltado lo que llevaba dentro. Era ahora

Víctor el alterado por culpa de la curiosidad.

—Bueno, Ana, tu exmarido, Hugo Mendoza está muerto. Falleció en un accidente náutico hace...

—Nueve años y tres meses, en noviembre del año 2003.

—Exacto. ¿Por qué me preguntas eso? Yo mismo he estado frente a su tumba.

—Es todo un poco más complicado. Sí, Hugo está muerto, pero... es una historia larga..., larga y confusa...

Él estaba ansioso por saber más: todo aquello le parecía incomprendible, intrigantemente incomprendible.

—Cuéntamela, tengo todo el tiempo del mundo.

Ella reflexionó, como si estuviese alabeando posibilidades.

—Antes de contarte nada necesito que respondas a una pregunta.

—Tú dirás.

Lady Ginebra, incluso con Excalibur en la mano, volvió a dudar.

—Todo esto es totalmente confidencial, el riesgo que corro es muy alto, y si he venido a verte es porque..., porque necesito contarle esto a alguien. No me deja vivir, va a explotarme dentro si no lo comparto. —Se detuvo y dos lágrimas temblaron en su mirada sin decidirse a rodar por las mejillas—. Pero necesito asegurarme de que no me he equivocado al valorarte. Necesito hacerte una pregunta antes de contártelo todo.

—Adelante, Ana, te confieso que estoy intrigado.

Ella le dio un sorbo de pajarito a su vaso de güisqui.

—Sea lo que sea lo que esta noche vayas a escuchar de mi boca..., me prometes..., ¿me prometes que jamás se lo revelarás a nadie?

Víctor no podía creer que aquella conversación estuviese teniendo lugar. Todo le parecía irreal.

—Por supuesto que te lo prometo.

Ella no dijo nada. Tan solo contemplaba los ojos miel de Víctor. Le escudriñaba cada pupila como si creyera que, buceando en su acuosidad, iba a poder escarbar en el cerebro del profesor hasta dilucidar si la respuesta que le había dado era sincera.

—Ana, no nos conocemos demasiado, lo sé. De hecho, las noticias que seguramente estás viendo en la televisión sobre mí no me dejan en muy buen lugar, y pueden quitarme credibilidad...

Ana le interrumpió firme.

—Todo eso no me lo creo, Víctor: alguien que escribe artículos como los que tú escribes no me encaja en el perfil de violador. Sé lo ruines que pueden llegar a ser algunos periodistas.

Durante unos segundos se materializó un silencio sólido como un pedazo de queso, que el crepitar del fuego se encargó de picotear.

—Ana, puedes confiar en mí. Lo que me cuentes esta noche aquí no saldrá jamás de mi boca.

Ella bajó la mirada y dejó caer dos lágrimas.

—Soy una idiota, una idiota cerril. Vengo a pedirte ayuda, a desahogarme contigo... y te insulto desconfiando de ti.

Víctor le tomó la mano y la apretó, como si aquel torniquete fuese a cortar el llanto.

—Ana, deja de decir tonterías y cuéntame esa historia, salta a la vista que te está destrozando por dentro.

Ella alzó los ojos, aún encharcados, pero algo más serenos.

—Ponte cómodo, esto no va a ser sencillo.

Lady Ginebra cerró los párpados como si intentase imaginar una época muy lejana, en tierras míticas llenas de caballeros y dragones. Al abrirlos se encontró a Víctor con las piernas cruzadas y la barbilla apoyada sobre una mano, como si fuese un niño grande esperando ansioso una historia de miedo a la luz de un fuego de campamento.

—El principio implica hablar de mi infancia, hace ya mucho tiempo de esto, tengo treinta y seis años... Dios mío, me siento tan ridícula... —Empezó a darle vueltas a su anillo de casada, como si estuviese desenroscando una espita—. Mi niñez estuvo llena de comodidades y lujos... Mi padre fue un empresario de éxito, se dedicaba a la construcción, y durante los años de Franco hizo una fortuna. La casa que viste en Madrid la compró él, tenía muy buenos contactos en el Ministerio de la Gobernación, era íntimo amigo de Emiliano Gañoso, un falangista que llegó a lo más alto. Con esos enchufes, papá consiguió la adjudicación de la mitad de las casernas de la Guardia Civil que se hicieron en España.

Se detuvo para tomar aire con delicadeza de colibrí, mientras hundía una mirada triste y perdida entre las llamas, como si fuese consciente de que iba a abrasarse las alas al rememorar el pasado.

—¿Estás hablando de los años sesenta? Tú aún no habías nacido.

—Sí, pero lo importante es que te ponga en antecedentes. Mi padre llegó a sonar en los corrillos como ministrable, pero al final Franco cayó enfermo y la cosa no cuajó. Yo y mi hermana pequeña, Bea, nos criamos como reinas. Vivíamos en Madrid y los veranos los pasábamos en Jávea, en un chalé frente al mar, en el cabo de la Nao.

—Conozco el cabo, es espectacular. Los acantilados del faro quitan el aliento.

Ana lo corroboró con una sonrisa asmática.

—Los veranos allí son la época más bonita de mi infancia. Eran mágicos. Soy una apasionada de la vela, y papá tenía un barco con el que salíamos a navegar todos los días. Fueron años en los que no me faltó de nada, pero no creo que sea justo decir que fui feliz... La felicidad es la ausencia de miedos, y yo, desde que tengo recuerdos, he vivido rodeada por ellos.

No apartaba la vista del fuego, como si este la ayudase a afrontar aquella realidad que verbalizaba triste pero sin amargura.

—La verdad es que siempre he sido una persona débil, insegura. Creo que es debido a la sobreprotección que mi madre me dio de niña. Mamá es una santa, la pobre tiene demencia senil muy avanzada ya, pero es la persona más buena del mundo. Yo de pequeña tuve problemas de salud; una neumonía casi acaba conmigo, y ella se volcó tanto en mí que crecí entre algodones. Creo que por eso he sido siempre tan débil, no me enseñaron a afrontar las dificultades de la vida, siempre decidieron por mí, hablaron por mí...

Víctor creyó que era su obligación reactivar la conversación: considerando el estado de ánimo de Ana, regodearse en aquellos pensamientos no le hacía ningún bien. Preguntó lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Así que tienes una hermana?

—Sí, Bea, es un sol, tiene tres años menos que yo. Cuando la conozcas, verás que no nos parecemos en nada. Ella es un terremoto, tiene una belleza salvaje y una energía increíble. A veces esa energía se ha descontrolado y le ha traído problemas... Hubo una época en la que hizo muchas locuras, pero desde que tuvo a su hijo está mucho más tranquila... Ahora solo piensa en el deporte y en su niño.

—Suele pasar. Los hijos nos hacen levantar el pie del acelerador. ¿Cómo se llama tu sobrino?

—Bertito, aunque él odia el diminutivo, tiene ya ocho años y quiere que le llamemos Alberto. Es una ricura. —Ahora Ana sonreía dulce—. Bea y yo estamos muy unidas, nos lo contamos todo. De hecho, me siento culpable porque no le dije que venía a verte. A pesar de ser tan diferentes, nos adoramos, siempre hemos cuidado la una de la otra..., bueno, Bea ha cuidado de mí más que yo de ella, tiene una fuerza que la hace capaz de enfrentarse a todo. Incluido mi padre.

De nuevo se le ensombreció el semblante. Víctor creyó intuir el porqué y decidió escharbar en esa dirección.

—¿Vive tu padre?

—Sí, ya no cumple los ochenta, pero sigue en plena forma. Vive con nosotros en la casa que conoces, mamá está ingresada desde hace tiempo en un centro especializado, a mí me parece un pudridero, un sitio donde esperar a la muerte... Si esto fuese un país civilizado, le habrían puesto una inyección para morir en paz, estoy segura de que ella lo hubiese preferido mil veces. —La melancolía apareció diáfana en su rostro—. Papá no tiene nada que ver con mamá..., siempre me he preguntado cómo llegaron a casarse dos personas tan opuestas. Él es autoritario, chapado a la antigua, de los que piensan que tanto tienes tanto vales..., ya sabes, todo muy tópico: él ganaba el dinero y en casa quería una mujer dócil que a todo le dijese que sí. Mamá tuvo que adaptarse a ese papel, resignarse a sabiendas, porque de tonta no tenía ni un pelo. De haber nacido en estos tiempos, a buenas horas hubiese aguantado. Aún recuerdo verla, yo niña, pelándole las uvas a mi padre para que él se las comiese mientras veía el fútbol...

Víctor guardó un silencio respetuoso: hablar de todo aquello no estaba siendo fácil para Ana. Ella prosiguió con su tono pausado.

—Él la engañó con unas y con otras. No te revelo ningún secreto, era vox pópuli entre la alta sociedad de Madrid. El muy cretino ya ni siquiera va a visitar a mamá, dice que para hablar con un vegetal se compra en el Carrefour una lechuga. Ahora tiene una amiguita, pero no se atreve a traerla a casa. Además, yo se lo he prohibido, ese es ahora mi hogar, y solo le dejo vivir allí porque es mi padre, pero te confieso que ni yo ni Bea sentimos por él ningún cariño.

—No entiendo, Ana, me dijiste que la casa de Madrid que conozco la compró él, ¿por qué dices que esa es ahora tu casa?

—Para entenderlo tengo que contarte qué pasó. Aún queda mucha historia, y Hugo no tardará en aparecer. —Solo con pronunciar el nombre, la voz se le achispó—. Como te dije, yo era una chica muy retraída. Los chicos se acercaban, me invitaban a salir, intentaban ligar...

Dejó caer el rostro con una vergüenza genuina.

—En una palabra, me cortejaban, que se decía antes.

—*Cortejar* me parece una palabra preciosa, antigua y encantadora... Como bordar con las iniciales las fundas de las almohadas.

Él la miró divertido para intentar diluir la densidad de los recuerdos, lo cual hizo sonreír a Ana, agradecida.

—Estoy totalmente de acuerdo, es una lástima que se esté perdiendo esa palabra... Y te confieso que a mí me encanta bordar.

Al profesor no le costó imaginársela con una aguja entre los dedos frente a un bastidor. Serena y delicada.

—Como te decía, los chicos se acercaban, era algo normal, en la época de la que te hablo yo tenía diecinueve años, estaba en segundo de Derecho. Pero a mí no me interesaban, nunca había estado con nadie ni me apetecía. He de confesar-te que ni tan siquiera había..., había dejado que me besasen todavía. —Se sonrojó de un modo que a Víctor le pareció encantador—. Bea se burlaba de mí llamándome *ameba asexual*. Ella, con dieciséis años, tenía un novio diferente cada semana, pero a mí me daba igual, me bastaba con estar con mamá y

con mi hermana, y con mis tres o cuatro buenas amigas que me entendían. Sencillamente, me daba miedo que me hiciesen daño, los hombres me parecían... pillos inmaduros que iban a lo que iban.

—Hasta que Hugo se cruzó en tu camino.

—Eso es. —A Ana se le iluminó la mirada—. La verdad es que fue gracias a mi padre, cosas de la vida...

La lluvia sobre el tejado mordisqueó el silencio, humedeciéndolo.

—Fue en el verano del noventa y cinco, nunca lo olvidaré... Papá había comprado un nuevo velero más grande, un *ketch* de dos palos precioso, *Rimbombante*, se llamaba. Nuestro amarre en el puerto de Jávea era demasiado pequeño para el nuevo barco, por lo que tuvimos que comprar uno más grande en el puerto de Denia, que está a veinte minutos del de Jávea. Ese verano, todas las mañanas, cogíamos los bártulos y nos íbamos mamá, papá, Bea y yo a navegar con *Rimbombante*. Hugo era monitor de vela para chavales en el Club Náutico de Denia.

—¿Amor a primera vista? —Víctor trabajó una mueca pícaro.

—Sin duda. Con Hugo sentí lo que nunca antes había sentido por ningún chico... Era el ser más dulce que jamás he conocido. —La luz de sus ojos parecía ahora abrasar más que el fuego de la chimenea—. Tenía en esa época treinta y siete años, aunque físicamente parecía más joven. Era una persona introvertida, muy reservada, le costaba coger confianza... De hecho, cuando más feliz se le veía era trabajando con los niños.

Suspiró para intentar sacar de su interior la melancolía.

—Víctor, esto es muy íntimo, pero... lo que me enamoró de él fue su delicadeza, su fragilidad... —Habla obnubilada—. En cierto modo, éramos muy parecidos, por eso me sentía tan cómoda con él. Leí en algún sitio que hay investigaciones en psicología que han demostrado que el dicho popular sobre que los polos opuestos se atraen es falso: son las personalidades parecidas las que forjan las parejas más estables y con más capacidad para quererse. Sin duda, ese fue nuestro caso. Nos enamoramos como dos tontos, al instante.

A Víctor toda aquella historia le resultaba cautivadora, estaba averiguando todo aquello que fue a buscar al pisito de Torrejón diez años atrás: la vida de Hugo Mendoza contada de primera mano.

—¿Cómo llegó Hugo a Denia? Su pasado es tan oscuro...

—No solo es oscuro para el público en general, también lo es para mí, que fui su mujer. —Apretó los labios para soportar mejor la angostura del güisqui y de los recuerdos—. Él nunca me lo confesó, pero yo siempre pensé que Hugo se pasó la vida huyendo de algo que le sucedió mucho antes de que nos conociéramos. Era obvio que algo en su pasado lo atormentaba, algo tan turbador que incluso a mí me lo ocultó siempre. De hecho, a los pocos días de conocernos, una noche que fuimos a bañarnos a la Cova Tallada...

—Esa cueva es increíble.

—Sí, allí, allí nos dimos nuestro primer beso. —Ana, azorada, se ruborizó—. Y fue también allí, en la Cova Tallada, antes de besarnos por primera vez, donde me dijo que para que pudiésemos estar juntos era esencial que nunca le preguntase sobre su pasado. Su vida antes de conocerme no tenía importancia, no debía escharbar en ella. Yo se lo prometí y mantuve siempre mi palabra. Esa noche nos hicimos novios.

De nuevo se sumergió en el fuego antes de seguir hablando.

—Novios..., otra palabra que se está perdiendo. ¿Por qué será que la gente cada vez teme más a las palabras románticas?

—Seguramente es por culpa de la maldita programación neurolingüística, que nos tiene a todos *acojonados*. —Víctor estaba ansioso por saber cómo continuaba la historia—. Aclárame una cosa, Ana, ¿me estás diciendo que te casaste con un hombre del que desconocías su pasado? ¿Nunca le preguntaste dónde nació, quiénes eran sus amigos...? ¡Parece increíble!

Ana sonrió.

—Víctor, ¿alguna vez te has enamorado?

No se esperaba esa respuesta en forma de pregunta, que le cogió desprevenido. Ella retomó la palabra.

—Veo que no... Cuando dudas, es siempre que no.

Víctor intentó defenderse, pero calló a tiempo: nadie lo estaba atacando.

—Hay chicas que se enamoran de malotes, su peligro les genera morbo. A otras, como a mí, nos pasa todo lo contrario. Siempre he pensado que los hombres que más se empeñan en exteriorizar su virilidad son los que interiormente están más cargados de inseguridades y complejos. Siempre me han repelido los machos alfa tipo El Duque, ese de *Sin tetas no hay paraíso*... No sé, me dan penita...

Antes de proseguir sonrió tímida, como si pidiera disculpas.

—Cuando conocí a Hugo me enamoré de él al darme cuenta de que era de esa clase de hombres que sabes que nunca te hará daño. No, al menos, conscientemente. Por eso todo lo que ha pasado después me parece tan inexplicable...

Su rostro, de repente, reflejó una pena inmensa.

—Pero tienes razón, Víctor, parece increíble que me casase con un hombre del que lo desconocía todo. Pero me enamoré de él como jamás lo he estado de nadie, y sé que si hubiese roto mi palabra y le hubiese preguntado por su pasado..., sé que Hugo se habría ido de mi lado. Lo que le atormentaba estaba muy dentro de él, era muy..., cómo decirlo, creo que la palabra adecuada para describirlo es *telúrico*. Enraizado en sus entrañas. Por supuesto que yo sentía una curiosidad tremenda, pero por nada del mundo iba a poner en riesgo estar junto a él. Ahora supongo que entenderás por qué fui tan discreta cuando viniste hace diez años a preguntarme sobre su vida: sencillamente no sabía nada de ella.

Él asintió antes de que Ana retomara el relato.

—Yo lo atribuí a tu estado de ánimo tras su fallecimiento.

—No, Víctor, la verdad es que yo sabía sobre su pasado lo mismo que sabía todo el mundo en el puerto de Denia: nada. Había llegado una mañana de invierno a bordo de su velerito, el *Quimera*, seis años antes de yo conocerle, en las Navidades del año ochenta y ocho. Pidió trabajo, y cuando vieron en el club náutico que era un marinero excepcional y se llevaba bien con los niños, lo contrataron como monitor de vela. El sueldo era una miseria, pero él no necesitaba mucho para vivir. Compartía casa con un pescador viudo del pueblo y prácticamente no se relacionaba con nadie fuera del trabajo. Si preguntas, todos te dirán lo mismo: era agradable y dulce, poco hablador, físicamente pequeñito, fibroso pero delicado... —Cerró los ojos como si intentase paladear con mayor deleitación un buen vino—. Se pasaba el día navegando y escribiendo, esa era su vida. Eso es todo lo que te dirían por Denia si preguntases... y eso es todo lo que yo puedo contarte.

—Ya veo. ¿Cómo se tomó tu familia el noviazgo?

Ana se despabiló ante la pregunta.

—Al principio intentamos disimularlo, me daba miedo la reacción de mi padre. Pero nos pasábamos el día juntos y se me acababan las excusas. Cuando acabó el verano reunimos valor y... una noche lo llevé a cenar a casa. Lo presenté como mi novio.

—¿Y lo aceptaron?

—Qué va. Mi padre no abrió la boca en toda la noche; gracias a Dios, mi madre distendió el ambiente. Al irse Hugo, papá me montó un numerito. Según él, yo era muy joven, Hugo era muy mayor y, además, no tenía dónde caerse muerto. Ahí radicaba el problema: si Hugo hubiera sido el hijo de un rico empresario, a mi padre se le hubiese caído la baba. Pero Hugo no tenía dinero..., así es *papá*.

—¿Y qué hiciste?

—Algo increíble: por primera vez en mi vida me enfrenté a alguien. Le dije a mi padre que Hugo era mi novio, si lo aceptaba, bien, y si no lo aceptaba, haría las maletas y me iría a vivir con él.

—¿Cómo reaccionó?

—Se puso hecho una furia. Dijo que si me iba a vivir con ese pelagatos cazadotes se plantaba en el club náutico y le pegaba dos tiros «al marinerito». Pero mamá y Bea me apoyaron a muerte, adoraban a Hugo. En realidad, todo el mundo adoraba a Hugo excepto papá. Mi madre poco a poco le fue haciendo entrar en razón, y con el tiempo, gracias a ella y a la paciencia de Hugo, la convivencia fue posible. Cada vez que nos juntábamos todos, papá soltaba provocaciones idiotas del tipo: «Ya ha venido a cenar el *artista* de la familia, ¡a ver cuándo las gambas las pagas tú!». Pero Hugo nunca entraba al trapo, era lo suficientemente hombre como para saber que haciéndolo se hubiese puesto a la altura del cerril de mi padre.

—Menudo elemento, el señor Cifuentes...

Ella asintió con rostro resignado.

—Ana, por lo que dices, Hugo ya escribía en esos años de noviazgo.

—Mucho, sobre todo por las noches. Eso sí, jamás me dejó leer ni una línea. —De nuevo se ensimismó, volviéndose pequeñita, replegándose hacia dentro como el chubasquero de un senderista hecho bola—. Pienso que escribía sobre todo para aliviar la tensión interior que le generaba ese pasado tormentoso del que nunca me habló. Yo lo animaba a que enviase algo a una editorial, pero Hugo decía que eran cosas suyas. Escribía para él.

Eso explicaba, pensó Víctor, que no hubiese ninguna referencia, nada publicado a nombre de Hugo Mendoza previo a *Botavara*. La mayoría de los escritores de ese nivel ya habían ganado en su adolescencia algún premio literario juvenil, o tenían publicados relatos cortos o cuentos. Pero la obra de Hugo Mendoza aparecía de la nada.

—Nos casamos al año siguiente. Yo tenía que seguir estudiando y nos fuimos a vivir a Madrid. Fue un sacrificio muy grande para él, estar lejos del mar le resultaba insoportable, pero sabía que mis estudios eran importantes para mí. Eso sí, todos los fines de semana que podíamos nos escapábamos al chalé de Jávea y los dos solos navegábamos durante horas a bordo del *Quimera*, casi sin hablar. Eran unos fines de semana muy..., muy místicos.

—¿Dónde vivíais en Madrid?

—Al principio nos instalamos en la casa del barrio de Salamanca que conoces, con papá, mamá y Bea. Pero la convivencia se hizo insoportable. Mi padre puede llegar a ser muy cretino si se lo propone. A los pocos meses Hugo encontró un trabajo en el centro, en una academia de español para extranjeros, y con su sueldecito nos alquilamos el piso de Torrejón en el que estuviste. Yo iba a clases en la facultad, y él por las mañanas trabajaba y por las tardes escribía. Esa era nuestra vida, sencilla pero feliz. Cuando acabé la carrera, mi padre insistió en que entrase a trabajar en la empresa familiar, pero yo me negué.

—Supongo que el señor Cifuentes no reaccionaría demasiado bien...

—Imagínatelo, montó en cólera. Le echaba las culpas de todo al pobre Hugo. Pero a nosotros nos daba igual. Conseguí un puesto de cajera en el Banesto y con los dos sueldos vivíamos la mar de bien... Hugo y yo no teníamos ambiciones económicas, éramos felices con poco. Mi abuela materna, al morir, nos dejó a Bea y a mí una buhardilla muy pequeña en la calle Alcalá, y allí Hugo montó su estudio. Se llevó todos sus libros y papeles, y su ordenador. Todas las tardes se iba allí a escribir, aquel era su reino; nosotras lo sabíamos y no nos entrometíamos. Fueron unos años maravillosos.

De nuevo el fuego y el pasado parecieron embrujarla.

—Un año antes del accidente las cosas empezaron a cambiar. Algo le pasó a Hugo. Él siempre había sido reservado, pero conmigo se abría. Sin embargo, durante ese último año hasta en casa parecía ausente. Se volvió taciturno, asustadizo...

—¿Tienes idea de cuál fue la causa?

—No lo sé, Víctor, pero... se marchitó, incluso perdió peso. No quería salir de casa y hasta el estudio de la calle Alcalá lo tenía medio abandonado. Yo insistí para saber qué le pasaba, pero nunca me respondió más que con evasivas. Decía que eran cosas de mi imaginación, él estaba bien..., pero yo siempre he sospechado que algo de su pasado, de ese lado oscuro de su

vida que nadie conocía, de algún modo había vuelto... Y entonces se produjo el maldito accidente.

Suspiró con resignación de mulo de noria.

—¿Qué es lo que recuerdas de ese día Ana?

Ella tragó saliva.

—Fue un fin de semana de noviembre muy frío. Hugo se fue a Jávea, le apetecía navegar, pero yo no pude acompañarlo. Bea se había ido a Berlín a unas competiciones con el club de natación, y mamá me pidió que la ayudara a preparar una cena de compromiso que papá había montado en casa para un montón de gente importante. Él estaba de viaje de negocios y mamá tenía que organizarlo todo, necesitaba ayuda. —Una lágrima no se atrevió a surcar sus mejillas y Ana tuvo que evacuarla por la garganta, sintiendo su rastro amargo—. Siempre he pensado que si yo hubiese ido a Jávea ese fin de semana podría haber evitado que... Se rehízo y prosiguió con entereza. —El sábado por la mañana llamé a Hugo al chalé: se acercaba un temporal muy fuerte hacia la costa de Alicante, con vientos que podían alcanzar fuerza doce; le dije que ni se le ocurriera salir al mar. Estaba muy raro, me respondió con monosílabos y parecía que en cualquier momento iba a romper a llorar... Pero llevaba un año muy raro, no le di mayor importancia. Sí recuerdo que antes de colgar le pregunté: «Hugo, ¿te pasa algo? ¿Estás bien?». Se quedó en silencio, como si deseara contarme algo, pero no se decidió. Su respuesta fue de compromiso: «Sí, cariño, estoy bien, no te preocupes por mí». Esas fueron las últimas palabras que oí de su boca, las tengo grabadas a fuego aquí... en mi cerebro.

Las lágrimas volvieron a temblarle en los ojos, muertas de frío. Tal vez por eso no se atrevieron a abandonar el abrigo de los párpados.

—Con todo el trabajo que teníamos mi madre y yo, no volví a pensar en ello. Al día siguiente me llamó la Guardia Civil: la tarde del sábado Hugo había salido a navegar con el *Químera*. Me quedé petrificada. Nadie se lo explicaba, durante la mañana del sábado el tiempo había sido bueno, pero ya al mediodía se había levantado un temporal huracanado. Ni los más viejos del lugar recordaban algo así.

—Y a pesar de eso, ¿Hugo salió a navegar? Parece increíble...

—Es increíble, Víctor. A las seis de la tarde el responsable de radio del club lo vio salir por la bocana, solo al timón. Intentó ponerse en contacto con él, pero Hugo tenía los equipos del *Químera* apagados. —De nuevo se ensombreció su rostro—. Encontraron los restos del barco, destrozados, el domingo por la mañana, frente a la isla del Descubridor, muy cerca de donde nosotros tenemos la casa. No había rastro de Hugo. Hasta el domingo por la tarde no se calmó el temporal y fue entonces cuando la Guardia Civil empezó la búsqueda. Nos fuimos toda la familia de inmediato a la casa de Jávea, a esperar un milagro. Tres días más tarde apareció el cuerpo, cincuenta millas mar adentro.

Mordisqueaba las palabras ensimismada, en voz baja, como si recordando todo aquello estuviese cometiendo un sacrilegio.

—En honor a la verdad, he de decir que papá se encargó de todo. Yo estaba desquiciada. Él estuvo al pie del cañón y en contacto permanente con la Guardia Civil, y luego organizó el funeral y no dejó que yo me dedicara a otra cosa que no fuese..., pues a desmigajarme viva. El cadáver estaba deshecho, el mar lo había estado vapuleando durante tres días, y las alimañas habían empezado a... —La mirada se le quedó de nuevo perdida—. No pude ni ir a identificarlo, estaba destrozada.

—Debió de ser muy duro.

—Sí, lo fue. Me pasé semanas con mamá y con Bea llorando, encerrada en el chalé de Jávea, imaginándome, como si estuviese loca, que Hugo aparecería un día por la puerta tan tranquilo, ajeno a todo lo sucedido... Me sentía culpable por no haber estado al lado de mi marido cuando, obviamente, algo le sucedía... Se trastornó, enloqueció por alguna cosa, si no, no hubiese salido a navegar..., conocía el mar mejor que nadie.

Víctor la escuchaba atento, sin atreverse a interrumpir.

—El siguiente año fue terrible. Quería morirme. Aunque suene ridículamente melodramático, sentía que había desaparecido la razón de mi existir. Volví a casa de mis padres buscando refugio..., pero la pérdida de Hugo fue solo el primero de mis problemas. Te lo resumo: se me había muerto el amor de mi vida en un accidente incomprensible, mi hermana se largó, y la familia se arruinó.

—Vaya... Un *annus horribilis*.

—Nunca mejor dicho. —Volví a contemplar el fuego, que proyectaba sombras trémulas por el enorme vestíbulo—. Mi hermana Bea, tras una pelea terrible con mi padre, una mañana se despidió de mí y de mamá y desapareció. No era la primera vez que lo hacía, ya antes se había largado escapando de papá... Bea es muy impulsiva, y el control y la rigidez que reinaban en esa casa...

Cabeceó con condescendencia cariñosa.

—Bea siempre ha sido caprichosa, y cuando conseguía lo que quería, se aburría enseguida de ello. Eso desquiciaba a mi padre. Tuvo problemas con las drogas, nada grave, pero tonteó con ellas... Esta vez, por lo menos, se despidió antes de irse...

—Tu hermana debe de ser una mujer de carácter.

—Ya lo puedes decir, en esa época estaba como una cabra. —Por primera vez a lo largo de la conversación, sonrió con ganas—. Dos años después apareció con un regalito: Berto. Bea había estado por Sudamérica «disfrutando de la vida». En Costa Rica conoció a un hombre y nació mi sobrino, que llegó aquí con un añito. Imagínate si es fuerte mi hermana, en la otra parte del mundo, sola y con un bebé.

Él notó cierta envidia sana en sus palabras.

—Bea se lo suavizó a mamá diciendo que se enamoró y... cosas de la vida. A mí me confesó la verdad: fue un lío de una noche en Puerto Viejo, nunca volvió a saber nada del padre de Berto. Al enterarse de que estaba embarazada, decidió que le apetecía ser madre: así es Bea, impulsiva, todo energía. —Suspiró de nuevo—. Ella y Bertito viven ahora con nosotros en casa... Menos mal, sin ellos aquello sería un cementerio. La verdad es que ser madre la reformó, ya te lo dije antes, ahora solo piensa en su hijo y en el deporte.

Víctor se acercó al armario leñero. Sacó un viejo escabel raído por los años, lo arrojó sin contemplaciones a la chimenea y volvió a sentarse. Ana lo observó extrañada, pero no dijo nada.

—Sigue contando, por favor, toda esta historia es interesantísima y muy literaria si me lo permites. Dices que ese mismo año en que huyó tu hermana, la familia, además, se arruinó.

—En efecto. Mi padre nunca había sido un empresario, sino un hombre de influencias y contactos, y cuando le fallaron sus amigotes, la cosa se desmoronó. Invirtió una fortuna en unas tierras yermas en la provincia de Toledo, en medio de la nada. Eran rústicas, pero ya había sobornado al Ayuntamiento para que se las recalificasen como urbanas, tenía previsto construir en ella una macrourbanización. Luego papá se gastó otra fortuna untando a gente en el Ministerio de Fomento, para que la autovía de Andalucía se desviara de su trazado original y pasase cerca de la zona, de forma que gente de Madrid capital comprase los adosados. —Su rostro se llenó de repulsión—. Vamos, no me da vergüenza reconocerlo: mi padre era el típico chanchullero, tan habitual en este país, en el que muchos delincuentes tienen la poca vergüenza de hacerse llamar empresarios. Solo le faltaba ser presidente de un club de fútbol para tener la estampa completa. Pero a papaíto le salió mal la jugada.

—¿Y eso? Esos pasteleos suelen estar muy bien atados.

—El destino. En las dehesas que había adquirido mi padre, unos botánicos de la Complutense localizaron unas florecillas aparentemente insignificantes que resultaron ser endémicas. Por lo visto era un descubrimiento importante. Los ecologistas empezaron a hacer campaña y a exigir la protección del área. Papá tuvo que seguir gastando dinero para aplacar conciencias, pero la gente de Greenpeace sacó a la luz toda la porquería de las recalificaciones. Fue un escándalo político, rodaron un par de cabezas de alcaldes y consejeros. El Gobierno

autonómico, con las elecciones cerca, quiso sacar pecho ecologista y declaró todo aquello reserva natural. —Ana sonrió sin malicia, pero complacida—. A papá casi le da un ataque, había metido todo lo que tenía en ese proyecto... Lo que tenía y lo que no tenía, porque se había financiado avalando con todas sus propiedades: y, a cambio, poseía miles de hectáreas en las que no podía construir ni una caseta para el perro. Se sentía avergonzado, indignado..., quería morirse. ¡Él arruinado! Inconcebible.

Su tono ahora era irónico.

—Es paradójico, unas inofensivas florecillas habían acabado con el ego más grande y déspota que he conocido jamás... Justicia poética, creo que lo llaman.

Ana se quedó observando cómo el fuego devoraba ansioso el terciopelo del escabel.

—¿Y qué sucedió entonces? ¿Cómo os salvasteis?

Ella lo miró muy solemne y orgullosa:

—El que nos salvó fue Hugo.

—¿Hugo?!

—Te explico. Los bancos empezaron a ejecutar y a embargar. La casa de Madrid, el chalé de Jávea, el velero, el apartamento de Baqueira, solares..., todo iba a perderse. Papá y mamá se fueron a vivir al pisito de Torrejón conmigo, que, al estar a mi nombre, era intocable. Imagínate la humillación de mi padre, viviendo del sueldecito de cajera de su hija en un pisito de barrio obrero. Fue una cura de humildad en toda regla.

—Me lo puedo imaginar.

—Pero entonces sucedió un milagro. —Sonrió, esta vez con brío—. Hugo, aunque muerto, vino en nuestro auxilio.

—Explícate, Ana, me tienes en ascuas.

Ella se acabó su güisqui antes de continuar:

—Una tarde recibí una llamada de teléfono. Era Rodrigo Botet, el propietario de Ediciones Cariátides, desde Barcelona. Por aquel entonces Cariátides estaba a punto de desaparecer, sus títulos eran viejos y ya nadie los compraba, poesía y novela del XIX...

—Sí, la conozco bien, Cariátides es un clásico del mundo editorial menos comercial.

Ana asintió. Tras el llanto, su rostro lucía sombrío pero atractivo, fresco como la atmósfera tras un chaparrón de verano.

—Rodrigo, que ahora es un buen amigo, llevaba meses intentando localizar a Hugo, desde poco después de su muerte, de la que no tenía conocimiento. Al final consiguió nuestro teléfono de Torrejón. Por lo visto, Hugo, poco antes de morir, le había enviado el manuscrito de *Botavara*, y a Rodrigo, claro está, le encantó. Estaba entusiasmado con el libro.

Víctor, antes de preguntar, se mordió la lengua, pensativo.

—¿Conocía Hugo a Rodrigo? ¿Por qué envió a Cariátides el manuscrito, una editorial tan pequeña?

—Yo también me lo he planteado en muchas ocasiones. Rodrigo y Hugo sí se conocieron. Yo no lo sabía, pero Hugo le llevó personalmente a Barcelona unos cuentos. Fue la única vez que se vieron. Rodrigo le pidió más material, y mi marido le envió el manuscrito de *Botavara*. El resto de la historia ya lo conoces: los libros de Hugo ya han vendido en todo el mundo treinta y seis millones de copias, y creciendo. Teniendo en cuenta un precio medio de veinte euros, no hay más que multiplicar. Eso sin contar los derechos cinematográficos. De esos ochocientos millones de euros, los herederos de Hugo, en este caso yo soy la única, nos llevamos un doce por ciento.

Aquellos cálculos, expuestos por una persona de naturaleza tan etérea, no tenían el menor rastro de soberbia.

—Víctor, te hablo de dinero para que entiendas que Hugo, además de un referente literario, es un gran negocio para mucha gente: el restante ochenta y ocho por ciento de esos ochocientos millones llena muchos bolsillos. Ahora comprenderás cómo pude reflotar el patrimonio familiar. Eso sí, en la negociación con los bancos para saldar las deudas de mi padre

todo pasó a estar a mi nombre: él es un invitado en mi casa, pero vive de una pensión no contributiva de miseria. Obviamente, yo corro con todos sus gastos, si no, sería imposible que llevara el estilo de vida que le gusta. Con lo que él ingresa no podría pagar ni la cuota del Casino de Madrid, del que es socio de toda la vida.

—Es curioso, Ana, al final de la historia tu padre vive de Hugo... al que consideraba un paria.

—En efecto, y sé que es algo que le corroe por dentro. —Esbozó una leve sonrisa amarga—. Y no te lo negaré, me alegro por ello.

Lo dijo sin ningún tipo de emoción.

—Por lo que me cuentas, Hugo no tenía ningún agente literario ni nada por el estilo.

—No, ni intención de publicar. Ya te lo dije, cuando yo le animaba a enviar algo a una editorial, siempre me respondía que él solo escribía para sí mismo. Por eso me sorprendió tanto la llamada de Rodrigo. Yo no tenía ánimos para nada en esa época, entre lo de Hugo, los problemas económicos de la familia, sin Bea a mi lado... Pero Rodrigo me hizo entender que *Botavara* era un libro genial, y permitiría que todo el mundo supiese quién fue Hugo Mendoza. Y tenía razón. Los libros de Hugo son Hugo...

De nuevo se le nublaron los ojos por culpa de la nostalgia.

—Leerlos es como estar delante de él, escuchando sus reflexiones, su manera de entender la vida... Son él.

Ana estaba inmersa en uno de esos momentos dolorosos, llenos de nostalgia, que a la vez generan un placer morboso. Víctor no pudo evitar verse a sí mismo frente al espejo rabiando mientras apretaba un poro, hasta contemplar con deleite cómo brotaba el sebo. Placer y dolor. Catarsis purificadora.

—Tras el éxito de *Botavara*, empezaron a agobiarme montones de editoriales y representantes literarios, todos al olor del dinero. Pero yo ya había trabado una amistad sólida con Rodrigo. En este mundo de sanguijuelas en el que se ha transformado la publicación de libros, él es un verdadero ángel, uno de esos editores de antes que adora su oficio. Otros grupos editoriales mucho más fuertes nos han tentado, pero Hugo decidió enviar su manuscrito a Cariátides, y jamás me hubiese atrevido yo a cambiar su decisión. Antonio insiste en que debemos irnos a otro sello, pero yo lo tengo claro.

—¿Antonio?

—Antonio es mi marido.

La frase sonó extraña, y creó un breve pero incómodo silencio.

—Las ediciones extranjeras de *Botavara* requerían contratos complejos con distribuidores en otros países, y todo aquello le venía grande a Rodrigo. Recurrimos a un despacho especializado de Barcelona. Allí conocí a Antonio, nos caímos bien, él me aportaba tranquilidad... Acabamos casándonos tres años después.

Víctor intentó disimular su asombro, pero Ana lo captó al instante.

—Si te digo la verdad, yo también me pregunto, como tú te estás preguntando ahora, cómo pude casarme si seguía enamorada de Hugo... —La verbalización de esos pensamientos la dejaron aturdida—. No sé cómo puedo estar contándote esto, apenas nos conocemos...

Al profesor le impresionó aquella apabullante sinceridad: la mayoría de las mujeres que conocía no habrían sido capaces de confesar, sobre todo ante sí mismas, una realidad tan descarnada. Pero tras la aparente delicadeza de Ana, parecía esconderse un espíritu lleno de coraje.

—Antonio no tiene nada que ver con Hugo. Es un hombre... prosaico, terrenal. Es práctico, ambicioso, trabajador, muy responsable y transparente. Al mes de conocerlo ya era como un libro abierto para mí.

—No sé si debería decir esto, Ana, pero... —Víctor hablaba con precaución, sabedor del terreno peligroso que pisaba—. Yo creo que cuando tu pareja es como un libro abierto para ti, la relación está muerta.

Ella asintió, de nuevo resignada.

—No te preocupe ser cruel, Víctor. Pienso lo mismo que tú. Antonio me quiere, y me cuida mucho, y...

No sabía cómo expresar su desazón. Tras unos segundos, decidió atajar por el camino de en medio para evitar tanto circunloquio.

—Para qué negarlo: no estoy enamorada de mi marido, no lo he estado nunca. No al menos de la misma forma... Con Hugo fue todo muy diferente. Pero ya habían pasado cuatro años desde el accidente, y yo no sabía cómo salir de un pozo que seguía igual de oscuro que el primer día. Me sentía enormemente sola, necesitaba a alguien a mi lado, quería ser madre... y apareció Antonio.

A Víctor le pareció estar escuchando a su exmujer Rebeca hablando de su actual pareja: ambas habían buscado, consciente o inconscientemente, un compañero de viaje. Una relación Samsonite.

—¿Todavía..., todavía echas de menos a Hugo?

—Víctor... —Dejó pasar el tiempo, con una sonrisa triste y pensativa flotando en sus labios—. Cuando se va alguien al que has querido, crees que echas de menos a la persona, pero eso es un espejismo. Lo que echas de menos son las emociones que viviste con esa persona. Te echas de menos a ti mismo sintiendo lo que sentías..., en realidad, es puro egoísmo.

El profesor supo que aquel camino psicoanalítico, como todo el análisis freudiano, era hermoso, pero no llevaba a ninguna parte. Decidió tomar otra vereda más práctica y transitable.

—Se te cae la baba cuando hablas de tu sobrino Berto, te gustan los niños, Ana, eso se nota... ¿Por qué Hugo y tú no tu-visteis familia?

—Nos apetecía un montón, pero lo planificamos para un poco más adelante. Creíamos que teníamos todo el tiempo del mundo... y resultó ser que no. Hace poco más de dos años me quedé embarazada. Estaba solo de un par de meses cuando Antonio tuvo un grave accidente de coche, casi se mata... —Sus palabras destilaban amargura, eran una especie de melaza pegajosa y lejana que parecía haber sido recolectada por entre el ramaje de sus recuerdos—. Estuvo ingresado en la UVI durante semanas, toda aquella tensión me afectó mucho... y tuve un aborto.

En un gesto que a Víctor ya le resultaba familiar, Ana empezó a rodar obsesivamente su anillo de casada, estrangulándose por dentro.

—¿Por qué no habéis vuelto a probar?

—Ese fue el segundo intento, ya había tenido antes otro aborto espontáneo... Soy de cadera estrecha, mala paridora... —Una sonrisa de pulpa ácida se dibujó en su semblante—, nadie me querría en una feria de ganado.

Víctor intentó transformar aquella sonrisa de pomelo en una de mandarina:

—Eres aún joven, Ana, seguro que si lo volvéis a intentar esta vez todo sale bien.

Pero la mandarina no apareció por ningún lado.

—Antonio y yo hace tiempo que no estamos bien. Es por culpa de esos malditos libros, es todo culpa mía... —La congoja empezó a inundar su rostro—. Hemos decidido que en unos meses me someteré a un tratamiento de fertilidad, pero... no estoy convencida... Es todo culpa mía...

Sin previo aviso, rompió a llorar de nuevo. Víctor esta vez sí supo lo que tenía que hacer: la abrazó hasta que el llanto se detuvo.

—Toma. —Le tendió un clínex. —Gracias, menudo espectáculo estoy dando.

—No seas tonta. Cuéntame, ¿qué está pasando con esos malditos libros que te altera tanto?

Ana se tomó unos segundos para limpiarse las lágrimas. Por fortuna, su rostro de porcelana no llevaba maquillaje alguno.

—Todo empezó poco antes de las Navidades del 2010, hace ahora algo más de dos años. *Botavara* llevaba tiempo siendo un éxito arrollador, yo estaba casada con Antonio, y en

casa, con Bea y Bertito, al menos se respiraba cierta alegría... Mal que bien me convencía a mí misma de que era feliz. Tal vez la palabra felicidad es demasiado grande, más bien estaba tranquila con la vida que llevaba: no había olvidado a Hugo, pero formaba parte de un rincón de mis recuerdos que mi ordenada vida contribuía a mantener en un segundo plano. Y entonces, ese mes de diciembre, el día tres por la mañana...

Víctor estaba a punto de reventar de curiosidad. Ella prosiguió:

—El cartero trajo a casa un paquete. Iba a mi nombre, el matasellos era de Madrid y no tenía remite. Dentro encontré una caja de zapatos... Al abrirla, me topé de nuevo... —Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos—. Hugo volvió a pasar al primer plano de mi vida como un ciclón.

Lloraba de nuevo con amargura. Esta vez él creyó más conveniente dejar que se calmase por sí sola. A los pocos minutos Ana prosiguió.

—La caja de zapatos contenía quinientas páginas mecanografiadas. La primera solo llevaba un título: *Pan con chocolate*. Sin autor ni ninguna referencia de quién había escrito todas esas hojas. Pero, al leerlas, no había duda alguna..., era Hugo en estado puro.

Víctor estaba anonadado: no podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿Qué?! ¿Me estás diciendo que la segunda gran novela de Hugo Mendoza te llegó a casa por correo dentro de una caja de zapatos seis años después de que él muriese en el accidente?!

—Eso es.

Ana, como si no fuese consciente de lo sorprendente de aquella revelación, permaneció unos segundos contemplando en silencio la chimenea: jabardillos de pavesas saltaban entre los maderos, riéndose del fuego como si fuesen chiquillos traviesos. Al final salió de su letargo.

—Imagínate, Víctor, mi reacción. Si Hugo estaba muerto, ¿quién enviaba esa novela? Solo podía haberla escrito él..., su estilo es tan...

La nostalgia era el mayor enemigo de Ana, pero ella parecía tener muy calado a semejante cobardón, por lo que se forzó a avivar el tono para escapar de él.

—Necesitaba una segunda opinión, yo estaba emocionalmente muy implicada. Le enseñé el manuscrito a Bea y coincidió conmigo: aquello era de Hugo, sin duda... No tenía ningún sentido, pero esas hojas las había escrito él.

—¿Qué hicisteis? —Víctor preguntó ansioso, todo aquello le resultaba apasionante.

—Fuimos las dos al estudio de la calle Alcalá, por si entre los papeles de Hugo encontrábamos alguna pista. Hacía seis años que no iba por allí nadie, estaba sucio y lleno de polvo. Revisamos sus cosas, pero no encontramos nada de interés, en su ordenador no vimos ningún archivo de texto.

—¿Ningún documento?

—Nada. Era como si nunca hubiese escrito..., o como si hubiese querido desaparecer sin dejar rastro.

Seguía pensativa, observando sus manos como si estas fuesen dos talismanes engarzados.

—Ana, es muy extraño que el ordenador estuviese vacío, ¿quizás lo guardaba todo en otra máquina?

—No sé. Yo nunca la encontré.

Ahora miraba a Víctor implorante, suplicando ayuda o consuelo.

—La verdad es que entiendo tu sorpresa al recibir semejante regalito... No tiene sentido. —El cerebro del profesor rebullía analizando alternativas—. ¿Qué hiciste tras registrar las cosas de Hugo?

—Fui a hablar con Rodrigo, quería saber su opinión sobre *Pan con chocolate*. Al principio no le expliqué cómo había llegado a mis manos el libro, para así conocer su punto de vista sin crearle prejuicios. Le dije que el manuscrito lo había encontrado entre los archivos de Hugo.

—¿Y cuál fue su opinión?

—Se quedó maravillado... Dijo que era una novela más que digna sucesora de *Botavara*.

—Y tenía razón. ¿Le llegaste a contar la verdad?

—Al instante, Rodrigo es de plena confianza... y todo aquello le pareció inexplicable.

Nos planteamos varias hipótesis. Una era que un imitador, un mitómano desquiciado, había conseguido escribir una novela de la misma calidad y estilo que *Botavara*. Pero esa opción era descabellada, no tan solo por la dificultad de meterse de esa manera en la piel de Hugo, sino porque ¿para qué iba a enviármela a mí? Lo normal es que la publicase con su nombre.

Víctor reflexionó unos segundos.

—Estoy de acuerdo, no es nada fácil escribir una novela como *Pan con chocolate*. Está llena de referencias personales, muy similares a las de *Botavara*, que configuran un mundo propio muy, muy..., un mundo muy Hugo Mendoza.

—Exactamente. Eso mismo pensamos nosotros. Una segunda opción sería que alguien hubiese conseguido los manuscritos de Hugo. Podría haber sido un robo, pero lo dudo, mi marido fue en vida un absoluto desconocido. Además, un robo de ese tipo parece lógico que condujese, a la vista del éxito de *Botavara*, a un intento de rentabilización económica. Pero el libro me llegó regalado, sin exigir contraprestación alguna.

—Tal vez Hugo, antes de morir, cedió sus manuscritos a alguien.

—También pensamos en esa posibilidad. Ese alguien, sin ánimo de lucro, estaría devolviéndole a la familia de Hugo las obras que él cedió. Pero entonces, ¿por qué no se da a conocer? Una acción tan loable no es muy lógico que se haga de modo anónimo y misterioso.

Víctor se quedó pensativo y frunció los labios.

—Sí, no parece tener mucho sentido.

Ana dudó antes de seguir hablando.

—Víctor, hay otra posible explicación sobre la que te confieso que he estado meditando mucho, y que no me he atrevido a comentar con nadie, es demasiado... increíble. —Ana bajó la mirada para desenvainar de nuevo a Excalibur—. Y a la vez demasiado dura para mí.

Guardó silencio mientras las llamas, cizañeras, jugaban sobre sus pupilas perdidas.

—He llegado a pensar que Hugo no murió.

Víctor la miró fijamente a los ojos, pero ella no los alzó.

—Ana, me dijiste antes que la Guardia Civil encontró el cuerpo.

—El cadáver estaba irreconocible, Víctor. Es cierto que la Guardia Civil le hizo las pruebas de identificación. Yo misma les entregué las fichas dentales de Hugo, pero... ¿y si se equivocaron? ¿Y si hubo algún error?!

Pronunció aquellas palabras mirando implorante a Víctor, a la vez que se daba cuenta de la escasa credibilidad de las mismas.

—Ana, la identificación a través de la dentadura es casi infalible.

Lady Ginebra, muy aturdida, se refugió de nuevo entre las llamas de su Camelot interior.

—Sí, ya lo sé. Me agarro a un clavo ardiendo porque no soy capaz de hacerme a la idea de que él se fue para siempre... Hugo estaba ya tan lejos en mi memoria... —El fuego y las lágrimas parecían ser ahora su única compañía—. Era como una de esas fotografías de la niñez, de esas que vuelves a ver ya de adulto y te dejan los ojos rugosos y llenos de sal por culpa de la nostalgia... todavía estaba en mi álbum de recuerdos, pero ya despegada y suelta entre las páginas, haciendo equilibrios para no resbalar al suelo. Muy escondidita en el fondo del desván. Y de repente, por sorpresa, con ese manuscrito, Hugo inunda de nuevo toda mi vida.

—Por eso te asustaste tanto cuando te dije que la homogeneidad de la obra de Hugo es enorme: al descartar a un imitador, esa teoría reforzaría la idea de que él sigue vivo.

Ella asintió.

—Cualquier esperanza me hace no poder descansar, estar ansiosa. Me agarro a imposibles solo para ensoñar que todo fue una pesadilla y él no murió. Soy tan tonta que no entiendo que, si esta opción fuese cierta y Hugo estuviese vivo, para mí aún sería más duro: significaría que me abandonó y no quiere saber nada de mí.

Víctor decidió que aquel harakiri, ejecutado no con catana, sino con la noble Excalibur, debía detenerse a toda costa.

—Ana, no creo que tenga ningún sentido pensar que Hugo sigue vivo. Como bien dices, te estás agarrando a un clavo ardiendo, sé que es duro, pero, sin duda, su muerte es la alternativa más razonable. —Hizo una pausa y cambió de tema—. Dime, ¿por qué publicasteis el manuscrito si no estabais seguros de quién era su autor?

Ella se rehízo y limpió las lágrimas de su rostro con el clínex.

—Bueno, en realidad sí estábamos seguros, pero no teníamos pruebas. Yo no quería sacarlo al mercado, pero Antonio insistió mucho. La verdad es que a mi marido le gusta demasiado el dinero. —Un mohín que Víctor no supo descifrar apareció en su rostro—. De hecho, creo que nuestros problemas empezaron cuando él se empeñó en que ese manuscrito debía publicarse con la firma de Hugo Mendoza.

—¿Por qué tenía tanto interés?

—Porque Antonio es un hombre de empresa, y las expectativas comerciales de *Pan con chocolate* eran fabulosas: el morbo de un autor difunto ayudaría a vender una novela que ya de por sí era excelente. Pero yo no me sentía cómoda: íbamos a hacer creer a la gente que Hugo había dejado ese manuscrito en un cajón del escritorio, y no era cierto. ¿Y si quien nos había enviado el manuscrito revelaba la verdad? Antonio decía que legalmente estábamos bien cubiertos, había comprobado los registros de la propiedad intelectual y no constaba nada parecido a *Pan con chocolate*.

Tomó aliento y aprovechó para torturar de nuevo a su anillo de casada.

—El dinero a mí me traía sin cuidado, con lo que dejaba *Botavara* tenía más que suficiente, pero Antonio no paró hasta convencernos a Rodrigo y a mí. Bea se mantuvo al margen, creía que era una decisión que debía tomar yo. Al final fui demasiado débil y cedí... Y nos metimos en una dinámica que me está destruyendo.

El tono de culpabilidad ensombreció aún más su rostro.

—¿Qué quieres decir con «una dinámica»?

—Pues que el 3 de diciembre del año siguiente llegó el manuscrito de *Cálido invierno*, y el 3 de diciembre del siguiente, o sea, hace apenas tres meses, recibí *Para un ratón, los murciélagos son ángeles*. Siempre a mi nombre, sin remite y en una caja de zapatos.

Víctor por un instante creyó que el corazón iba a parársele. Ni el polvo en suspensión que flotaba en el aire se atrevió a moverse.

—Me... ¿me estás diciendo que, excepto *Botavara*, nadie sabe en realidad quién ha escrito toda la obra de Hugo Mendoza?!

Ella se limitó a asentir, todavía con una mezcla en el rostro de culpabilidad e incertidumbre. Víctor aún tardó unos segundos en recuperar la calma.

—Esto es increíble...

El profesor tenía sentimientos encontrados. Por un lado, se tambaleaba el mito que había creado en su mente alrededor de la figura de Hugo Mendoza. Por otro, el morbo que produce el misterio hacía aún más atractiva la enigmática figura del gran escritor. Como siempre había pasado en su vida, el morbo venció: quería saber más.

—¿Tienes idea de por qué te llegan los manuscritos el 3 de diciembre?

—Ni la más remota. Esa fecha no tiene ninguna significación especial.

Víctor reflexionó.

—¿Cómo es que sois capaces de anticipar el próximo título? He visto que habéis vuelto a hacerlo: en *Para un ratón, los murciélagos son ángeles* se anuncia que en las próximas Navidades aparecerá *Dejad que los niños se acerquen a mí*.

—Quien nos envía los manuscritos parece un profesional del marketing; sabe que, anticipando el futuro título, entre el público se generan expectativas. La gente espera ansiosa las Navidades para poder así leer el libro prometido. Pero nosotros corremos un gran riesgo,

¿y si no llega el manuscrito? Antonio dice que la apuesta compensa sobradamente, pero yo vivo en una tensión total... Tenemos peleas constantes por culpa de esos malditos libros.

Ana entornó los ojos y miró a Víctor. De repente se sintió desnuda, y tuvo la necesidad de seguir hablando.

—No debo engañarme a mí misma, y no quiero engañarte a ti, Víctor: los manuscritos han sido la chispa desencadenante, pero las discusiones, en realidad, se deben a que Hugo no se va de mi cabeza..., y cuando en un matrimonio hay tres personas, las cosas jamás pueden andar bien. Yo soy el eslabón débil en esta relación...

Víctor, al verla tan desvalida por culpa de su brutal honestidad, entendió que aquella mujer era víctima del suicida arrojo que sufren aquellos que hacen de la autocrítica un principio vital. Las lágrimas de Ana eran las lágrimas del que jamás se boicotea a sí mismo, del que prefiere socavar la tierra bajo los propios pies antes que ceder ante la cretinez de la autoindulgencia.

—Quiero enterrarlo definitivamente y pasar página en mi vida, pero a la vez... Te confieso que espero ansiosa durante todo el año el 3 de diciembre. Es como si Hugo viniese a visitarme desde el más allá... Paradójicamente, el muerto es él, pero soy yo la que necesita descansar en paz.

Víctor la contempló y, de nuevo, se sintió como se suelen sentir los hombres tópicos cuando presencian una explosión emocional atormentada: no supo muy bien qué hacer ni qué decir.

—Entiendo cómo te sientes, Ana, estás metida en una tela de araña que te tiene atrapada por todos lados.

—Sí, cada vez que pienso en una salida me doy cuenta de que haga lo que haga, solo conseguiré enredarme más y más en la madeja.

Ella seguía llorando desconsoladamente mientras se observaba las manos. El cerebro de Víctor, todavía sin saber qué hacer o qué decir ante aquel despliegue emocional, rebullía intentando ofrecer lo que los hombres tópicos quieren ofrecer cuando una mujer les cuenta un problema: una solución. No un abrazo, o consuelo: tan solo una vulgar solución.

—Ana, ¿has pensado en ir a la Policía?

—No puedo ir a la Policía, Víctor. No puedo pedirles que averigüen quién me envía unos manuscritos que yo he publicado bajo el nombre de Hugo Mendoza ganando mucho dinero con ello. En el secreto de los manuscritos solo estamos Bea, Antonio, Rodrigo y yo misma. Y ahora tú..., y, por supuesto, quien los envía. La Policía no debe saber esto jamás...

Incapaz de ofrecer una solución, Víctor intuyó que debía dejar de comportarse como un hombre típico. Él no era un hombre típico. Había llegado el momento de escarbar sobre sentimientos, no sobre hechos.

—Ana, ¿por qué has venido a contarme todo esto?

—Es difícil de explicar, Víctor. Yo misma no lo tengo muy claro... —Parecía estar batallando dentro de su cerebro para encontrar las sensaciones y las palabras adecuadas—. ¿Recuerdas..., recuerdas cuando de niños jugábamos en la playa a intentar mantener una pelota bajo el agua con el trasero? Hacías equilibristas sentado sobre ella intentando contenerla el máximo tiempo posible, pero al final la pelota siempre acababa buscando la superficie a borbotones. ¿Tú también jugabas a eso?

Él se sonrió ante la inesperada e incomprensible metáfora.

—Sigo haciéndolo, Ana, con mi hija, todos los veranos. Lo llamamos *aguanta la cagarruta*, y Sofía siempre me gana.

Por primera vez a lo largo de la noche, ella se rio con una carcajada sana que consiguió refrescar la viscosidad del ambiente, lógica tras una conversación tan densa.

—Me encanta el nombre, y no te preocupes, yo tampoco era muy buena «aguantando la cagarruta». ¿Tienes una hija? No lo sabía.

—Sí, acaba de cumplir seis años.

—Seguro que es una ricura.

—Sí, sí que lo es..., pero sigue, por favor, me tienes en ascuas, y no entiendo muy bien lo de la cagarruta.

—Es muy sencillo, Víctor, creo que esta noche he venido aquí a contarte todo esto porque..., porque creo que, desde que recibí el manuscrito de *Pan con chocolate*, he estado haciendo equilibrios para aguantar debajo del agua mis dudas, pero, al final, las dudas, al igual que las pelotas de playa, acaban siempre buscando la superficie a bocanadas. —Su tono de voz se había vuelto a amustiar—. Ya no soporto más esta tensión; desde hace tres años mi estado de ánimo parece una vagoneta de montaña rusa. Necesitaba compartir todo esto con alguien fuera de mi entorno, que está viciado; necesitaba aire fresco... Me estoy volviendo loca por culpa de toda esta incertidumbre.

—Pero ¿por qué a mí, Ana? ¿Por qué ahora?

Ella tan solo era capaz de contener las lágrimas gracias a la concreción de las preguntas.

—Por qué te lo he contado a ti es sencillo de responder: me transmites una confianza instintiva, que es la única confianza auténtica. Después de leer todo lo que has escrito sobre Hugo, sé que le conociste muy bien, aunque nunca os viéis... Creo que me siento cómoda hablando de Hugo contigo porque me da la sensación de que no estoy ante un académico, sino ante un antiguo amigo suyo...

—Me halagas, Ana, pero...

—No, por favor, déjame acabar. Después de aguantar toda la tabarra que te he dado esta noche, mereces algún piropo. —Con aquella frase sólida, la delicadeza de porcelana de Ana evidenció su lado más tenaz—. Algunos críticos son tan necios que, sin haber conocido a Hugo, se atreven a atribuirle etiquetas o intenciones que sé que él nunca albergó, y que habría rechazado de haberlas escuchado en vida. Da la sensación de que esos idiotas escriben más para lucirse ellos mismos que para aportar algo de valor a la obra... Tus críticas, sin embargo, son honestas. Ya te dije que la obra de Hugo es Hugo, y tú la has interpretado tan acertadamente que..., que no me imagino nadie mejor para hablar con él de todo esto.

Víctor escabulló su vanidad tras un gesto de falsa modestia.

—Contéstame ahora a la segunda pregunta, porque, como sigas por ese camino, me vas a ruborizar.

—¿Por qué ahora? Para eso creo que no tengo una respuesta tan clara... La tensión se ha acumulado de tal manera bajo mi trasero que al final la pelota ha salido disparada buscando la superficie, ya te lo dije. Y creo que la tensión se ha acumulado porque Antonio quiere un hijo, y tiene derecho a ello, pero yo sigo soñando cada noche con que Hugo no ha muerto y es él quien me envía los manuscritos...

De nuevo empezaron a humedecerse los ojos.

—Pero, Ana, eso es imposi...

—Ya lo sé, Víctor, pero no puedo controlar esa ilusión. Y por culpa de ella siento que le estoy siendo infiel a mi marido, que le estoy engañando. Cuando llegan los manuscritos yo... me siento viva de nuevo, y a la vez me siento sucia porque Antonio es mi marido y...

Víctor le tomó la mano para intentar calmar toda aquella impotencia.

—No digas tonterías, Ana, tú no le estás siendo infiel a nadie...

—Tú no puedes entenderlo, Víctor... Los hombres creéis que las infidelidades consisten en meterse en la cama con alguien, pero no es así... Las infidelidades son algo mucho más complejo, las mujeres las vivimos de manera muy diferente.

Él se sintió injustamente encasillado, víctima de un lugar común, pero entendió que solo un idiota hubiese elegido aquel momento para enarbolar una bandera.

—Cuando llega un manuscrito, me siento infiel de una manera extraña, es una culpabilidad incierta, difusa..., parecida a la que siento cuando hago dieta y, muerta de hambre, me planto frente al horno donde se está asando una pierna de cordero que es para mi familia y sé que yo no probaré, pero cuyo aroma me hace salivar de gusto... y, durante minutos y minutos, absorbo ese aroma... y me llena de mala conciencia. Lo mismo me pasa cuando recibo

el manuscrito, me siento culpable debido al aroma, a los malos pensamientos que despierta en mí, y esa noche me meto en la cama junto a Antonio y siento que allí dentro, bajo las sábanas, somos tres...

Llorando se abrazó a Víctor, que la acogió con ternura. El profesor entendía esa sensación de fracaso y culpabilidad; él mismo la había experimentado en sus años de matrimonio, cuando su vida estaba vacía, vacía como solo puede estarlo una vida gobernada por la inercia.

—Eso es, Ana, llora, desahógate.

Con la diferencia de que Víctor no se limitó a oler el aroma de una pierna de cordero: se la zampó a dentelladas.

—Bueno, ya está bien, ya he hecho bastante el ridículo... —Ana se separó, avergonzada—. Gracias por todo, Víctor.

—No me des las gracias, no... no he hecho nada.

—Me has escuchado, que es lo que necesitaba. Aunque no lo creas, me has ayudado mucho..., has tenido mucha paciencia.

—No digas tonterías, Ana... Ahora creo que deberías descansar. Te prepararé la habitación de Cécile, es una estudiante que vive...

—Mil gracias, Víctor, pero tengo que regresar a Madrid. —Se levantó y sacudió su vestido.

—¿A Madrid a estas horas de la madrugada?! ¡Estás loca!

Ana le interrumpió con suavidad.

—Mi chófer me espera fuera. Antonio no sabe que estoy aquí y vuelve de viaje mañana temprano. —Con decisión, empezó a caminar hacia la puerta; Víctor, sorprendido, la acompañó a regañadientes.

—Creía que los profesores solo sabían hablar, pero estaba equivocada. Al menos tú también sabes escuchar. Él contemplaba la silueta nebulosa de Ana, dudando aún de que toda aquella conversación hubiese tenido lugar.

—¿Y ahora qué, Ana? Me cuentas todo esto y...

—Ahora nada, Víctor. Esto es algo que debo resolver yo... y aún no sé cómo hacerlo. Pero te aseguro que el compartir contigo todas mis dudas e incertidumbres me ha ayudado mucho.

—No sé, Ana... Has llegado aquí, me cuentas una historia alucinante sobre un genio al que idolatro y que ahora no podré volver a releer con los mismos ojos, y ahora te vas así, sin más.

—Tengo que irme, Víctor... Ya te lo he dicho, esto es algo que debo resolver yo. Gracias por escucharme. Si vienes a Madrid, llámame.

Ana Cifuentes le dio un beso en la mejilla y salió de la casa igual que había llegado, como si fuese una ensoñación.